Comedias

2929

IS DE VARGAS

Caricatura de TOVAR.

uis de VARGAS Charleston

na comedia para casadas Francisco GÓMEZ HIDALGO

20

50 céntimos.

NUM. XXXVIII 6 DE NOVIEMBRE DE 1926 AÑO I

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR
ANDRES GUILMAIN

GERENTE:
BENJAMIN S. HERRERO

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 MADRID Apartado 8.036

Precios de suscripción. *España y América:* Trimestre, 6 pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pesetas; año 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos números extraordinarios se publiquen.

COLABORADORES

Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra, Manuel Linares Rivas, Eduardo Marquina, Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, Carlos Arniches, Pedro, Muñoz Seca, Antonio Paso, Joaquín Abatí, Honorio Maura, Pedro Pérez Fernández, Pío Baroja, Enrique García Alvarez, Francisco Serrano Anguita, Luis Fernández Ardavín, Alberto Insúa, Pilar Millán Astray, Pedro Mata, José María Granada, Miguel de Unamuno, Ricardo Baeza, José Juan Cadenas, Federico Romero, Guillermo Fernández Shaw, Fernando Luque, Alfonso Hernández Catá, Martínez Olmedilla, Ricardo González del Toro, Angel Torres del Alamo, Antonio Asenjo, Antonio Estremera, etcétera, etcétera.

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

LUIS DE VARGAS

CHARLESTON

CARICATURAS ESCÉNICAS DISTRIBUÍDAS EN TRES ACTOS

Estas caricaturas se representaron por primera vez la noche del 10 de septiembre de 1926 en el teatro Cómico, de Madrid.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAYETANA	Loreto Prado.
ENCARNITA	Carolina Fernangómez.
BEBEL	Carmen Solís.
DOÑA LUCINDA	Paula Martín.
COTON	Luisa Estrella.
AURORA	Luisa Melchor.
LA VIUDA DE CIMARRA	Julia Medero.
LA SEÑORITA 23	María López.
NICOLASA	Amalia Anchorena.
EPIFANIO CAÑAVATE	Enrique Chicote.
DANIEL SALABERRY	Julio Costa.
JUANITÍN	Julio Castro.
DON GUMERSINDO	Benito Cobeña.
GUATEQUE	Francisco Melgares.
EL EMPLEADO 27	José Delgado.
UN BOTONES	Augusto Arias.

677180

ACTO PRIMERO

En los grandes Almacenes Metropolitan, uno de esos modernos establecimientos que en pocos años han transformado el comercio de Madrid, va a desarrollarse la acción de este acto. Nos hallaremos en una rotonda del segundo piso del edificio, rotonda que está destinada a la exposición y venta de confecciones y modas femeninas. Al foro, de frente al público, un gran arco cerrado por unas cortinas de terciopelo, y a la derecha e izquierda del actor, en los primeros términos, mamparas de cristales con grandes puertas que dan paso a otras secciones establecidas en el mismo piso. Desde la puerta de la derecha hasta el foro, varios maniquíes con elegantes trajes y abrigos de señora, y en la izquierda, algunos pedestales que sostienen unas barras niqueladas en las que estarán colocados lindos y coquetones sombreros para las damas. A la derecha del arco del foro, un letrero que dice: «Paso al salón de té», y a la izquierda, otro con la siguiente advertencia «Reservado el derecho de admisión». Todo el decorado en tonos claros, muy moderno, muy limpio y de muy buen gusto. Suelo de mármol. Por la tarde, en primavera.

Al levantarse el telón están en escena la Señorita 23, el Empleado y un Botones. La Señorita, que es joven y agraciada, viste de negro y lleva en el pecho una plaquita de metal con el número que le han destinado; el Empleado, también joven, pero no tan agraciado como su compañera, luce traje de americana, exhibiendo en la solapa izquierda el número correspondiente, y el Botones, muchacho de diez y ocho a veinte años, encargado de la puerta del salón de té, disfruta de un flamante uniforme apropiado a su ocupación.

SEÑ. Pero ¿quiere usted dejarme en paz, hombre de Dios? ¡Como venga el jefe de la sección y nos pille otra vez de palique, menuda bronca!

EMP. ¡Es que cada minuto que pasa me gusta usted más, Ramoncita!

SEÑ. ¿Sí? ¡Pues lo siento, hijo!

EMP. Por usted, ¿verdad?

SEÑ. Por la cédula de soltería que va usted a pagar, porque yo fuera de estos Almacenes, no seré nunca su compañera

BOT. ¡Ha llegao usted con retraso, señor Morillo! ¿No sabe usted que la señorita tiene ya quien le dice cuatro chicoleos al oído?

SEÑ. Tú te callas, botones.

BOT. ¡Le habla a un joven de Alicante!

SEÑ. ¡Botones, que te calles!

BOT. Pero si todavía no he contao que el domingo la vi a usted en el Retiro, sentada en un banco y comiéndose con los ojos cuarto de kilo de mojama.

SEÑ. ¿Mojama mi novio?

BOT. ¿No es de Alicante el bibelote?

SEÑ. ¡A esa puerta, nene, que es tu sitio! ¡Que viene gente! *(Llegan por la izquierda Bebel y doña Lucinda. Esta doña Lucinda es una señora que se tiñe las canas y que ha tenido la valentía de cortarse el cabello a pesar de su gordura y de los cincuenta años que disfruta. Viste de obscuro, pero con ciertos atrevimientos impropios de su edad. Bebel, monísima criatura de veinte primaveras, es un figurín de la moda más avanzada.)*

BEBEL. ¡No la resisto, mamá; no la resisto! Te aseguro que no vuelvo a salir con la prima Cayetana, que es una paleta que se asusta de todo.

LUCIN. *(Mirando a la izquierda.)* ¡Que te va a oír!

BEBEL. ¡Mejor! A ver si se molesta y se larga a su pueblo. No se puede ir con ella a ninguna parte. ¡Qué exclamaciones! ¡Qué aspavientos!

LUCIN. Como siempre ha vivido en Tomelloso y es la primera vez que viene a Madrid, no es extraño que se asombre un poco.

BEBEL. La culpa es tuya por haberla recibido en casa, donde la estamos padeciendo desde hace diez días.

LUCIN. ¡Naturalmente! Como que se trata de una hija del tío Gumersindo, el único hermano de tu padre. La muchacha tenía empeño en pasar una temporada en la corte y no pudimos negarle ese capricho.

BEBEL. ¡Qué dirán las amigas! Pensarán que todos nuestros parientes son de la pintarria de Cayetana. Yo estoy volada, mamá; volada!

LUCIN. Pues aterriza, hija, y no tomes las cosas con esa vehemencia.

BEBEL. Pero ¿tú crees que puede soportarse con tranquilidad la manía que le ha dado a esa cursi de imitarnos en todo a mi hermana Cotón y a mí? Dice que quiere ser tan elegante como nosotras. ¡Ay, qué risa! ¡Pobrecilla! ¡Como si la distinción se adquiriese por unas pesetas en estos Almacenes! ¡Es una facha!

LUCIN. Tengamos paciencia hasta ver si se realiza el proyecto de boda que sueño. Cayetana es rica...

BEBEL. ¡Mejor para ella!

LUCIN. Y si de resultas de esta visita consiguiésemos que le hiciese caso a mi Juanitín, no habríamos perdido el tiempo.

BEBEL. Pero como la prima tiene ya novio... ¡Y qué novio! Un paisano suyo, más ordinario que la arpillera, que moja pan en el té cuando vamos a Molinero y que ayer pidió para merendar un chorizo de Pamplona y dos panecillos. ¡Uf, qué asco!

LUCIN. *(En tono confidencial.)* Precisamente la falta de distinción y las maneras de ese hombre que le habla a Cayetana y que ha venido con ella a Madrid, me están sirviendo a las mil maravillas en mi plan de bodas. Epifanio Cañavate no está mal para prometido... en un pueblo; pero aquí hay hombres más finos, de modales más distinguidos, y Cayetana, a poco que nosotras le indiquemos, ha de comparar a los madrileños con el de Tomelloso, y, seguramente, de la comparación no saldrá muy favorecido Epifanio.

BEBEL. ¡Epifanio! ¡Qué vulgaridad!

LUCIN. ¿Crees tú que Cañavate puede ponerse con Juanitín en ninguna parte?

BEBEL. ¡Por Dios, mamaíta; Juanitín es un pollo charleston.

LUCIN. ¡Hijo de mi alma! Además, tiene figura, tiene ángel y, sobre todo, tiene una cara que, aunque vosotras opinéis lo contrario, todo el mundo dice que es el más guapo de la familia. *(Señalando a la izquierda.)* ¡Mírale! ¡Fíjate con la gracia que anda! ¿Verdad que es un hombre para enamorar a cualquier mujer, por exigente que sea? ¡Hijo de mi vida!

BEBEL. ¡Mamá, que hay gente!

LUCIN. ¡No lo puedo remediar, Nenita! ¡Cada día lo encuentro más precioso! *(Y aparece por la izquierda Juanitín, que no es, ni remotamente, la «monada» que describió el cariño maternal. El tal Juanitín es un pollo con cara de idiota y modernísima indumentaria: pantalón «Príncipe de Gales» muy exagerado de forma, americana de las llamadas de rombos y sombrero flexible con las alas muy caídas, sin olvidar el detalle de una corbata a grandes rayas de llamativos colores.)*

JUAN. *(Que viene como para pedirle un favor.)* ¡Ya no la aguanto más, ea!

LUCIN. ¿Qué te sucede, hijo?

JUAN. ¡Que no puedo! ¡Que por más que la miro y la remiro

no me gusta la prima! ¡Cayetana es una birria! Me pongo a su lado y no se me ocurre nada.

LUCIN. ¡Ay, qué corto de genio eres!

JUAN. ¿Corto yo? ¡Sí, sí! ¡Mandarinas, que vienen de la China! Que me gustara y ya verías tú las burradas que le decía. ¡Me iba a poner en plan jabato! Pero como no me gusta...

LUCIN. ¡Pues te tiene que gustar!

JUAN. ¿A mí? ¡Ni con música! Además, hay otro inconveniente para que yo me decida a tomar ese purgante.

LUCIN. ¿Cuál?

JUAN. El novio, que es muy bruto y anda ya escamao.

LUCIN. ¡Qué pusilánime eres!

JUAN. Si le hubieses oído ayer cuando estaba contando que una vez se comió un cordero él solo...

BEBEL. ¡Qué bárbaro!

JUAN. ¡Figúrate! Hay que pensar que el tío que se come un cordero se merienda un pollo como yo con la tranquilidad del mundo.

LUCIN. Con esa falta de decisión no saldrás nunca de pobre.

BEBEL. Pero si el chico no está enamorado, mamá.

JUAN. Búscame una niña guapa, simpática, con mucho dinero... y que no tenga novio, y ya verás si soy una fiera cuando me pongo a camelar fetén.

LUCIN. Hay que ser menos exigente, Juanito, y meditar un poco más las cosas, hijos míos. Vivimos aparentando lo que no tenemos; yo estoy haciendo muchos equilibrios para conseguir casaros bien, y si ahora que se ha presentado una proporción magnífica para ti nos vamos a cruzar de brazos, decidme el porvenir que nos aguarda. Piensa en mí, en tus hermanas y, sobre todo, piensa en que llegará un día en que daremos de una vez el batacazo.

JUAN. Es que entre dar el batacazo con la familia o que me de un par de mamporros el Uzcudun de Tomelloso no sé decirte lo que prefiero. ¡Le tengo un pánico a Epifanio...!

LUCIN. ¡La alegría que se llevaría tu tío con vuestro casamiento!

JUAN. Pero ¿y el otro tío?

LUCIN. ¿Cuál?

JUAN. ¡El del cordero!

LUCIN. ¡Bah!

JUAN. ¡Que no, madre, que no! ¡Primero me hago hombre-anuncio!

BEBEL. *(Mirando hacia la izquierda.)* ¡Ya vienen las chicas! Vamos a merendar, mamá.

LUCIN. ¡Que no me la abandones! ¡Díla algo!

JUAN. ¡Pero si no me gusta! *(Bebel, doña Lucinda y Juanitín*

se dirigen al foro. El Botones levanta una de las cortinas y pasan los tres personajes al salón de té.)

EMP. Oiga usted, Ramoncita, ¿y en qué se ocupa ese señorito de Alicante?

SEÑ. En quererme.

EMP. ¡Buen empleo! Le voy a proponer una permuta.

SEÑ. No le va a convenir, porque tiene muchas gangas su destino.

EMP. ¿Hay pagas extraordinarias?

BOT. ¡Ya lo creo! ¡Y anticipos a cuenta del sueldo! *(Llega por la izquierda Cotón, otra hija de doña Lucinda, como ya se ha dicho. Es más joven que Bebel, pero tan bonita como ella y acaso todavía más atrevida en el vestir.)*

COTÓN. ¡Anda, Cayetana! ¡Pero mujer!... ¡Huy, qué fastidio de prima! Y con el encarguito que me ha dado mamá de no hablarle mas que de Juanitín llevo una tarde... ¡Cayetana! *(Y en este preciso momento aparece por la izquierda Cayetana, la primita de Tomelloso, que es una señorita muy redicha, con aire apaletado, a pesar de que ella trata de parecer muy desenvuelta para que no se le note el «tufillo» de pueblo. Viste con cierta cursilería un traje algo anticuado, pero rico, y cubre su cabeza con una pamela de paja adornada con flores y unas grandes cintas que, cayendo en forma de flotantes bridas, lleva anudadas en el hombro izquierdo.)*

CAYET. *(Muy sonriente y satisfecha.)* ¡Ay, muchacha, qué Madrid este! Pues no me acaba de decir un señorito que se ha cruzado ahí conmigo: «¡Vaya con Dios la pastora! ¡Jesús! ¡Mira que confundirme con la Pastora Imperio

COTÓN. ¡Huy, qué boba! Te ha llamado pastora por la pamela

CAYET. ¡Que no, que no! ¡Que es que me ha confundido con la Imperio! Y, después de todo, no tiene nada de extraño porque como, gracias a Dios, voy muy elegante... ¡Ay madre, qué trajes más divinos! ¡Prima, qué maravillas

COTÓN. ¡Anda, mujer!

CAYET. ¡Aguarda! ¡Mira éste! ¡Qué hermosura! ¿Pues y este otro? *(Va curioseando y tocando y retocando todos los que haya en los maniquíes.)* ¡Qué tela tan rica!

COTÓN. *(Un poco en ascuas.)* ¡Cayetana!

CAYET. ¡Preciosos! ¡Me quedaba con todos!

SEÑ. Decídase.

CAYET. ¡Es mucho dinero! Y aunque no me veo en la necesidad de pedir limosna, tengo presente un refrán que dice «Cuando vayas al mercado, todo pagado». ¿Comprende usted?... Fíjate en los volantes de esta falda, Cotón.

SEÑ. Le ruego a la señorita que no toque los modelos.

CAYET. ¡Descuide, que no los mancho! Traigo guantes. En Madrid me los pongo todos los días.

COTÓN. No acciones de esa manera, que se te nota que eres de pueblo.

CAYET. ¡Qué se me va a notar! Afina mucho el roce con vosotras, que sois niñas bien.

COTÓN. ¡Huy, qué anticuada! Ya no se dice chicas bien, sino niñas charleston.

CAYET. ¡Pues yo quiero ser charleston!

COTÓN. ¡Huy, por Dios!

CAYET. ¿Qué me falta? Te advierto que ya sé decir pocholo y la caraba y ¡ese hombre es un sol!

COTÓN. ¡Huy, qué cursi! Ahora, cuando nos agrada un muchacho jamón, decimos todas: ¡Ese chico es platino!

CAYET. ¡Ay, qué cosas!

COTÓN. ¿No piensas tú que Juanitín es platino?

CAYET. ¡Quita de ahí! ¡Hojalata y gracias!

COTÓN. Pues a ti te gusta.

CAYET. ¡Claro que sí! Es finito, es elegantito; pero ya como si no, porque me ha pedido el compromiso Epifanio, y «soplar y sorber, no puede ser».

COTÓN. ¿Pero vas a compararlos?

CAYET. No lo pretendo, porque perdería Epifanio.

COTÓN. ¡Desde luego! Y si te echases un novio en Madrid, ¡ya verías canela!

CAYET. ¡A mí me dislocan los madrileños! Sobre todo, esos pollitos tan monos que llevan pantalón chanchullo.

COTÓN. Como Juanitín.

CAYET. Con unas perneras que le hacen así al andar... *(Moviendo la mano de derecha a izquierda.)* ¡Chas chas!, ¡chas chas! ¡Epifanio Cañavate no es chanchullero!

COTÓN. Y, además, lleva calzoncillos largos.

CAYET. ¿Se los has visto?

COTÓN. No. Es que se le asoman las cintas por debajo de los pantalones.

CAYET. ¡Ah, ya!

COTÓN. Bueno, vamos a tomar el té.

CAYET. Aguarda, que se me ha antojado ese vestido verde, porque es muy parecido a los vuestros.

COTÓN. Luego lo verás, mujer.

CAYET. Ahora, ahora. ¿O te resulta mejor ese blanco? ¿Y aquel azul? ¡Ay, es que me vuelvo loca con los trapos! ¿Me va bien éste? ¡No me va! ¿Y éste? ¡Tampoco! ¡Ay, «si encontrará menga cosa que le convenga»! *(Sale Juanitín por el foro.)*

JUAN. Pero, nenas, ¿qué hacéis?

CAYET. Viendo modelos para mí.
JUAN. Mamá está ya desesperada.
CAYET. ¿Te agrada este traje, Juanitín?
JUAN. ¡Ya lo creo! ¡Es una pochez!
CAYET. Entonces me compro ese de la pochez, porque tú tienes muy buen gusto. Ya me han dicho que te gusto yo...
JUAN. Pero...
COTÓN. ¡Sí, sí! No lo niegues. ¡Anda, castígala!
CAYET. ¿A mí? ¿Y por qué me va a castigar? ¿He dicho algo malo?
COTÓN. ¡Huy, qué pava! ¡Castigar es timarse, chica! Decídete, Juanito, que yo haré como que no os veo.
CAYET. ¡No, no!... ¡Que no, ea!
COTÓN. ¿Por qué?
CAYET. Porque se puede enterar Epifanio y entonces va a ser él quien me va a castigar. *(Acción de pegar.)*
COTÓN. ¡Huy, qué boba! ¡Tímate, tonta!
CAYET. *(Mirando a Juanitín, complacida.)* ¡Je, je!
JUAN. *(Con ojos de carnero moribundo.)* ¡Cayetana!
CAYET. ¡Ay, qué Madrid este! ¡Se aprenden unas cosas...! Hasta timadora me estoy haciendo! ¡Bueno, basta ya!
JUAN. ¡Cayetana!
CAYET. ¡Que no me mires así, cacho de primo, que una no es de hielo!
JUAN. (¡Ay, si me gustara! ¡Qué mordisco!)
COTÓN. La verdad que si tú te presentases en Tomelloso con un novio de esa vitola, ¡la envidia que te iban a tener!
CAYET. ¡Un chico de la corte! ¡Con lo que eso viste! Y luego, cuando me preguntasen: ¿Y qué es tu novio?
JUAN. ¡Un primo!
CAYET. Un primo y un charleston, y como en mi pueblo no hay de eso, excuso decirte que iba a ser una bomba la noticia.
COTÓN. ¡A ti te pega un novio como mi hermano!...
CAYET. ¡Ya lo creo que me pega! *(Mirándole otra vez.)* ¡Y me castiga de un modo...!
COTÓN. ¡Cualquiera me tosía si fuesen míos los miles de duros que tú posees!
CAYET. ¡Muchos! ¡Muchos miles de duros! Mi padre es uno de los primeros propietarios de Tomelloso.
JUAN. (¡Pues si no estuviese por medio ese tío animal, era cosa de arrancarse por derecho!) *(Aparecen en el foro Bebe y doña Lucinda.)*
BEBEL. Vosotras diréis cuándo vamos a merendar. ¡Sois unas pelmazas!
CAYET. ¡Tita, hemos acordado que debo quedarme con ese traje ¿Usted qué opina?

LUCIN. A ver. ¡Oh! ¡Es un sueño! *(A Juanitín.)* De manera que viniste a avisarlas y te has estado de palique con la prima, ¿eh? ¡Tunante!

JUAN. ¡Mamá!

LUCIN. ¡Si lo comprendo, hijo, y te disculpo! ¡Cayetana es una criatura monísima! *(Besándola y abrazándola.)* ¡Ay, qué sobrina más rica tengo!

CAYET. ¡Cuidado con la pamela, tita, que se me ladea!

COTÓN. *(A su hermana.)* ¡No la aguanto más, Bebe! ¡Me tiene frita!

BEBEL. Desde mañana salimos nosotras solas.

LUCIN. ¡Hacéis una pareja tan pareja...! De la misma edad, proporcionados de estatura, tan bien equipados...

CAYET. ¡Pues ya verá usted cuando estrene el vestido nuevo! ¿Me estará bien?

SEÑ. Puede probárselo la señorita... *(Y llega por la izquierda la Viuda de Cimarra, señora de unos cuarenta años, guapa, arrogante y bien vestida. Trae en sus brazos un perrito faldero que es un espanto de feo.)*

VIUDA. ¡Hola, chiquitas!

BEBEL. ¡Consuelo!

COTÓN. ¡Qué guapa!

BEBEL. ¡Mamá! Consuelo Torrecilla...

LUCIN. ¡Adiós, picarona!

CAYET. ¡Preséntemе usted, tita!

VIUDA. ¡Si está también Juanito!

JUAN. ¿Cómo le va?

VIUDA. ¿Qué hacéis aquí?

CAYET. Viendo modelos para mí. Ya me he comprado tres desde que he venido de fuera.

LUCIN. Mi sobrina Cayetana... La viuda de Cimarra...

CAYET. ¡La acompaño a usted en el sentimiento! ¡Qué se le va a hacer! ¡Resignación cristiana! ¿Cómo está usted? ¿La familia buena?...

VIUDA. ¿Forastera?

CAYET. De Tomelloso, para lo que usted desee mandar.

VIUDA. ¿Y le gusta Madrid?

CAYET. ¡Una bestialidad! ¡Está pocho!

BEBEL. Pero ¿tú oyes, Cotón?

VIUDA. ¿No querrá usted volver a su pueblo?

CAYET. ¡Ay, no señora! «Alcalde de aldea, el que lo desee, que lo sea.»

BEBEL. ¿Viene usted a merendar?

VIUDA. Sí; a tomar unos pastelitos con don Ambrosio.

CAYET. ¿Y dónde se ha quedado don Ambrosio?

VIUDA. *(Por el perro.)* ¡Don Ambrosio es esta preciosidad!
BEBEL. *(Tomándolo en sus brazos.)* ¡Esta ricura!
COTÓN. ¡Monín!
BEBEL. ¡Angel mío!
COTÓN. ¡Gloria!
BOT. ¿Se combiaba usted por el perro, señor Morillo?
EMP. ¡Ya lo creo!
BOT. ¡Y yo! ¡Quién fuera animal!
EMP. ¡Pero si tú lo eres desde que naciste!
CAYET. *(A Juanitín.)* Eso de los chuchos también es muy charleston, ¿verdad?
JUAN. ¡El último grito!
CAYET. ¿Y cómo ha dicho usted que se llama?
VIUDA. Ambrosio, como mi difunto. Le puse ese nombre en memoria de mi esposo.
BEBEL. ¡Cielo mío!
COTÓN. ¡Rico! ¡Dame un beso, encanto! ¡Huy, qué caramelo!
CAYET. Tita, yo quiero un perrito para ponérmelo así, debajo del brazo, como lo lleva Bebel.
LUCIN. ¡Juanitín, que Cayetana desea un perro! ¡Búscaselo!
JUAN. ¿Ahora? ¿Dónde?
CAYET. Cómpramelo, para que yo pueda decirle todas esas cocas que dicen las primas.
JUAN. Pero...
LUCIN. ¡Aunque sea uno de trapo!
CAYET. ¡De trapo, sí, que no manchan las faldas! Tráemelo, pocholo, que yo te lo estimaré muchísimo! *(Haciendo fiestas al canino)* ¡Qué guapo es! ¡Chucho!
JUAN. Déjame dinero, mamá.
LUCIN. No tengo suelto.
JUAN. ¡Ni yo!
LUCIN. Luego te lo daré. Tráele ahora el perrito...
JUAN. Pero ¿cómo le traigo el perro si no tengo una perra?
LUCIN. Oye, Cayetana...
CAYET. *(Yendo al lado de doña Lucinda.)* Mándeme usted, tita.
LUCIN. ¿Llevas dinero?
CAYET. ¡Siempre!
LUCIN. Es que Juanitín no tiene mas que billetes grandes.
CAYET. *(Sacando unos duros de su bolso y entregándoselos al primo.)* Pues toma...
VIUDA. Bueno, no maltratéis al bonito mío. *(Cogiendo al perro.)* ¿Quién te adora a ti? ¿Vamos a tomar la mermelada?
BEBEL. ¡Dice que sí!
CAYET. *(A Juanitín, que va a marchar por la derecha.)* ¡Oye, que el mío diga también que sí!

JUAN. ¡Y papá y mamá! *(Vase.)*
COTÓN. ¡Goloso! ¡Tragón!
VIUDA. ¿Vosotras no pasáis al salón de té?
CAYET. Sí, señora. Las voy a convidar yo.
VIUDA. Pues mucho gusto...
CAYET. Cayetana Muñoz Vinagre, para servir a Dios y a usted.
VIUDA. ¡Abur, muñecas!
CAYET. ¡Expresiones en casa!
VIUDA. ¡Bien venida!
CAYET. ¡Bien hallada! Buen provecho... ¡Y salud para encomendarle a Dios!
VIUDA. ¿A quién?
CAYET. A don Ambrosio; pero no ése, el otro.
VIUDA. ¡Ya!... ¡Lucinda!...
LUCIN. ¡Adiós, guapa! Nos encontraremos ahí dentro.
VIUDA. *(Encaminándose al foro, sin dejar de acariciar a «Don Ambrosio».)* ¿De qué prefieres el pastelito, rey del mundo? ¿De crema?... ¡Pues de crema! ¡No te enfades tú, Ambrosio mío! *(Desaparece la Viuda de Cimarra por el foro.)*
CAYET. Primas, ¿no sabéis que Juanitín ha ido a mercarme un chucho?
BEBEL. ¿Es posible?
CAYET. ¡Sí, sí! Y le pondré de nombre Gumersindo, como mi padre.
COTÓN. Pero ¿te vas a probar el vestido o no, calamidad?
CAYET. ¡Jesús, qué modales! Yo seré ordinaria, pero también vosotras algunas veces...
BEBEL. ¡Insúltanos! ¡Ya no te faltaba mas que eso!
COTÓN. ¡Huy, qué grosera!
CAYET. «Como canta el abad, responde el sacristán.» *(A la Señorita.)* Quite usted el traje del maniquise.
BEBEL. *(A Cotón.)* ¡A mí me va a dar algo!
COTÓN. ¡Qué habrá pensado la viuda de Cimarra!
SEÑ. *(Llevándose el traje que indique Cayetana.)* Tengan la bondad de pasar a la sala de pruebas. Vengan las señoras por aquí...
LUCIN. Vamos, niñas. *(La Señorita 23 y doña Lucinda vanse por la derecha.)*
CAYET. ¿Me dispensáis lo de antes, pocholinas?
BEBEL. ¡Déjanos!
CAYET. No seáis ariscas... Acompañame, Cotón. ¡Mira que cuando yo salga a la calle con mi vestido nuevo y con Gumersindo debajo del brazo!... Es que no me va a faltar un detalle de buen gusto. ¡Ay, este Madrid es la caraba! *(Vase por la derecha.)*

BEBEL. ¿No te da risa?

COTÓN. ¡Infeliz!

BEBEL. ¿La compadeces, Cotón?

COTÓN. ¡Bastante desgracia tiene la pobre con llamarse Cayetana! *(Bebel y Cotón van a marchar también por la derecha, y en la misma puerta se cruzan con Daniel Salaberry, guapo mozo de treinta años, de arrogante figura y porte varonil, que viste traje de americana. Ellas se detienen, dejándole pasar, y él, sin reparar apenas en las muchachas, avanza lentamente, mirando con cierta curiosidad a todos lados, y desaparece por la derecha.)* ¡Huy, Bebel! ¡El del Retiro!

BEBEL. ¡Chica, qué hombre! ¡Es platino!

COTÓN. ¡No mira!

BEBEL. ¡Me gusta muchísimo!... ¡Si yo me atreviera...!

COTÓN. ¿A qué?

BEBEL. A hablarle. ¡Cuándo llegará la moda de poder piropear a los hombres!

COTÓN. ¡Se marcha!... ...

BEBEL. ¡Qué fastidio!

COTÓN. No te ilusiones, que a lo mejor ha venido a comprar unos zapatos para sus niños.

BEBEL. ¡Que vuelve, Cotón! ¡Que vuélve!... Yo me atrevo a decirle algo.

COTÓN. ¡Huy, qué loca eres!

BEBEL. ¡Vas a ver! ¡Ya está aquí! *(Entra Daniel por la izquierda.)*

COTÓN. ¡Bebel, por Dios, que te temo!

BEBEL. *(Acercándose muy resuelta a Daniel.)* ¿Hace usted el favor de indicarme dónde está la sección de joyería?

DAN. No soy de la casa, señorita. *(Al Empleado.)* ¡Oiga! ¿Artículos de joyería?

EMP. Por aquí. *(Señalando a la derecha.)* Pasen por aquí.

DAN. *(A Bebel, muy serio.)* ¡Por ahí! *(Quitándose el sombrero.)* ¡A sus pies!

BEBEL. Usted perdone; pero una confusión la tiene cualquiera, y sobre todo yo, que soy muy distraída y no me fijo en nada. Ayer, le vimos a usted en el Retiro...

EMP. ¿No me preguntaban las señoritas por la sección de artículos de joyería?

COTÓN. Sí; pero ya no nos podemos detener, porque es muy tarde.

BEBEL. Y hace dos noches fué usted al Infanta Isabel. Usted es forastero, ¿verdad?

DAN. Sí... y no.

BEBEL. ¡Qué raro! Cotón decía que sí.

DAN. ¿Cotón? ¿Y quién es Cotón?

BEBEL. Mi hermana.

DAN. ¡Preciosa!

BEBEL. Nos parecemos mucho.

DAN. ¡Idénticas! ¡Es usted tan bonita como ella!

BEBEL. ¡Eso asegura todo el mundo! *(Llega Juanitín por la derecha.)*

JUAN. Dice mamá que vayáis a verle puesto el traje a la prima.

BEBEL. ¡Ya iremos! A mí me ha intrigado usted desde el primer día que le encontramos. Lleva usted siempre un aire tan melancólico...

DAN. Pues no soy triste, ni muchísimo menos.

JUAN. ¡Que os están aguardando!

COTÓN. ¡No seas pelma!

BEBEL. ¡Déjanos ahora!

JUAN. ¡Bueno, bueno! ¡Yo soy un mandado! *(Y vase otra vez por la derecha.)*

BEBEL. ¿Acaso le ha ocurrido alguna desgracia?

DAN. No, por mi fortuna. Y sería un ingrato si me quejase de la vida.

BEBEL. ¡Ya lo creo! ¡Con esa figura!

COTÓN. Entonces es que no se lleva usted bien con su mujer.

DAN. Ni mal ni bien.

COTÓN. ¿Divorciado?

DAN. Soltero.

BEBEL. ¿De verdad?

DAN. ¡Se lo aseguro a ustedes!

BEBEL. ¡Ay, qué suerte! *(Llega por la izquierda Guateque, muchacho de unos veinticinco años, simpático, vivaracho, despierto y que vive en perpetuo optimismo. Va estupendamente trajeado.)*

GUAT. ¡A las buenas tardes, moruchas! ¡Hola, tunarra! ¿Cómo te manifiestas?

DAN. ¡Encantado! ¿Qué tal estás?

GUAT. ¡Negro! ¡Vengo echando lumbre! *(A las chicas.)* ¿Sabéis en dónde se ha metido el grullo del novio de Cayetana? Me ha citado aquí a las cinco y llevo una hora buscándole por todas las galerías.

BEBEL. ¡Buena vidita te estás dando con el isidro!

GUAT. ¡El vidorro padre! Me echa de comer todos los días y me estoy hinchando. ¡La apoteosis!

COTÓN. ¡Con lo gorrón que tú eres!

GUAT. (*Por Daniel.*) Preciosidad, ¡que hay gente de fuera!

BEBEL. ¿No sabe usted que todo el mundo le llama Guateque?

GUAT. ¡Guateque, sí! ¿Qué pasa? Vosotras tomarme la cabe-

llera, pero yo me doy cada banquetazo... ¡Y sin soltar un gordo! ¡Que vivo en plan fastuoso!

COTÓN. ¡Bien te aprovecharás de Cañavate!

GUAT. ¡No lo creas! ¡Es un buen hombre! Sencillo, franco, noblote... ¡Y con una de duros...! ¡Mi madre!

BEBEL. ¿Te ha hecho su carabina?

GUAT. ¡Y yo tan a gusto con la carabinada! Me ha tomao un un cariño que no voy a tener más remedio que largarme con él a Tomelloso. ¿Qué tal se comerá allí?

BEBEL. Pero ¡qué frescacha eres!

GUAT. ¡De la promoción de tu hermano! Ahora, que yo me gano los gabrieles a pulso, porque Epifanio me amenaza con cada tabarrón...

COTÓN. Y tú se los aguantas porque a la hora de pagar...

GUAT. El es quien afloja la mosca. ¡Toma, no! ¡Y larga cada pápiro...! ¡Mi abuela! ¡El carabón en billetes! (*Sale otra vez Juanitín por la derecha.*)

JUAN. Que dice mamá que si vais o no...

BEBEL. ¡Ay, qué fastidio! ¡Ya vamos, hombre; ya vamos!

GUAT. (*A Juanitín.*) ¡Se te saluda, batata!

JUAN. ¡Se le corresponde, gañote!

BEBEL. ¿Usted se marcha ya?

DAN. Quisiera tomar antes alguna cosa.

BEBEL. Pues espérenos en el salón, que en seguida volveremos.

GUAT. Andad listas, pimpollos, que el manús es un partido loco. Hay pasta larga y hasta ropa. ¡Véase la lámina adjunta!

DAN. ¡Guateque!

GUAT. Es gratis el reclamo, no te preocupes. Os participo que busca una parienta en Madrid.

DAN. No le hagan ustedes caso. Lo dice porque el otro día le confesaba yo que tengo el capricho, o, mejor expresado, el deseo de casarme con una madrileña.

BEBEL. ¡Yo he nacido en la calle de Atocha!

GUAT. ¡Y tu hermano en un cocotero!

JUAN. ¡Que te arreo un directo!

BEBEL. Espérenos usted, que no tardamos tres segundos. (*Cogiendo a Cotón del brazo y marchando con ella por la derecha.*) ¿Te has fijado en los ojos?

COTÓN. ¡Y en la dentadura!

BEBEL. Lleva una camisa de una seda estupenda...

GUAT. (*A Juanitín, que camina tras sus hermanas.*) ¡Adiós, atontao!

JUAN. ¡Carabina!

GUAT. ¡Portera! ¿Ha salido el pollo pera?

JUAN. ¡Que te frían un fotingo! (*Vase.*)

DAN. ¿Quiénes son esas muchachas?

GUAT. Unas niñas bitongas.

DAN. ¿Gente bien?

GUAT. Regular, y gracias. Cursis de segunda categoría.

DAN. Pero muy lindas, ¿verdad?

GUAT. ¿Te gustan? Perdona si he metido el remo.

DAN. ¡No, hombre! ¡Ni pensarlo! *(La Señorita 23 sale por la derecha, va a donde están los sombreros, toma uno de ellos y vuelve a marcharse por dónde salió.)*

GUAT. Te advierto que de acá *(Frotando el índice y el pulgar de la mano derecha)*, ¡ni un botón!

DAN. Eso no es un grave inconveniente para mí.

GUAT. ¡Pues duro! Si le dices tanto así a cualquiera de las dos, tenemos antes de un mes bodorrio con guateque por todo lo alto.

DAN. ¡Qué mal me quieres! Tus amigas me han parecido en lo poco que he hablado con ellas, claro está, demasiado modernistas, muy niñas del día. Criaturas encantadoras para un rato de charla o para mantener un flirt una semana; pero nada más. Y no es que yo prefiera la mujer mojigata.

GUAT. ¡Nunca!

DAN. Ni que sea de esos graves varones que se escandalizan con las modas actuales.

GUAT. Se escandalizan, pero miran. ¡Toma, no! ¡Pues así que no están riquísimas las hijas de mi alma con las faldas cortas y el pelito más corto que la falda! ¡Para deglutirlas!

DAN. ¿Sabes cuál es mi ideal?

GUAT. ¡Metida en carnes!

DAN. ¡Estoy hablando en serio!

GUAT. Perdona. Dílo.

DAN. Una mujer muy mujer.

GUAT. ¡Claro! ¡Una señora guardia no es para chalar a die!

DAN. Atiéndeme, hombre. Una mujer que fuese exteri te tan linda y tan atractiva como esas amiguita y que al mismo tiempo fuera menos avanzada decidida que esas niñas; que se ruborizase cuando se le dijese con cierta emoción: ¡Qué usted!

GUAT. ¡Pues si esperas encontrar ahora una que por eso, estás apañao! ¡Si son ellas las que guapos! A mí me lo están diciendo a cada

DAN. ¡Qué célebre eres! Vente a merendar. T

GUAT. Déjalo para mañana, que hoy tengo ya pagada la manduca. Aguardo al forastero de marras.

DAN. Entonces cenaremos juntos, ¿eh?

GUAT. (*Abrazándole.*) ¡Me conmueves, Daniel! Dirás que soy un fresco; pero yo me carcajeo de todo y ¡allá películas! ¡Me alimento chipén y visto de postín!

DAN. Debías ponerte a trabajar en serio.

GUAT. ¿Trabajar servidorito aquí en Madrid? ¡Imposible! Madrid me domina: toros, teatros, futbol, cabarets... ¡La locura!

DAN. Igual que tú era yo, y un buen día—¡bendito momento!—tuve la valentía de lanzarme a correr tierras luchando y sufriendo lo que sólo Dios sabe. Pero ahora doy gracias a El porque poseo todo lo que ambicionaba y un poco más. Trabaja, muchacho, trabaja.

GUAT. En cuanto cumpla los veinticinco años, que los hago pasado mañana, voy a ser otro. ¡Te lo prometo! Pero déjame siquiera estos dos días más de huelga.

DAN. Bueno, ya hablaremos de eso. ¿Te espero a las nueve en El Bilbaíno?

GUAT. ¡De primera!

DAN. Entonces, hasta luego.

GUAT. Oye, si no voy es que me ha convidado mi forastero, y como tengo que aprovecharme mientras esté aquí... Pero la cena queda en pie. Y también podemos almorzar una mañana en Los Fandanguillos, que se come muy bien.

DAN. ¡Lo que tú dispongas! ¡Adiós, chaval!

GUAT. ¡Adiós, triunfador!

DAN. ¡A medias! ¡Hasta la vista! (*Entra Daniel Salaberry en el salón de té.*)

GUAT. ¡Un hombre! ¡Eso es un hombre! Y así debía ser yo, ¡pero no puedo! (*Mirando su reloj.*) ¡Atiza! ¡Las seis! ¡El bromazo que me ha gastao el tío de Tomelloso!... (*Se encamina hacia la izquierda.*) ¡Ah, no, que ya viene por ahí!... ¡Aguanta y sopla! ¡Se ha puesto de toda gala! Verdaderamente que hace falta la cara dura que yo me gasto para ir por esas calles con semejante fototipia. (*Aparece Epifanio Cañavate en la puerta de la izquierda.*) ¡Vamos, rico, ya es hora! (*Epifanio tiene un aspecto de bruto que mete miedo. Es hombre de una treintena de años, fuerte y corpulento, con unos colores sanísimos, que viste, por lo menos en el momento de conocerle, de la manera más estrafalaria: pantalón blanco de franela, americana y chaleco marrón y botas y hongo negros. Lleva además un cuello de pajarita, alto y*

cerrado, con unos picos pequeñitos, corbata armada con su gran alfiler y guantes grises de gamuza.)

EPIF. Dispensa, Guatequito; pero es que me entreluve arreglándome unas miajas pa estar presentable, porque como en la corte gusta tanto la buena ropa y yo tengo un vestuario magnífico, debo lucirlo. ¿Voy bien?

GUAT. ¡Estupendo! (¡Es un dibujo de Xaudaró!)

EPIF. Lo que me está dando la tarde es la pajarita. En cuanto me muevo pa mirar un letrero me la clavo en la nuez. ¿De veras que voy bien?

GUAT. ¡Formidable!

EPIF. Cayetana tiene una pesadilla con mi vestimenta, y yo por no disgustarla... ¿Me estorban los guantes?

GUAT. No.

EPIF. Es que me dan calor.

GUAT. Entonces te estorban.

EPIF. Me quitaré uno pa ponérmelo así en la mano, que yo me he fijao y los elegantes lo cogen de esta forma, como una velita. Ayúdame a sacarlo, porque como son nuevos... *(Guateque obedece y entre los dos pasan las suyas para quitar el guantecito.)* ¡Tú, que me arrancas el índice! *(Estornuda.)* ¡Válgame la Trinidad! ¡Ca vez que estornudo me pincho los picos y veo las estrellas!

GUAT. Pues anda, que si te has constipao...

EPIF. ¿Y la moza?

GUAT. ¿Quién?

EPIF. La Cayetana.

GUAT. ¡Ah! No la he visto; pero debe estar curioseando por ahí, porque acabo de saludar a las primas.

EPIF. ¿Ha venío también el pollo del pantalón-refajo?

GUAT. Sí.

EPIF. ¡Maldita sea...! ¡Me están buscando, Guateque; me están buscando!

GUAT. ¡No cabalgues en lo absurdo!

EPIF. ¡Que sí! ¡Que me la quieren picardear pa casarla con el primito! Pero yo te juro que como me quiten la novia le quito yo el tipo a alguien. Yo seré manchego; pero no me la dejo dar con queso. ¡Son ya muchas puyas con la elegancia y con la vestimenta, corcho! ¿Es que se me puede poner a mí algún reparo respective de la ropa?

GUAT. ¡Qué va!

EPIF. ¡Y llevo en la cabeza catorce duros de hongo!

GUAT. ¡Chico, por ese dinero has podido comprarlo un poco más grande!

EPIF. No, que con el sombrero colao parece uno un paleto. ¿A

que no sabes tú qué es lo que más me gusta de Madrid?

GUAT. ¡Las mujeres! *(Epifanio niega con el gesto.)* ¿El Metro?... ¿La calle de Alcalá?...

EPIF. ¡Los ascensores! Cuando me cuelo en un cajón de esos, aprieto el botoncito y hace así, ¡chasssssff!, y se va pa arriba, ¡me entra un bienestar por too el cuerpo...! ¡Qué progresos! *(Vuelven por la derecha Cotón y Bebel.)*

BEBEL. ¿Y tu amigo, Guateque?

GUAT. *(Señalando al foro.)* Se fué por ahí.

BEBEL. ¡Vamos a ver si le encontramos, Cotón! *(Desaparecen los dos por el foro.)*

EPIF. ¡Buenas tardes!... ¿Han contestao?

GUAT. ¡No!

EPIF. ¡Pamplinosas! ¡El día menos pensao me olvido de que son dos señoritas y le arreo una patá a ca una!...

GUAT. ¡Cálmate!

EPIF. ¡No puedo! Entre las cosas que me pasan y la pajarita, ¡sudo pez! *(Sale Cayetana por la derecha. Trae puesto el traje que eligió, que le estará muy corto y muy ceñido, y ha cambiado la pamela por un sombrerito muy pequeño y muy encasquetado, y trae además el perrito de trapo.)*

CAYET. *(A Epifanio, que estará de espaldas y no la ve llegar.)* ¡Hola, monín!

EPIF. Cayetana... ¡Azafrán!

GUAT. ¡Mi abuela!

EPIF. ¿Pero esto qué es?

GUAT. ¡La Raquel Meller, que ha vuelto de Nueva York!

CAYET. ¡Que ya soy niña charleston! Juanitín me ha dicho que estoy definitiva.

EPIF. ¿Juanitín? ¡Ya hablaré yo con el primito! Y eso otro *(Por el perro.)*, ¿qué representa?

CAYET. Es Gumersindo.

EPIF. ¿Gumersindo? ¡Ay, su padre! ¡Menos mal que no le ha puesto Epifanio! *(Llegan ahora, también por la derecha, doña Lucinda y la Señorita 23.)*

LUCIN. Sí, sí. Que lo envíen a las señas que hemos dejado.

CAYET. *(Al perro.)* ¡Gloria! ¡Rubiales!

EPIF. ¡Me la han picardeao!

LUCIN. Haz el favor de no entretenerte más, Cayetanita, que es tardísimo. *(Saludando secamente.)* ¡Hola, Epifanio!

EPIF. Dios la guarde, doña Lucinda.

GUAT. ¡Muy buenas, señora!

LUCIN. Buenas. ¿Y Juanitín? ¿Dónde está mi hijo? *(Aparece Juanitín en la puerta de la derecha.)*

JUAN. ¡Mamá!... (¡Ay, el del cordero!)
LUCIN. ¡Por Dios, nenitos, que a este paso no vamos a concluir en toda la tarde! Andad... *(Y entra doña Lucinda en el salón de té.)*
EPIF. Oye, tú, ¡so feo!
JUAN. ¿Es a mí?
EPIF. ¡A ti!
CAYET. ¿Feo mi primo? ¡Si es platino!
EPIF. ¡Ven acá!
GUAT. (¡Lo brea!)
EPIF. *(Avanzando hasta quedar al lado de Juanitín.)* ¡Yo soy muy bruto!
JUAN. *(Nerviosísimo.)* ¡Lo sabía! ¡Adiós!
EPIF. ¡Espera, corcho! Y como he observado que estás coqueteando con esa mujer...
JUAN. ¡Pero si la que coquetea es ella!
CAYET. ¡Huy, no! Dí que es él quien me castiga.
EPIF. Te participo que no estoy dispuesto a que nadie juegue con Epifanio Cañavate. Si vuelves a mirarla a la cara ¡te largo una trompá que te mando a las Canarias!
JUAN. (¡Canario!)
EPIF. *(A Guateque.)* ¿Están muy lejos las Canarias?
GUAT. ¡Un rato!
EPIF. ¡Pues ya está dicho! ¿Te has enterao?
JUAN. Sí. ¡A las Canarias!
GUAT. (¡Es de cemento!)
EPIF. ¡Y ya puedes irte con tu mamá!
JUAN. No es ésta la ocasión de hablar de ese asunto, porque estamos en una casa extraña; pero... pero...
EPIF. ¡Desembucha!
JUAN. Pero... ¡Como yo soy un caballero...! ¡Buenas tardes! *(Y vase por el foro, más corrido que una mona.)*
CAYET. ¡No lo tomes en serio, Juanito! ¡Pobre chico!
EPIF. ¿Le vas a defender?
CAYET. ¡Le defiendo, sí! Tú lo que tienes es mucha envidia de mi primo porque lleva pantalón chanchullo y sabes que a mí me gustan ahora con chanchullo.
EPIF. ¡Na, que quiere un novio que parezca una camilla!
CAYET. Y aunque yo te he dado una palabra y hasta que no la recoja te seré fiel, no olvides que «mujer, viento y ventura, pronto se mudan».
EPIF. ¿Qué estás parlando?
CAYET. Que ha llegado el momento de poner las cartas boca arriba. Es preciso que te hagas cargo de que Madrid es Madrid y que la capital requiere buena presentación, vestir de otra manera más chic. ¡Así, como yo! ¡Comprende-

rás que no puedo llevarte con Gumersindo con esa bimba! Por eso necesito que te hagas pollo charleston. *(Al perro y encaminándose al foro.)* ¿Vamos, cariño?

EPIF. ¿Es a mí, o al perro?

CAYET. Ya lo sabes: ¡charleston! *(Desapareciendo por el foro mientras le hace mil caricias al perrito.)* ¡Ven tú conmigo, amor de mis amores! ¡Sol de España! ¡Heno de Pravia! *(Y vase.)*

EPIF. ¡Me ha dejao de piedra!... ¡Lo que yo barruntaba, Guateque! ¡Entre toos me la han envenenao de cursilería! ¡Y te juro que me están haciendo así las entrañas, porque la quiero, la quiero, muchacho!

GUAT. ¡No seas panoli y dala achares!

EPIF. ¡Yo no sé dar de eso!

GUAT. ¡Anda!

EPIF. ¡Yo no entro ahí!

GUAT. ¿Qué dices?

EPIF. ¡Que no entro! ¡Yo me voy ahora mismo a la mejor sastrería y me compro los pantalones más grandes que haya y una chaqueta con siete trabillas! ¡Tengo yo mucho dinero pa dejarme birlar la novia por cuestión de ropa! ¡A mí no me pone en ridículo ningún niño pera!

GUAT. ¿Pero te has vuelto loco?

EPIF. ¡A la sastrería!

EMP. ¡Por aquí! ¡Pasen ustedes por aquí! *(Indicándoles la puerta de la derecha.)*

EPIF. ¡Acompáñame! ¡Me voy a gastar tres mil reales en una trinchera muy vieja y con mucha pringue!

GUAT. La verdad que si yo le sacara a éste un trajecito ¡había hecho la tarde! *(Vase Epifanio por la derecha y Guateque tras él.)*

EMP. ¡Qué tipos se ven aquí Ramoncita!

BOT. Pues ¿y en el Retiro? Había el domingo uno sentao en un banco...

SEÑ. ¿Ya empezamos otra vez, nene? *(Llegan por la izquierda Encarnita y Aurora, dos hermosas y arrogantes mujeres, de veinticinco años a lo sumo, que visten sencillos trajes de calle y se tocan con modestos sombreros.)*

AUR. ¡Pero si te convido yo, chica!

ENC. ¡Déjalo para otro día!

AUR. Tengo mucho gusto en ello, que es mi cumpleaños.

ENC. ¿Para qué vas a derrochar así el dinero?

AUR. ¡Ay, hija, qué rancia! ¡Descuida, que no me arruino! Total, ocho pesetas y la propi.

ENC. Te saldrá más barato en cualquier pastelería.

AUR. Es que hoy me siento finolis y me he encapriehao con festejarme en el Metropolitan.

ENC. Pero si venimos de trapillo, con el traje de la oficina.

AUR. ¡Qué pesada eres! ¡Anda, Encarnita! *(Y cogiéndola de un brazo se dirigen las dos al salón de té.)*

BOT. ¿A dónde van las señoras?

AUR. ¡Señoritas!

BOT. Ustedes perdonen. Les advierto que éste es el salón de té.

AUR. ¡Ya lo sabíamos! No hemos llegao en el corto de Guadalajara. ¿Es que hay que costear el guardarropa?

BOT. No, señorita.

AUR. ¡Eso! ¡Señorita! ¡Y ésta, también! Pasa, chica. *(El Botones levanta la cortina y las muchachas se disponen a pasar.)*

ENC. *(Mirando a la izquierda del foro.)* ¡Ay, Aurora, yo no entro!

AUR. ¿Por qué, tonta?

ENC. Porque están ahí mis hermanas.

AUR. ¿Dónde?

ENC. ¡Míralas!

AUR. ¡Ah, sí!

ENC. *(Bajando al primer término.)* ¡Vámonos, que n quiero que me vean!

AUR. ¡Ay, qué prima! ¡Pero si tú no vas a pedirles nada!

ENC. ¡Dame ese gusto, mujer!

AUR. ¡Bueno! Nos ha estropeado la tarde la parentela!

ENC. A lo mejor piensan que he venido porque sabía que estaban aquí, y ya las conoces.

AUR. ¡Conmigo podían dar! Pero tú eres una buenaza, que nunca sabrás vivir. Metida todo el santo día en una oficina, quemándote las pestañas a fuerza de hacer números, pa que luego tus hermanitas, la señorita Cotón y la señorita Bebel—¡las daba así!—, vayan por ahí con mucho pote y hartándose de pasteles a costa de tu trabajo. ¡Ay, qué prima!

ENC. ¡No grites!

AUR. ¡Pero si quiero que me oigan, pa decirlas todo lo que tú no les has dicho nunca!

ENC. ¡Anda, vámonos a otro sitio!

AUR. ¡Yo podía estar en tu pellejo! ¿Que tocan a trabajar? ¡Pues a trabajar todas! ¿Que a bailar y a presumir? ¡Pues servidora presumiendo la primera!

ENC. Ya sabes que ellas son como son; y yo, que pienso de otra manera muy diferente, procuro evitar todos los disgustos que puedo.

AUR. ¡Idiota! ¡Más que idiota!

ENC. Pues así he nacido y así he de morirme.

AUR. ¡Ay, si yo viviera en tu casa! ¡Iba a repartir una de azotes...!

ENC. Harías lo que yo: resignarte.

AUR. ¡Sí, que sí! ¡O había té para todas, o no comía nadie de mi sueldo! *(Vanse Encarnita y Aurora por la derecha. Sale la Viuda de Cimarra por el foro y se encamina a la izquierda.)*

VIUDA. *(A «Don Ambrosio»)* ¿Te ha gustado el pastelito? ¿Vas contento?... ¿Sí? Pues ahora te voy a llevar al cine, que ponen una película de Fatty, ese gordinflón que te hace reír tanto. *(Y desaparece por la izquierda.)*

BOT. ¿Qué le parece a usted? ¡Los nueve hijos que tiene mi padre se los mandaba yo a esa señora!

EMP. ¡Sí que el chucho lleva una vida de perro...! *(Vuelven Encarnita y Aurora por la derecha. Ambas vienen mirando al suelo, como queriendo encontrar algo que se les ha perdido.)*

ENC. ¡Ay, Aurora, qué pena!

AUR. ¿Estás segura de que la traías puesta?

ENC. ¡Segurísima! ¿No me la has visto?

AUR. No recuerdo. A ver si la has perdido en la calle.

ENC. ¡Que no, mujer! *(A la Señorita 23.)* ¿Han encontrado ustedes por casualidad una medallita de la Virgen del Carmen con una cadena?

SEÑ. No, señorita.

ENC. Usted perdone... *(Encarnita y Aurora se encaminan otra vez a la derecha, y en el centro de la escena se encuentran con Daniel Salaberry, que unos minutos antes ha salido por el foro.)*

ENC. *(Con una alegría que no tiene por qué disimular.)* ¡Salaberry!

DAN. ¿Eh? ¿Encarnita Muñoz?

ENC. ¡La misma!

DAN. ¡Muchísimo más guapa!

ENC. ¿Cómo estás, Daniel?

DAN. Yo muy bien, y tú, ¡preciosa!

AUR. ¡Bueno! ¡Veníamos buscando una medalla y hemos encontrao un solitario!

ENC. ¿Qué es de tu vida? ¿Dónde has estado metido tanto tiempo?

DAN. ¡En Orán!

ENC. ¡Chico, qué turista! ¡Hay quien no ha pasado de la Puerta de Hierro!

AUR. Tú, que te aguardo curioseando por ahí, porque como yo no tengo que decirle nada al caballero...

ENC. Ven que te presente. Un antiguo compañero mío en la Escuela de Comercio: Daniel Salaberry.

AUR. ¿Este es Daniel Salaberry? ¡Pues está muy bien! ¡Poquitas ganas que tenía yo de conocerle!

DAN. Es usted tan amable como simpática.

AUR. De todo un poco, sí, señor. Oye, que se te ha olvidado decirle cómo me llamo, mujer.

ENC. Si no dejas hablar a nadie. Aurora Domínguez.

AUR. Taqui-meca de la casa Guadiana, maquinaria y accesorios eléctricos. Que le conste a usted que tenía yo cierta curiosidad por apreciar con mis ojos cómo era Daniel Salaberry. Encarnita me ha hablado tanto de usted...

DAN. ¿Sí? ¿De veras?

ENC. ¿Qué tiene de particular? Éramos muy buenos compañeros, y siempre conservaré un grato recuerdo de aquellos días de la Escuela. *(A Aurora.)* Te advierto que éste era un bala y no cogía los libros mas que para venderlos. ¡Pero buen chico!

DAN. Lo sigo siendo.

ENC. Eso habrá que ponerlo de cuarentena.

AUR. Cuando él lo dice, sus motivos tendrá.

DAN. ¿Y de amores, cómo andamos?

ENC. ¡Mal! ¡Muy mal!

AUR. ¡Y yo peor que ella! ¡Está todo tan caro...!

ENC. Las que nos pasamos el día trabajando...

DAN. ¿Trabajando? ¿En qué?

ENC. ¡En la oficina, hijo! ¡A ver si te has creído que vivo de las rentas! Sigo tan pobre como cuando me conociste. Estoy empleada en la misma casa que Aurora.

AUR. Es mi jefe. ¿Ha visto usted qué jefe más guapo tengo?

ENC. Terminé mi carrera de comercio y ahora soy cajera de la Guadiana, con cuatrocientas pesetas de sueldo.

AUR. ¡Es un hacha para los números!

DAN. ¡Enhorabuena! Tampoco yo he perdido el tiempo en esos diez años, chiquilla.

ENC. ¿Qué te haces?

DAN. Vivo en Orán, adonde fuí a parar una buena mañana con veinte duros en el bolsillo y un millón de pájaros en la cabeza.

AUR. ¡Para volverse loco!

DAN. Pero como el que quiere trabajar en todas partes se abre camino, a los tres meses de estar allí los veinte duros se habían convertido en cincuenta o sesenta...

ENC. ¡Ya me darás la receta!

DAN. Y a los dos años tenía una agencia—negocio muy mo-

desto, claro—de representaciones de productos de España. Luego me asocié...

AUR. ¿Con una negra?

DAN. ¡Con un italiano más listo que el hambre! Montamos el negocio en mayor escala, trabajamos como fieras, y aquí me tienes, al cabo de ocho años de lucha, feliz y contento con mi suerte.

ENC. ¡Dichoso tú!

DAN. He venido a dar un abrazo a los míos y a ver si me caso con una madrileña.

AUR. ¿No le da a usted lo mismo una de Medina del Campo?

DAN. Me encuentro muy solo en aquel país extranjero y ansío crearme ya un hogar. ¡Y quiero yo que vean aquellos africanos cómo son las mujeres de mi pueblo!

AUR. ¿Tú has oído? ¡De Madrid! ¡Enséñale la cédula, chica! ¡Mira que si en vez de la medalla hubieses encontrao un novio...!

ENC. ¡Aurora!

AUR. ¡A lo mejor lo ha hecho la Virgen!

DAN. ¿Qué dice tu amiga?

ENC. ¡Nada! ¡Boberías suyas!

AUR. ¡No son boberías, caballero! Es que estábamos aquí buscando una medalla que Encarnita tenía en mucha estima y que ha perdido esta tarde...

ENC. Pero ¡Aurora!

AUR. ¡Pues se lo digo!

DAN. Continúe usted. Se lo ruego.

AUR. Y como la alhaja no ha aparecido hasta ahora, y, en cambio, nos hemos tropezado con usted, que viene nada menos que de Orán, pienso yo si habrá terciao en esto la Virgen del Carmen para compensarla del disgusto que se ha llevao mi compañera. ¡Ya lo solté! ¿Qué pasa?

ENC. Conseguirás que me enfade en serio. *(Salen por el foro Bebel y Cotón.)*

BEBEL. Pero ¿todavía está usted aquí, Salaberry?

AUR. (¡Atiza! ¡Las niñas quincalla!)

BEBEL. ¿No dijo usted que tenía que ir a Correos?

DAN. Me detuve a saludar a esa señorita.

BEBEL. ¿A mi hermana?

DAN. ¿Son ustedes hermanas?

COTÓN. Sí, señor. De padre. Ésa es la mayor.

BEBEL. Pero ¿se conocían ustedes?

ENC. ¡Muchísimo!

AUR. ¡Y se tutean!

BEBEL. ¿Sí? ¿Por qué?

AUR. ¡Porque quieren!

ENC. Daniel ha sido compañero mío...
DAN. Estudiamos juntos.
ENC. Estudiaba yo, porque tú...
BEBEL. ¡Pues sí que se tutean!
DAN. No me avergüences, que ya soy otro.
BEBEL. ¿Y qué haces tú en el Metropolitan, Encarnita?
AUR. Que ha venido conmigo a tomar el té. ¿Verdad, hija?
ENC. ¡No le hagáis caso! Que salimos un poco más temprano de la oficina y nos vinimos aquí a curiosear.
DAN. Para qué yo tuviese la dicha de verte.
ENC. También yo he llevado una gran alegría.
DAN. ¡Que me lo voy a creer!
ENC. ¡Ya lo sabes!
DAN. Pues no necesitaré decirte lo contento que marcho. ¡Adiós, Aurora!
AUR. Mucho gusto. Y no olvide usted lo que le he contado.
DAN. ¿El qué?
AUR. Lo de la medallita y el encuentro...
DAN. ¡Qué salada! ¡Encarna!...
ENC. ¡Adios, Daniel! Supongo que antes de regresar a Orán te despedirás de las buenas amigas.
AUR. ¡Pues claro, mujer! Mañana lo tienes en la Guadiana a comprar un ventilador.
DAN. Empiezo a temerle a usted, Aurorita.
AUR. ¿A mí? ¡Ay, qué gracia! ¡Como que se va usted a confundir de piso!
DAN. Señoritas...
BEBEL. ¿Se marcha usted a Correos?
DAN. Si ustedes no me mandan otra cosa. ¡A sus pies! ¡Buenas tardes! *(Y vase por la izquierda.)*
BEBEL. ¡Cuéntanos, cuéntanos!
ENC. ¡Si no tengo nada que contar!
BEBEL. ¿Es rico?
COTÓN. ¿De buena familia?
BEBEL. ¿Qué clase de persona es? Te preguntamos todo esto porque parece que le he gustado y que me va a hacer el amor.
COTÓN. ¡Y te lo hace! ¡No te quepa duda!
BEBEL. ¡Y le digo que sí a escape!
AUR. (¡Anda, morena!)
BEBEL. Tú, que tienes confianza con él, debías decirle que fuese por casa, que recibimos los sábados.
ENC. Falta que él quiera ir.
BEBEL. Irá. ¡Le he flechado, chica! ¡Le he flechado! Y él a mí, ¡no digamos! ¡La locura!
AUR. (¡La verdadera locura!)

BEBEL. Lo que no me entusiasma es el tener que vivir en Orán.

AUR. ¡Pues ahora creo que piensa marcharse al Congo!

BEBEL. ¡El Congo me resulta más exótico!

COTÓN. ¡No te preocupes, que ya le convencerás para que os vengáis a Madrid! *(Salen por el foro Cayetana, doña Lucinda y Juanitín.)*

CAYET. ¡Pues es muy caro, tita! ¡Veinte pesetas por cinco tazas de agua caliente! Y además un real que he dado de propina.

JUAN. ¿Un real?

CAYET. ¡Sí, señor! ¡Yo sé quedar siempre muy bien!

LUCIN ¡Encarnita! ¿Cómo tú en estos Almacenes? ¡Quién se quiere morir!

CAYET. *(A Encarnita.)* ¿Te gusta mi traje nuevo? ¿Te hace gracia Gumersindo? ¡Es muy mono!

LUCIN. *(A Juanitín.)* ¡No dejes sola a tu prima!

JUAN. Mamá, si es que me han amenazado con el raid Madrid-Canarias.

LUCIN. ¡Ay, qué chico este! Bueno, vamos, nenita. ¿Queréis que os lleve al Retiro?

COTÓN. ¡A la Caste!

BEBEL. Yo tengo que poner un telegrama en el Palacio de Comunicaciones.

LUCIN. Bueno, ya decidiremos. ¡Anda!... ¿Te quedas, Encarna?

AUR. La he invitao yo a merendar.

CAYET. ¡Vente con nosotras! Y usted también, señorita. ¡Vamos! ¡Vamos! *(Se disponen a marchar todos por la izquierda, y en ese instante aparece otra vez Daniel Salaberry.)*

DAN. ¡Ustedes perdonen un momento!

BEBEL. ¿Ya ha echado usted la carta en Correos? ¡Qué pronto!

CAYET. ¡La habrá mandado por teléfono!

DAN. *(Entregándole un estuchito a Encarnita.)* ¿Quieres aceptarme este pequeño recuerdo?

ENC. Pero ¡Daniel!...

AUR. ¡Tómalo, tonta! ¡Traiga usted!... ¡Ahí llevas!... ¡Ha quedao usted como los propios ángeles!

BEBEL. ¿Qué es?

AUR. Una fineza del caballero. Una medalla, ¿verdad? ¡Aquí hay pupila!

ENC. No sé si debo, Daniel... ¡Es demasiado!

CAYET. ¡No lo desprecies! «Cuando te dieren un anillo, pon el dedillo.»

ENC. ¡Huy, qué linda!

BEBEL. A ver...

COTÓN. ¡No está mal!

LUCIN. Muy galante, Salaberry; pero Encarnación no puede aceptar obsequios de un caballero que no conoce.

AUR. ¡Cómo que no! ¡Pero si han estudiao juntos la contabilidad por partida doble!

CAYET. ¡Qué preciosa! ¡Yo quiero una medalla, Juanitín!

JUAN. ¡Pues como no te ganes la de sufrimientos por la Patria...!

DAN. Y esto *(Por un abanico que entregará a Aurora.)* para usted.

AUR. Pero ¿es que han pasao los Reyes Magos? ¡Muchísimas gracias!

LUCIN. ¿Y a qué se deben esas atenciones?

AUR. A que Encarnita ha perdido la medalla de oro, y como el señor Salaberry se enteró...

ENC. ¡Se lo dijiste tú!

AUR. ¿He hecho mal? ¡Nanay! A mí me ha venido de perilla el abanico.

LUCIN. Muy reconocidas, Salaberry; muy reconocidas. ¡Vamos!

BEBEL. *(Que se habrá quitado con disimulo una de sus pulseras, escondiéndola en el bolso.)* ¡Ay, mi pulsera de esmeraldas!

LUCIN. ¿Qué?

BEBEL. ¡Que la he perdido!

AUR. (¡Esta niña sabe latín!)

BEBEL. ¡Se me ha extraviado, mamá! ¡No la tengo!

CAYET. ¡Sí la tienes!

BEBEL. ¿Eh?

CAYET. ¡Te la has guardado! ¡Lo he visto yo!

BEBEL. Estúpida. *(Y por la derecha entran Guateque y Epifanio Cañavate. Epifanio traerá un traje muy parecido al de Juanitín, pero más exagerado aún.)*

GUAT. ¡No se asusten ustedes!

CAYET. ¿Qué ocurre?

EPIF. *(Apareciendo.)* Y ahora, ¿qué pasa? *(Señalando al traje de Juanitín y luego al suyo.)* ¡Compara, compara! ¡Yo no me dejo achicar!

CAYET. ¡Pues no estaría de más que te achicaran un poco los pantalones! *(Ríen todos de la facha que trae Epifanio.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Las escenas de este segundo acto irán sucediéndose en el entresuelo que en la calle de Piamonte ocupan doña Lucinda Castro, viuda de Muñoz, y sus hijos. Estaremos en la sala de la casa, una habitación relativamente amplia, decorada al gusto de hace treinta años, con dos balcones al foro, que dan a la calle, y puertas en el primer término de cada lateral. Los muebles son de diversos estilos y épocas y, desgraciadamente para la dueña de la casa, ninguno de ellos se conserva en muy buen estado. En el foro, entre los dos balcones, habrá un sofá y dos butaquitas; en el testero de la derecha, una consola y un espejo con marco dorado, y en el de la izquierda, un juguetero y un par de pedestales con figuras de escayola. En el centro de la escena, un velador cubierto con un tapete de terciopelo, y a su alrededor, dos o tres sillas volantes. Delante del balcón de la derecha, una mesita con una máquina de escribir, y a su lado, una silla de rejilla. Aparato de luz, pendiente del techo, encima del velador. Por la tarde, tres días después de haber transcurrido el acto primero.

Al levantarse el telón se hallan en escena Cayetana, Cotón y Encarnita. Cayetana y Cotón aparecerán sentadas cerca del balcón de la izquierda, ocupándose Cotón en cortarle el pelo a su prima, mientras Encarnita trabaja en la máquina de escribir. Cayetana vestirá un kimono de seda y cubrirá sus hombros con una toalla, y Cotón, también en traje de casa, dará los últimos toques al peinado de Cayetana, que será completamente a lo *garçon,* con un flequillo que le llegue casi hasta las cejas.

CAYET. ¡Ay, ay, ay!... ¡Ay!

COTÓN. ¡Estate quieta, mujer!

CAYET. ¡Si es que te has figurado que andas pelando una gallina! ¿Cómo resulto?

COTÓN. ¡Monísima!

CAYET. ¿Se ve que soy charleston? ¡Ay!... ¿Tengo silueta de estudiante del bachillerato?

COTÓN. ¡Ya lo creo!

CAYET. ¿No estarás tomándome el pelo?... ¡Ay, que me haces cosquillas!

COTÓN. ¡No te muevas!

CAYET. ¡Huy, qué frío siento por el cogote!... ¡Que me cortas, hija!... ¡Encarnita!... ¡Encarnita!...

ENC. ¿Qué?

CAYET. ¿Te gusto?

ENC. *(Sin levantar la vista.)* Sí.

CAYET. ¡Si no me has mirado! ¡No trabajes más, criatura, que es domingo!

ENC. Quiero terminar estas cuartillas. Es una copia que córre mucha prisa, y como la pagarán pronto, tengo que aprovechar los ratos libres.

CAYET. ¿Qué te falta, Cotón? ¡Ay! ¡Siento unos deseos de verme...! ¿No pareceré un monaguillo?

COTÓN. *(Dándole un espejito de mano.)* Contémplate.

CAYET. *(Desilusionada al verse.)* ¡Ooooh!

COTÓN. ¿Qué te pasa?

CAYET. ¡Que estoy idéntica al veterinario de mi pueblo!

COTÓN. ¡Huy, qué gansa!

CAYET. ¡Igualita que el veterinario, muchacha!

COTÓN. Pues ya verás cómo enajenas a Juanitín.

CAYET. ¡No me importa! Yo no quiero trastornar mas que a mi Epifanio de mi alma.

COTÓN. ¡Anda y que te pelen!

CAYET. ¿Más todavía?

COTÓN. Después que he procurado esmerarme, para que mi hermano se lleve una sorpresa, me sales ahora con la idiotada del Epifanio de tu alma y tu corazón. ¡Que te aproveche!

CAYET. ¡Eso quisiera! ¡Sufro mucho por él! Desde el jueves, que fué cuando se compró el chanchullo, está desconocido.

COTÓN. ¡Y tanto!

CAYET. Me tiene preocupadísima. Apenas le veo, y se pasa los días poniéndome continentales para justificar sus ausencias. Dice que por complacerme se está haciendo pollo hacha, y me he enterado que se va todas las noches de juerga a la Cuesta de las Perdices, a casa de Trifulca.

COTÓN. De Camorra, mujer.

CAYET. Lo mismo da Trifulca que Camorra. ¡Y eso, no, ea!

COTÓN. Haz tú lo mismo que él.

CAYET. ¿Que yo me vaya a casa de Camorra? ¡Ay, no, que una servidora está muy bien mirada en Tomelloso!

COTÓN. Digo que le des un poquito de marcha.

CAYET. ¿Marcha? ¿Y cómo se da eso? ¿Con música?

COTÓN. Con picardía.

CAYET. Y si le doy marcha y se larga, ¿qué pasa?

COTÓN. No se va. Dedícate a coquetear con cualquiera. Con mi

hermano, por ejemplo, que lo tienes cerca y que tú quisieras...

CAYET. ¡Que no me hables más de Juanitín, caramba, que sé que a Epifanio le molesta y yo no tengo más voluntad que la de mi novio!

COTÓN. Has cambiado de modo de pensar en muy poco tiempo.

CAYET. ¡Ay, hija, es que «haciendo y deshaciendo, va la niña aprendiendo».

ENC. Déjala, Cotón.

COTÓN. ¿A ti qué te importa? ¡Tú a lo tuyo!

CAYET. Teclea, Encarnita, teclea, que «en la tierra Maluca, el que no trabaja no manduca.». *(Por la derecha sale doña Lucinda, que viene de bata y trae el pelo cogido con papillotes.)*

LUCIN. Pero, hijas, ¿todavía estáis así? ¿A qué hora vamos a salir?

CAYET. ¿Qué tal me encuentra usted pelona, tita?

LUCIN. ¡Preciosa! *(La besa y la abraza.)* ¡Ay, qué pena que este tesoro se vaya a ocultar en un pueblo!

CAYET. ¡Qué le hemos de hacer! «¡El caracol, donde nace pace!»

LUCIN. Cotón, hija, date prisa, que son las seis. ¡Anda, Tanuchi!

CAYET. ¡Huy, Tanuchi!

LUCIN. ¿No te gusta que te llame así?

CAYET. Sí, señora. ¡Tanuchi! Nombre de niña charleston. Ya no me falta mas que aprender a fumar. ¡Ay, cuando mi padre me vea tan encharlestonada! *(Y se marcha Cayetana por la izquierda, seguida por Cotón, que habrá recogido todos los avíos que utilizó en el peinado.)*

LUCIN. Oye, Encarnita...

ENC. ¿Qué quiere usted?

LUCIN. Hablar contigo dos minutos.

ENC. Ahora mismo. Aguarde usted un momento que sólo me queda un renglón de esta cuartilla.

LUCIN. Escucha, nena....

ENC. ¡Ya está! *(Levantándose y yendo al lado de doña Lucinda.)* Dígame usted.

LUCIN. Siéntate. *(Encarnita obedece.)* Mira, hijita, no te molestes por lo que vas a escucharme; pero necesito que sepas que desde ayer nos tienes a todos un poco contrariados.

ENC. ¿Pues qué sucede?

LUCIN. Tú eres una muchacha muy formal y muy juiciosa y confío que en esta ocasión te comportarás con el buen juicio que siempre has demostrado, ¿verdad?

ENC. Si no me habla usted más claro...

LUCIN. Me refiero a tu actitud con Daniel Salaberry.

ENC. ¿A mi actitud? ¿Qué es lo que he hecho?

LUCIN. Proceder muy a la ligera cuando Salaberry visitó ayer esta casa, invitado por Bebel.

ENC. ¿Dije alguna inconveniencia?

LUCIN. Te pasaste la tarde de palique con el caballero.

ENC. ¿Y eso es todo? Me pareció la cosa más natural, puesto que se trata de un antiguo compañero, muy estimado, que tiene más confianza conmigo que con ustedes.

LUCIN. Pero la pobrecita Bebel se llevó un disgusto enorme, pues en todo el tiempo que duró la visita apenas pudo cruzar cuatro palabras con su pretendiente. *(Llega Bebel por la derecha. Ahora vestirá un trajecito de mañana muy mono y muy vaporoso.)*

BEBEL. ¡Bueno, he tenido una idea genial! ¡Soy diabólica! ¿A que no sabéis de dónde vengo?

LUCIN. De depilarte las cejas.

BEBEL. De la farmacia de abajo, de hablar con Salaberry.

ENC. ¿Estaba en la botica?

BEBEL. Estaba en el hotel; pero yo le he llamado por teléfono y me he llevado cerca de media hora charla que te charla con él. ¡Le he largado cada piropo...! Y él también me ha soltado unas cuantas flores, no creáis. Le he rogado que viniese un rato y que luego nos acompañase a paseo, y me ha prometido que dentro de un cuarto de hora estará aquí. Ya me otorgarás la merced de dejarle un ratito libre, que ayer lo acaparaste, hija.

ENC. Lo mejor es que me encierre en mi cuarto, y así no os estorbo.

BEBEL. No, tonta; eso, no, que yo te necesito a mi lado. Como sabes que Daniel me tiene mochales, se lo vas a decir, ¿verdad, hermanilla rica?

ENC. ¡Me pides unas cosas...!

BEBEL. Si tú te vieses en mi caso, yo haría por ti eso y muchísimo más. ¿Quién te gusta a ti? *(Muy zalamera.)* Habla, que ahora mismo te traigo el que sea.

ENC. ¿Tú quieres a Salaberry?

BEBEL. ¡Me gusta horrores!

ENC. Te pregunto que si le quieres de amor.

BEBEL. ¡Más que a nadie!

LUCIN. ¡Hija, que se halla presente tu madre!

BEBEL. ¡Bah! El cariño tuyo es otra cosa. ¡Si vieras la emoción que siento cuando Daniel me habla, cuando es-

trecha mi mano y me mira a los ojos con una gracia y un fuego... !

LUCIN. ¡Niña, que te excedes en la descripción de la mirada!

BEBEL. ¡Ay, mamá, es que Salaberry me disloca, porque es un hombre!

LUCIN. ¡Naturalmente!

BEBEL. ¿Crees que he dicho una tontería? ¡Pues acabo de abrir mi corazón! ¡Me he enamorado por contraste! Estoy ya empachada de esos pollitos que no saben decirnos nada más que burradas y camelancias y que nos tratan como a compañeros de mesa de café. A mí me apasionan los pillines, esos que susurran muy bajito al oído: ¡Lo que voy a quererte, negra!

LUCIN. ¡Bebel, que se te asoman los flecos del mantón!

BEBEL. ¡Chula que soy! ¡Ay, si yo me viese con un pañolón alfombrao y Daniel de mi brazo, con gorrita y pañuelo de seda al cuello!... ¡La aleluya!

LUCIN. ¡Jesús, qué ordinariez!

BEBEL. Y Encarnita se va a encargar de transmitirle mi pensamiento a Salaberry, ¿verdad, guapa?

ENC. ¡Déjame, que me voy a mi alcoba!

BEBEL. ¿Qué te pasa, chiquilla?

ENC. ¡Nada!

BEBEL. Pero...

ENC. ¡Déjame! ¡Te lo suplico! Y no me llames cuando llegue Daniel. (*Vase Encarnita por la izquierda.*)

BEBEL. ¿Qué le ha ocurrido?

LUCIN. ¡Lo que yo me temía! ¡Lo que yo vi el jueves en los Almacenes Metropolitan!

BEBEL. ¿Eh?

LUCIN. Encarnación siente una vivísima simpatía por el señorito de marras.

BEBEL. ¿Que trata de quitarme el novio una de mi familia? ¡De ninguna manera! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

LUCIN. Es una mosquita muerta.

BEBEL. ¡Una envidiosa! Pero Daniel es mío, ¡mío!, aunque no me haya regalado ninguna medalla.

LUCIN. ¡A saber si se la pediría ella!

BEBEL. ¡Cabe en lo posible! *(Por la izquierda aparece Juanitín en pijama. Llegará más quemado que las ánimas.)*

JUAN. Oye, mamaíta: ¿es que os estáis apoderando entre todas de mi cabellera?

LUCIN. ¿Qué te sucede, hijo?

JUAN. ¡Que ladro!

LUCIN. ¡Juanitín!

JUAN. ¡Y de Juan Muñoz, aunque no es mayor de edad, no se pitorrea nadie, ca...!

LUCIN. ¡Niño!

JUAN. Carabí, mamá. ¡Maldita sea...! *(Dando un fuerte golpe en un mueble.)* ¿Qué pasa? ¡Ay!

LUCIN. Pero ¿por qué vienes tan sofocado?

JUAN. Porque a mí se me ha dicho que yo le entusiasmaba a Cayetana y Cayetana se pasa la vida haciéndome ascos. ¡Ascos con este pijama! ¡Pa darla así!

LUCIN. ¡Chico!

JUAN. ¿Qué pasa? ¡Ladro, mamá; ladro!

LUCIN. Tranquilízate.

JUAN. ¡No puedo!

LUCIN. Pero...

JUAN. Es que la prima me tiene chalao, mamaíta. Ya me he acostumbrao a ella, ¡y resulta que ahora me gusta! *(A Bebel.)* ¿Verdad que me gusta?

BEBEL. ¡Déjame en paz! Tan idiota eres tú como ella.

JUAN. ¡Ella es muy rica!... ¡Me mato! ¡Y mato también a Epifanio! ¿Qué pasa?

BEBEL. ¡Dos entierros! Voy a vestirme, mamá. *(Se marcha Bebel por la izquierda.)*

JUAN. ¡Yo tengo mucho amor propio!

LUCIN. Confía en tu buena estrella, hijo. Dicen que Cañavate está dejado de la mano de Dios. Apenas se ocupa ya de Tanuchi, y ella, con ese motivo, se halla disgustadísima. De seguir así las cosas, se terminará ese noviazgo, y entonces tú...

JUAN. ¡Plato de segunda mesa, no! ¡Yo soy muy orgulloso! ¡Y le agreo dos mandobles a uno en menos tiempo que me hago la corbata! ¿Qué pasa?

LUCIN. Ven, cielo mío; no padezcas tú.

JUAN. ¡Es que sufro, mamaíta! Me llevo las noches dando vueltas en la cama pensando frases bonitas para decírselas a la prima y no me las agradeçe. Ahora, al encontrármela en el pasillo, voy y le pregunto: «¿A dónde vas, chofera del auto de mi vida?» ¿Y sabes lo que me respondió? ¡Que me quitase de delante, porque me iba a atropellar! ¿Qué te parece? ¡Pa darla así!...

LUCIN. ¡Cuidado, hijo! *(Llega Cayetana por la izquierda luciendo el vestido que se compró en el acto anterior y trayendo en los brazos a «Gumersindo».)*

CAYET. ¡Ya estoy lista, tía Lucinda!

JUAN. ¡Mamá! ¡Ella!

LUCIN. Ven aquí, Tanuchi.

CAYET. Mándeme usted.

LUCIN. ¿Qué le has hecho a Juanitín?

CAYET. ¡Nada!

JUAN. ¡Sí, sí! ¡Despreciarme!

CAYET. ¿Despreciarte? ¡Estás viruta, chico!

JUAN. ¡Por ti! ¡Bien lo sabes!

CAYET. ¡Lo siento, primo!

JUAN. ¡Que no me llames primo!

CAYET. Bueno. Pero no me pidas un imposible, panoli, porque ya tengo alquilado el principal izquierda.

JUAN. Entonces, ¿por qué me llamaste platino?

CAYET. Porque es moda. Como si me dicen que te llame el rey del aluminio.

JUAN. ¡Estoy que ladro!

CAYET. Pues habla con Gumersindo, que se aburre mucho.

LUCIN. Eres muy veleta, Tanuchi.

CAYET. No, señora. Es que tengo ya mi flirt. *(Pronunciándolo como se escribe.)* ¿Se dice flirt?

JUAN. ¡Se dice porra!

CAYET. ¡Eso es a los guardias!

JUAN. No te sorprendas si hago una bestialidad.

CAYET. ¡Qué lipendi! ¡No te acalores, primo!

JUAN. ¡Y dale con la primada!

CAYET. No te acalores, chacho, que «olla que mucho hierve, sabor pierde».

JUAN. ¡Siento unas ganas de tropezarme con el tomellosino...!

LUCIN. ¡Juanitín, que te conozco!

CAYET. ¡Yo también! ¡Y por eso no me asusto!

JUAN. ¡Amenazarme el otro día con una excursión aérea a las islas Canarias! Pero ¿de dónde? ¡Y al frigorífico de Guateque ya le diré yo lo que venga al caso! Si me contuve allí, en los Almacenes, fué por respeto a ti y a mamá; pero en cuanto yo los vea, en cuanto yo los coja por mi cuenta... *(Y en este momento aparece por la derecha Nicolasa, una criada joven y no mal parecida, que viste falda oscura y blusa de otro color, pero a la que no falta el elegante detalle de la cofia y el delantal.)*

NICOL. Señorita Cayetana, que está ahí el señorito Epifanio.

CAYET. ¡Que pase en seguida!

JUAN. ¡Ahora vuelvo! *(Y vase huyendo por la izquierda.)*

CAYET. ¡Anda! ¿No me has oído?

NICOL. Es que viene con él ese otro señorito que le llaman Banquete.

CAYET. ¡Que pase también! *(Vase Nicolasa por la derecha.)*

LUCIN. Recíbelos tú, que yo no estoy presentable. Voy a terminar de aviarme. ¡Ay, Cristo del Dolor y qué casa ésta! *(Doña Lucinda se marcha por la izquierda.)*

CAYET. Me mostraré muy enojada. *(Sentándose junto al velador y adoptando una cómica postura.)* ¿Resultará así bien para un disgusto grande? *(Salen por la derecha Epifanio y Guateque, que vienen con la misma indumentaria con que terminaron el acto primero. Unicamente habrá cambiado Epifanio la pajarita y la corbata y ahora lucirá un cuello bajo de largos picos y un diminuto lazo de mariposa.)*

EPIF. *(Secamente.)* ¡Hola!

CAYET. ¿Eh?... ¡Ah!... ¿Ya pareciste?

EPIF. Pero ¿qué veo? ¿Tú con el pelo a lo guasón? ¡Habrá guasona!

GUAT. ¿Cómo le va, Cayetana?

CAYET. Dígame usted Tanuchi.

EPIF. ¿Tanuchi? ¡Es pa...! ¿Cómo se dice finamente?

GUAT. ¡Mondarse!

EPIF. ¡Pa mondarse! Tanuchi, ¡y se llama Cayetana!

GUAT. ¡La sincopez!

EPIF. Y ¿qué has hecho de aquellos abuelos tan graciosos que tenías?

CAYET. Los he perdido.

EPIF. ¡Qué pena!

CAYET. ¿No te agrado?

EPIF. ¡Ni pensarlo!

CAYET. ¡Ay, madre mía, que me he precipitao en el corte! Pero ¡fíjate bien!

EPIF. Ya me he fijado. Estás igual que mi hermano el pequeño.

CAYET. ¿Que Casianito? ¡Claro! ¡Ya decía yo que me parecía a alguien de Tomelloso! Bueno, siéntate. Y usted también, Guateque.

EPIF. Traemos prisa.

CAYET. ¡Me tienes abandonada, monín! ¿Por qué no viniste anoche?

EPIF. ¿Anoche? ¿En dónde estuvimos anoche, tú?

GUAT. En casa de Camorra.

EPIF. ¡Ah, sí!

CAYET. ¡Epifanio, que te veo en la pendiente!

EPIF. No. ¡En la Cuesta na más! ¡Qué juergazo! Guateque cogió un... ¿Cómo se dice?

GUAT. Tablón.

EPIF. ¡Un tablón enorme!

CAYET. ¿Y para qué lo cogió usted? ¡Con lo que eso debe pesar!

EPIF. Y yo llevaba una... ¿Cómo es?

GUAT. Toquilla.

CAYET. ¿Tú con una toquilla? ¿Te acatarraste?

EPIF. Oye, cómo se conoce que es de pueblo. ¡Habrá paleta semejante!

CAYET. ¿Paleta y me hago las uñas?

EPIF. ¡No saber lo que es una toquilla! ¡Ay, que me troncho! ¡Es pa tirarse al suelo!

CAYET. ¡Epifanio! ¿Qué fraseo te gastas?

EPIF. ¡De pollo pera! ¡Elegante que es uno! ¡Si me ves anoche...! ¡Armamos una garata bestial! Yo me lancé a tirar botellas por el aire y rompí tres espejos.

CAYET. ¡Ay, qué mala sombra!

EPIF. ¡Aquello fué la...! ¿Cómo se dice?

GUAT. ¡La caraba faraónica!

EPIF. ¡Faraónica, sí, señor!

CAYET. ¡Ay, que me lo han pervertido! ¡Es usted un perverso, Guatequé!

GUAT. No se queje usted, que Epifanio no hace mas que seguir sus consejos.

CAYET. ¿Mis consejos?

EPIF. ¡La chipén! ¿No te gustaban los niños charleston? Y que yo lo sé bailar y too. *(Cantando con música de «Las mujeres de Lacuesta».)*

Charleston,
charleston,
que se toca
sólo con un saxofón.

GUAT. Paraparapara ¡pom!

CAYET. ¡Se han escapado de un jazz-band! ¡Ay, qué tragedia!

EPIF. ¿No querías chanchullo? ¡Pues mira! *(Moviendo una pierna.)* ¡Aquí llevo la campana de Huesca!

CAYET. ¿Y a qué se debe ese lacito tan pequeño?

EPIF. Corbata peso mosca. ¡De lo más pera! Chica, Madrid es Madrid, y la capital requiere vestir con cierto gusto, así como voy yo. ¿Estamos? ¡Pues toma charleston!

CAYET. ¿Qué dices?

EPIF. Que uno ve, que uno compara, y como en Madrid hay tan buenas mujeres, tú me resultas ya muy cursi para mí.

CAYET. ¿Cursi yo? ¿Cursi y tengo perro? ¡Qué burrada! Tolero todos los insultos menos ese.

EPIF. ¡Pues ya está dicho!

CAYET. ¡Repítelo!

EPIF. ¡Cursilona!

CAYET. ¡Ay, que me va a dar algo! ¡Ay, esto es el caos! ¡Hemos terminado!

EPIF. Lo que tú dispongas.

CAYET. ¡Y mañana se lo escribiré a mi padre!

EPIF. ¡Dale memorias!

CAYET. ¡Cursi y juego al mayón! ¡No me hables, pérfido! Adiós, Guateque. *(Cogiendo a «Gumersindo»).*

GUAT. Pero, Cayetana...

CAYET. ¡Cayetana es una birria, según ese malvado! ¡Adiós, ingrato! ¡Juerguista! ¡Pero ya te lo dirán de misas, que el «arroz, el pez y el pepino, nacen en agua y mueren en vino».

EPIF. ¿Me ha llamao pepino?

CAYET. *(Al perro.)* ¡Ven tú conmigo, hijo mío, que eres la única persona que me quiere bien!... ¡Juerguistas! ¡Librebebedores! *(Vase Cayetana por la izquierda.)*

EPIF. ¿Eh? ¿Qué tal? ¡Más suave que un guante, muchacho!

GUAT. El truco está resultando de primera.

EPIF. ¡Como que se me ocurrió a mí! ¡Y eso que soy de un pueblo! ¡Pero aquí hay vista!

GUAT. Se lo ha creído todo.

EPIF. Cuando sepa que no salgo ninguna noche del hotel y que me acuesto a las ocho me da un abrazo. ¡Pero yo la escarmiento, que con mi cariño, que es cariño de ley, no se juega, corcho! ¡Vamos, que tenerle que decir que he tirao botellas y que me he paseao por Madrid con una toquilla...!

GUAT. ¡La elucubración!

EPIF. Pues ¿y la martingala de los pantalones? *(Remangándose los que lleva puestos y enseñando otros de hechura corriente.)* Siempre llevo otros debajo. Al llegar aquí me coloco éstos en la escalera, porque al hijo de mi padre le da vergüenza salir a la calle con estas patas de elefante.

GUAT. ¡Eres hachudo!

EPIF. Tengo el convencimiento de que esta vez quedará mi novia bien arrepentida de sus novelerías. Y aun no me he metido con la familia, que, aguárdate, porque también va a llevar lo suyo. *(Y aparece Juanitín por la izquierda, en traje de calle y con el sombrero puesto.)*

JUAN. ¡Buenas tardes!

EPIF. ¡Caramba, el primito!

GUAT. ¡Hola, serrano!

EPIF. ¡Adiós, titi!

JUAN. ¡Buenas tardes!

EPIF. ¡Ya lo hemos oído!

JUAN. ¡Pues se contesta! Lo primero que hay que tener para tratar con las personas es educación.

EPIF. ¡Cúbrase el pollo bien educado!

JUAN. ¡Estoy en mi casa!

EPIF. ¿Vas a destrozar corazones, castigador?
JUAN. ¡A destrozar lo que me dé la gana! ¡Puede que le parta la cabeza a uno!
GUAT. ¡Exagerao!
JUAN. ¿Que no?
EPIF. ¡Que no!
JUAN. ¿A que sí?
EPIF. ¿A que no?
JUAN. ¿A que sí?
GUAT. ¿A que no?
JUAN. ¿Es que hay pitorreo?
EPIF. ¡Ni pensarlo!
JUAN. ¡Ah, ya!
GUAT. Una pequeña dosis de chunga.
JUAN. ¡Ay, qué risa!
EPIF. ¡Mira la gracia que le ha hecho!
JUAN. ¡Soy muy festivo! ¿Qué pasa?
GUAT. ¡El tranvía de las Ventas!
JUAN. ¡Me voy porque no quiero matar a uno!
EPIF. ¿A quién?
JUAN. ¡A uno!
EPIF. ¿Dónde está?
JUAN. ¡Se ha mudao! ¡Aliviarse!
GUAT. ¡Oye!...
JUAN. ¿Me llamabas?
GUAT. *(Cantando.)* Oye, Nicanora...
JUAN. ¡Pa darte así en toa la napia!
EPIF. ¡Deja al chico! ¡No le pegues!
JUAN. ¡Si no le he pegao!
GUAT. ¡Muchas gracias por el favor!
JUAN. ¡Pero el día que me harte, alguno va a ir a pie a las islas Baleares! (¡Que recoja esa!) No sé si sabréis que hay que embarcarse.
EPIF. El que no lo sabes eres tú, porque has dicho que irá a pie.
JUAN. ¡A pie en un barco!
GUAT. A lo mejor ignoras dónde están las Baleares.
JUAN. ¡En Francia!
GUAT. ¡Aguanta!
JUAN. ¿A que sí?
EPIF. ¡Qué animal!
JUAN. ¡A mí no me insultas tú!
EPIF. Estudia, guapo; estudia.
JUAN. ¡No quiero! ¿Qué pasa? ¡Maldita sea...!
GUAT. ¿Sufres, vida?
JUAN. ¡Vais a hacer que me busque una ruina!

EPIF. ¿Y mucho ojo con la primita, que yo soy muy bestia!

JUAN. ¡Buenas tardes! *(Encaminándose a la derecha.)* (¡Hay que ver todas las cosas que le he dicho! ¡Y se han achantao! ¡Son unos gallinas estos pollos!) *(Vase Juanitín por la puerta de la derecha.)*

EPIF. ¡Me ha tomao miedo!

GUAT. ¡Es un blanco!

EPIF. ¡Pero va negro! Ya no me queda mas que liquidar con la madre, la doña Lucinda de mis pecados, ¡que le tengo unas ganas...! Pero eso lo dejo pa en cenando. Como luego tengo que volver a saludar a don Gumersindo...

GUAT. ¿Tú crees que vendrá?

EPIF. ¡Ah, que se me ha olvidado decírtelo! Esta mañana recibí un telégrama...

GUAT. Telegrama.

EPIF. ¡Telégrama, muchacho! ¡Si lo sabré yo que he sido quien lo ha abierto!

GUAT. ¿Y qué te comunica?

EPIF. Me anuncia su llegada en la tarde de hoy. Como yo le escribí anteayer contándole too lo que estaba pasando aquí con su hija...

GUAT. Sí.

EPIF. Y él me ha profesao siempre una gran estimación, porque tenemos unas fincas lindantes allá en el pueblo, se conoce que el hombre se ha alarmao con las noticias que yo le daba y se ha puesto en camino.

GUAT. ¡Pistonudo!

EPIF. Así que vámonos ahora a pasear por ahí y luego nos acercamos a saludar a don Gumersindo.

GUAT. Como quieras. *(Se dirigen a la puerta de la derecha a tiempo que aparecen en ella Nicolasa y Daniel Salaberry.)*

NICOL. Pase usted, señorito, y tenga usted la paciencia necesaria pa esperar, que voy a avisar a las señoritas.

DAN. ¡Caballeros!

GUAT. ¡Danielillo!

EPIF. ¿Cómo está usted, señor Salaberry?

DAN. No tan elegante como usted, amigo mío.

EPIF. ¡Psch! ¡Que hay vestuario! *(Nicolasa ha cruzado la escena y se ha marchado por la izquierda.)*

DAN. ¡Hombre, eres un fresco!

GUAT. ¿Es a mí?

EPIF. A mí no creo que sea, porque no tiene confianza.

DAN. He estado aguardándote toda la mañana.

GUAT. ¿Para qué? ¿Para almorzar? ¡Lo siento!

DAN. Ya no recuerdas lo que hablamos. Me dijiste que irías

al hotel para que yo te diese instrucciones y unas cartas de recomendación para varios corresponsales míos por si conseguías correr algunos artículos y ganarte unas pesetas...

GUAT. ¡Ah, sí! ¡Yo creía que se trataba de otra cosa! *(Vuelve Nicolasa.)*

NICOL. Las señoritas que se sienten usted, que tardarán unos quince minutos en salir, porque están concluyendo de arreglarse.

DAN. ¡Muy bien!

EPIF. ¿Han dicho quince minutos? ¡Pues no acaban en una hora! *(Vase Nicolasa por la derecha.)*

DAN. Pero ¿no estabas dispuesto a trabajar y a cambiar de vida a los veinticinco años?

GUAT. ¡Es que he cumplido anoche a las once! Dame siquiera de plazo hasta fin de mes.

DAN. ¡Si hoy es cuatro!

GUAT. ¡Por eso! Pero yo te juro que el mes que viene no me va a conocer nadie. ¡Por la salud de Epifanio!

EPIF. ¡Señala pa otro lao, Guatequito, por si acaso! *(Llegan por la izquierda Encarnita y Cayetana. Esta viene llorosa y cumpungida, refugiándose en los brazos de Encarnita.)*

ENC. Epifanio, ¿qué le ha dicho usted a mi prima? ¡Hola, Daniel!

DAN. ¿Qué tal desde anoche, chiquilla?

ENC. Ya me estás viendo. Lo mismo.

DAN. ¡Te han crecido los ojos!

ENC. ¡Qué cobista eres! ¡Buenas tardes, Guateque!

GUAT. ¡Sabe usted que se la admira siempre, Encarnita!

ENC. ¡Muchas gracias! Bueno, ¿qué le ha dicho usted, Cañavate?

EPIF. ¿Yo? ¡Nada!

CAYET. ¡Me ha llamado cursi!

EPIF. ¿Y no lo eres?

CAYET. ¡Ay, prima, que me lo repite!

ENC. La pobrecita ha entrado en mi cuarto toda llorosa y apenada...

EPIF. ¡Se le habrá muerto Gumersindo!

CAYET. ¡Se me han muerto las ilusiones!

ENC. ¡No seas niña! Venga usted acá, Epifanio.

EPIF. Lo siento mucho, Encarnita; pero tengo que hacer. Me han citado unos amigos para llevarme al Palacio de Hielo.

CAYET. ¿Al Palacio de Hielo? ¡Qué fresco!

EPIF. Quieren que me enseñe a bailar la hembra de la pareja de baile que hay allí.

CAYET. ¡Llévame!

EPIF. ¡Ca! Voy con gente bien. ¡Madrid no es Tomelloso! ¡Anda, Guateque!

CAYET. *(A Encarnita.)* ¡Que se eclipsa!

ENC. ¿No pretenderás que le sujete por la americana?

EPIF. ¡Tira pa el Hielo! ¡Hasta más ver!

GUAT. ¡Adiós a todos!

CAYET. ¡Qué hace mutis, prima!

EPIF. *(A Guateque, al marcharse con él por la derecha.)* ¡Más suave que un guante! ¡Y me la iban a dar a mí! ¡Jajay! ¡De pueblo que soy! *(Vanse Epifanio y Guateque.)*

CAYET. ¡Ay, que lo pierdo para siempre! ¡Epifanio! ¡Lo pierdo! ¡Atiende, hombre! ¡Epifanio, que yo te llamé pepino en broma! *(Y vase corriendo por la derecha.)*

ENC. ¡Pobrecilla! Algunas veces pienso si estará loca. *(Se encamina a la izquierda.)*

DAN. ¿A dónde vas?

ENC. A decir a mis hermanas que has llegado.

DAN. Ya lo saben.

ENC. Entonces, a recordárselo.

DAN. ¿Tan poco grata te es mi compañía?

ENC. No pienses en eso, hombre.

DAN. Pues no me abandones.

ENC. Como ha sido Isabel quien te ha llamado...

DAN. ¡Ya vendrá! ¡No te marches!... ¿Es que no quieres ser mi amiga?

ENC. ¡Siempre!

DAN. ¿De veras?

ENC. ¿Me has pillado en un embuste alguna vez?

DAN. Ahora. Dices que eres mi amiga, y ni siquiera has consentido en recibirme en tu oficina.

ENC. Nos están prohibidas las visitas a las horas de labor.

DAN. ¿Aunque os lleven un recado urgente?

ENC. ¡No me alarmes!

DAN. ¿Te burlas?

ENC. Pero ¿qué puedes tú necesitar con urgencia de Encarnación Muñoz?

DAN. ¡Mi felicidad!

ENC. ¡Jesús María! ¡Calla, Daniel, calla, que voy a pensar que no estás en tus cabales! Si no hablas en serio te regañaré como a un chico pequeño.

DAN. ¡Mi felicidad, Encarnita, porque yo te quiero y te he querido siempre! ¡Desde que, siendo unos chiquillos, estudiábamos juntos en la Escuela de Comercio!

ENC. ¡Quién se acuerda ya de aquellos días!

DAN. Si supieras que no los he olvidado nunca...!

ENC. ¡Andas mejor que yo de memoria!

DAN. ¡Te quiero con toda mi alma! Si entonces callé fué porque sentía vergüenza de mí mismo, que yo no podía ofrecerte nada y tú lo mereces todo por buena, por humilde, ¡por santa!

ENC. ¡No exageres! Soy como muchas, poco más o menos.

DAN. Pero ahora que poseo fortuna llego a ti con el orgullo de creerme digno de tu amor, para preguntarte: ¿Quieres ser mi mujer?

ENC. ¿Tu mujer?

DAN. ¡Ya ves si era mi felicidad lo que venía a pedirte! Te he buscado por todo Madrid.

ENC. ¡Vivo muy escondida!

DAN. Porque no traía más pensamiento que verte, que encontrarte, para exclamar lleno de gozo: ¡Chiquilla! ¡Encarnita querida!...

ENC. ¡No hables tan alto!

DAN. ¿Te acuerdas de aquel punto de Daniel Salaberry que tanto te hacía reír en clase con sus chirigotas y que no tenía donde caerse muerto? ¡Pues aquí está hecho un hombre de bien, y el muy ambicioso desea nada menos que tu cariño! ¡Dáselo, que el pobrecillo ha sufrido mucho!

ENC. ¿Sufrir tú y por mi causa? Como fantasía morisca, no está mal. ¡Ya se nota que vienes de Africa!

DAN. ¡Te juro que fuiste siempre la mayor ilusión de mi existencia! Que en mis horas de lucha y de trabajo, al sentir esa íntima satisfacción que nos produce el deber cumplido, no pensaba mas que en este momento, en que amaneciera el día que yo pudiese poner en tus manos mi vida, mi amor, ¡mi alma entera! ¡Díme que me quieres! *(Pausa.)* ¿No me respondes, Encarna?

ENC. ¡Si no sé qué decirte! Me ha sorprendido tanto lo que acabo de escucharte que no acierto a contestar sin que te enojes. Yo te he estimado siempre como a mi mejor amigo, bien lo sabes; pero nunca pensé en tu amor ni pude sospechar que fuese mi persona una idea constante en tu pensamiento.

DAN. ¿Es que no me crees?

ENC. Te creo; pero no hablemos más de esto. Yo no soñé nunca ni con tu cariño ni con el de ningún hombre, que mi situación en esta casa, donde soy tan necesaria, me tuvo siempre un poco alejada del amor y mis sueños de

juventud no fueron los sueños de todas las mujeres a los veinte años.

DAN. ¿Vas a sacrificarte por ellos toda tu vida?

ENC. ¡Si no hay más remedio, así será!

DAN. ¿Es tu última palabra?

ENC. ¡Sí!

DAN. ¿Ni una esperanza?

ENC. Sé muy dichoso.

DAN. Entonces...

ENC. Voy a llamar a Bebel.

DAN. ¡No! ¡No la llames!

ENC. ¿Por qué? Ella es la que te quiere, y yo te pido por nuestra buena amistad que la hagas muy feliz.

DAN. ¡No, Encarna! Yo me marcho ahora mismo de esta casa, a la que vine por ti, y no volveremos a vernos jamás, porque acabas de destrozar mi vida.

ENC. ¡Daniel!

DAN. ¡Encarnita mía!

ENC. ¡Calla!

DAN. ¿No me quieres?

ENC. Perdóname esta ingratitud, pero...

DAN. ¡No sabes el dolor que me causa! ¡Adiós! Despídeme de todos y discúlpame ante ellos. ¿Nunca?

ENC. ¡Adiós! *(Se dan las manos y en ese instante aparece Bebel en la puerta de la izquierda. Viene arreglada para salir a la calle y con el sombrero puesto.)*

BEBEL. ¡Ah!

ENC. *(A Daniel.)* ¡Suelta!

BEBEL. Veo que ha cumplido usted su promesa, Salaberry.

DAN. ¡Bebel!

BEBEL. ¿Qué haces tú aquí, Encarnita? Me dijo Nicolasa que te hallabas en tu cuarto.

DAN. Estaba despidiéndose de mí.

BEBEL. ¡Qué fina! No creo que dure su ausencia arriba de un par de horas.

DAN. ¡Quién sabe!

BEBEL. ¿Cómo?

DAN. Mañana, Dios mediante, me vuelvo a Orán.

BEBEL. ¿Pues qué pasa? ¿Cuándo ha surgido ese viaje? ¿Cómo no me anticipó usted nada por teléfono?

DAN. Acabo de decidirlo hace unos instantes.

BEBEL. ¡Qué raro! *(Mira a Encarnita.)* Y ¿volverá usted pronto?

DAN. Acaso nunca.

BEBEL. ¿Nunca? ¡Qué extraño! ¿Sabías algo de esto, Encarnita?

ENC. No.

BEBEL. ¡Qué viaje tan súpito! ¿Por qué no lo aplaza usted hasta la semana próxima?

DAN. ¡Imposible! Despídame de su madre y de sus hermanos...

BEBEL. Pero ¿tampoco nos acompaña usted a paseo? ¡Ah, no! ¡Eso sí que no, ingrato! ¡Mal amigo! *(Aproximándose a la puerta de la izquierda.)* ¡Mamá! ¡Cotón! ¡Venid en seguida, que os tengo que dar una noticia tremenda! *(A Daniel.)* ¡Qué contrariedad! ¡No sabe usted el disgusto que me estoy llevando! Para esto sería preferible no conocer a las personas. Simpatiza una con ellas y cuando se las va tomando afecto, ¡pum!, ¡al tren! ¡Qué coraje! *(Llegan por la izquierda doña Lucinda y Cotón; ambas salen dispuestas, como Bebel, para marchar de paseo.)*

LUCIN. ¿Le ha ocurrido algo a mi Juanitín? ¿Qué tal, Salaberry?

DAN. A sus pies, señora.

COTÓN. ¿Qué pasa? ¡Huy, Daniel! ¿Cómo le va?

BEBEL. Dí mejor cómo se va, porque se larga a Orán mañana mismo.

COTÓN. ¿A Africa? ¿Es que hay guerra? ¡Huy, qué miedo!

BEBEL. ¡Nos abandona para siempre!

LUCIN. ¿Es posible?

DAN. Lo siento con toda mi alma, pero no tengo más remedio. Acabo de recibir noticias de mi socio, que me necesita con urgencia para resolver unos asuntos, y debo partir mañana mismo. Me voy reconocidísimo a las infinitas atenciones de ustedes para conmigo, y ya saben que Daniel Salaberry es y será siempre y en todas partes un verdadero amigo de esta casa. Doña Lucinda...

LUCIN. Le acompañamos hasta la puerta. ¡No faltaría más!

DAN. ¡Encarnita!...

ENC. ¡Adiós! *(Vuelven a estrecharse las manos.)*

BEBEL. *(A Cotón.)* ¡Míralos! ¡Ella es la que tiene la culpa! ¡Ella! ¡Y que no le suelta la mano!

DAN. ¡Que seas tan feliz como yo soñaba! ¡Adiós!... Cotón...

COTÓN. Pase usted.

BEBEL. ¿Se acordará alguna vez de nosotras?

COTÓN. ¿Sabe usted cuál es el número de esta casa?

BEBEL. ¡Que nos dé noticias de su llegada, caminante! *(Y van marchando por la derecha doña Lucinda, Cotón, Daniel Salaberry y Bebel. Queda Encarnita sola en escena. Se encamina lentamente a uno de los balcones del foro y permanece mirando la calle al través de los cristales, rom-*

piendo a llorar en silencio, después de llevarse a los labios la medalla que tiene pendiente del cuello.)

ENC. ¡Ay, madre de mi alma! *(Pausa. Llega Cayetana por la derecha.)*

CAYET. ¡Jesús, hija, y cómo van las chicas con Salaberry por ese pasillo! ¡Qué atosigantes! «¡Que nos escriba usted! ¡Ya le mandaremos rabitos de pasa dentro de una carta!»... ¿Es que se marcha al Moro? Pero oye, Encarnita, ¿qué te sucede?

ENC. ¡Nada! ¡Tonterías mías!

CAYET. ¡Huy, huy, huy! ¡Ven aquí! ¿El otro que se ausenta y tú llorando tras los cristales? ¡Cinedrama tenemos! ¡A que hemos hecho las diez de últimas! Ven, prima, y aconséjate de mí, que en cosas del querer soy la caraba. ¡Claro que Epifanio se me escapa por tonta; pero soy la caraba! *(Irrumpen en escena por la derecha Cotón, doña Lucinda y Bebel.)*

COTÓN. ¡Ya estarás contenta, envidiosa! ¡Ya te saliste con la tuya, hipócrita!

LUCIN. ¿Qué le has dicho? ¡Esto es una huída!

COTÓN. ¡Entrometida! ¡Mala hermana!

CAYET. ¡Ay, la niña charleston, que parece una rabanera!

LUCIN. ¿Por qué se va?

CAYET. ¡No le sentará bien Madrid!

COTÓN. ¿Qué le has contado, monjita humilde?

ENC. ¡Es inútil que me preguntéis nada!

CAYET. ¡Bien respondido!

LUCIN. ¡Tú a callar!

CAYET. ¡Ay, tita, qué modo de tratar a una forastera! ¡Qué bestial!

COTÓN. ¡Le habrá dicho que no tenemos una peseta y que casi vivimos de la miseria de su sueldo!

BEBEL. *(Que ha permanecido en silencio durante la escena.)* ¿Queréis hacer el favor de no hablar más de esto?

COTÓN. ¡Pensaría la muy tonta que se había enamorado de ella! ¡Sí, sí! Por eso se marcha. Porque no puede vivir sin su amor. ¡Huy, qué risa!

CAYET. ¡Esa risa es falsa!

LUCIN. Pero ¿quién te da a ti vela en este entierro?

CAYET. ¡El sacristán, que es amigo mío! ¡Y defiendo a Encarnita porque es de justicia! A mí no se me escapa el volo, digo, el vuelo de una mosca.

COTÓN. ¡Huy, el abogado cursi!

CAYET. ¡Ya salimos con la cursilería! ¡Coqueta!

LUCIN. ¡Cállate, Tanuchi, que contigo no va nada!

CAYET. Que no me busque, «que no hay joven mal educada si no hay otra desvergonzada».

COTÓN. ¡Ay, ay, ay!

LUCIN. *(Enérgica.)* ¡Silencio! ¡He dicho que a callar todo el mundo! Y salgamos ya de una vez, que es tardísimo.

BEBEL. ¡Yo no salgo!

LUCIN. ¡Bebel, hija, no me asustes! ¡No vayas a ponerte enferma! ¡Anda!

BEBEL. ¡Que no salgo!

COTÓN. ¡Ni yo!

LUCIN. ¿Y para esto habéis hecho que me vista?

COTÓN. *(A Bebel.)* ¡No te apures tú, hermanita mía!

BEBEL. ¡Quita! ¡Déjame!... *(Vase por la izquierda.)*

COTÓN. ¡Huy, qué salvaje! ¡Mira, rica, que te consuele una pianola! *(Vase tras Bebel.)*

LUCIN. ¡Hijas! ¡Nenitas! ¡No regañéis, por los clavos de Cristo! ¡Ay, qué casa!

CAYET. ¡Y qué cosas! *(Doña Lucinda se marcha también por la izquierda.)* ¡Con el disgusto que yo tenía, Encarnacioncita! ¡Pensar que a estas horas estará Epifanio en el Palacio de Hielo!... *(Cantando, en tono compungido y balanceando el busto y los brazos.)*

Charleston,
charleston...

¡Y yo aquí sufriendo! Es decir, sufriendo las dos, porque tú también sufres.

ENC. ¡No!

CAYET. ¡Sí! Lo noto en tu cara, en tus ojos; pero hazte fuerte... *(Llorando cómicamente.)* ¡Aprende de mí! ¿No ves qué entera soy?... ¡Si no lloro! ¡Es nervioso!... Tú le quieres, ¿verdad?

ENC. ¡Más que a mi vida!

CAYET. ¡Como yo a Epifanio!... ¡Pero no llores, mujer, que me contagio!

ENC. ¡Y queriéndole como le quiero me he sentido cobarde por primera vez! ¡Cobarde por todo lo que me rodea! ¡Por la situación de la familia si yo me fuese ahora de aquí!...

CAYET. ¡Qué trabaje el zanguango de Juanito!

ENC. ¡Por la pasión que Daniel ha despertado en mi hermana!...

CAYET. ¡Como que es más antojadiza...!

ENC. ¡Su amor es amor al hombre! Y me espanta ese deseo, porque al continuar entrando Salaberry en esta casa ¡sabe Dios lo que pudiera ser de ella... y de él, que a veces las pasiones son más fuertes que la voluntad! ¡Pre-

fiero perderle ahora y que se vaya lejos! ¡Muy lejos de las dos!

CAYET. ¿Me consientes que te dé un beso?

ENC. ¡Tontilla!

CAYET. ¿Qué necesitas que te regale antes de marcharme a mi pueblo? *(Dentro, en la derecha, se oye la voz de don Gumersindo.)*

GUM. *(Dentro.)* ¡Cayetana!

CAYET. ¿Eh? ¡Esa voz...!

GUM. *(Todavía dentro.)* ¡Hija!

CAYET. ¡Padre! ¡Ay, que es el espíritu de mi padre que se me aparece! ¡No toques el velador! *(Llegan por la derecha don Gumersindo y Nicolasa. Don Gumersindo es hombre de unos cincuenta años, fuerte, sano, robusto, de sencillas maneras y carácter franco y abierto. Viste al uso de los ricos labradores manchegos: traje de paño obscuro, bien cuidado, y sombrero negro de grandes alas. Para venir a Madrid se ha puesto corbata y ha sacado del cofre algunas alhajas. Nicolasa trae una maleta y dos o tres cestos, que dejará encima del sofá, marchándose otra vez por donde salió.)*

GUM. ¡Hija mía!

CAYET. ¡Padre de mi corazón! *(Se abrazan y besan.)*

ENC. ¡Tío Gumersindo!

GUM. ¡Sobrinilla! *(La abraza también.)*

CAYET. ¡Qué sorpresa! ¡Ay, mi padre idolatradísimo!

GUM. Pero ¿qué veo? ¡Esta no es mi hija!

CAYET. ¡Si sabré yo quién soy!

GUM. ¿Quién te ha vestido así? ¿Quién te ha pelado? ¡Ay, ay, ay!

CAYET. ¡La moda, padre! ¡Voy a lo garçon!

GUM. ¡Que tú no eres mi Cayetana, puñales! ¡Tú eres uno que vi yo trabajar una vez en Ciudad Real y que le decían el «Egmond de Bríes»! ¿Mi hija pelona? ¿Mi hija con coloretes? ¡Quítate de mi vista, porque soy capaz de eslomarte!

CAYET. ¡Huy, qué burral! ¡Tita! ¡Primas! ¡Tita, que ha llegado mi padre! ¡Tita! *(Vase por la izquierda.)*

GUM. Pero ¿quién me la ha engañao de esa manera? ¿Quién me la ha puesto como una máscara?

ENC. ¡Cosas de la vida, tío Gumersindo! ¡Cayetana se deja conducir por cualquiera!...

GUM. ¡Pues menos mal que no me la han llevao a un cabarete; porque con lo blanda que ella es...! Y tú, ¿qué me cuentas? ¿Sigues en la oficina?

ENC. Sí, señor. ¡Y que no me despidan nunca!

GUM. ¡Así sea! ¿Trabajas mucho?

ENC. ¡Se hace lo que se puede!

GUM. ¡Bien, muchacha, bien! ¡Me place! ¡Y estás hecha una real moza! ¡Da gloria verte! *(Vuelve Cayetana acompañada de «Gumersindo».)*

CAYET. ¡Ya vienen! *(Presentándole el perro.)* Mire usted.

GUM. ¿Qué es eso?

CAYET. ¡Otra moda! ¡Es tocayo de usted!

GUM. ¿Cómo?

CAYET. ¡Que se llama Gumersindo, como mi padre amantísimo! ¡Yo le he bautizado!

GUM. ¿A que os rompo el bautismo a ti y al muñeco ese?

CAYET. ¡Huy, qué cafre!

GUM. ¿Cafre tu padre? ¡Echa pa el pueblo!

CAYET. ¡No me pegue, papá, que ya sabe que «da mujer y la mula, sin paliza ninguna»! *(Salen por la izquierda Cotón y luego Bebel, las dos sin sombrero, con el pelo muy peinado y muy planchado.)*

COTÓN. ¡Tío Gumersindo!

GUM. ¿Otra pelona?

BEBEL. ¡Tito!

GUM. ¡Y otra! *(Ahora sale doña Lucinda.)*

LUCIN. ¡Querido cuñado!

GUM. ¡Arrope! Pero ¿también a ti te han esquilado, Lucinda? ¿Es que habéis tenido toas el tifus?

LUCIN. ¿Cómo has encontrado a Tanuchi?

GUM. ¿A quién?

LUCIN. A Tanuchi... ¡A tu hija!

GUM. ¿Le decís Tanuchi a la chica y Gumersindo al perro? ¡Ay, ay, ay! ¡Esto no es una casa, puñales! ¡Esto es un circo! *(Aparece Juanitín en la puerta de la derecha.)*

CAYET. ¿Un circo? ¡Pues aquí está el tonto! *(Por su primo.)*

JUAN. ¡Tío!

GUM. *(Asombrado de los pantalones de Juanitín.)* ¡Puñales! Pero ¿es que llevas contrabando en los calzones? *(Irrumpen en escena por la derecha primero Epifanio Cañavate y después Guateque.)*

EPIF. ¡Don Gumersindo!

GUM. ¡Otro contrabandista!

GUAT. ¡Buenas tardes!

GUM. ¡Y otro! ¿Pero esto qué es?

CAYET. ¡Charleston, papá! ¡Niñas charleston, pollos charleston y perro charleston!

EPIF. ¡Un abrazo!

GUM. ¡A mí no me abrazas tú con esos pantalones!

EPIF. ¡Pues me los quito ahora mismo!

CAYET. ¡Epifanio!
LUCIN. ¡Cañavate!
EPIF. ¡No se preocupen, que llevo otros debajo!
GUAT. Pero ¡hombre!
GUM. ¡Cristo bendito! ¡El mundo al revés! Las mujeres peinadas como los hombres, y los hombres... ¡No quiero decir lo que me parecéis los hombres!
JUAN. ¡Muy hombres!
EPIF. ¡Exagerao!
COTÓN. Usted, como viene de un pueblo...
GUM. Pero ¿es que en Madrid no hay mujeres? ¡Pues no ha de haberlas, puñales! ¡Mirad! ¡Ahí tenéis una! *(Por Encarnita.)* ¡Una mujer de los pies a la cabeza! ¡Una hembra!... Ven tú aquí, chiquilla, y déjame que te dé un abrazo muy apretao..., ¡que algo bueno tenía yo que encontrar en esta casa!
CAYET. *(Intentando abrazar a su padre por la espalda, dando saltitos.)* ¡Ay, qué padre tan pocho tengo! ¡Es platino! ¡Platino!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Por la tarde, al siguiente día de lo sucedido en el acto segundo.

Al levantarse el telón vemos en escena a doña Lucinda, que aparecerá cerca de uno de los balcones, ocupada en cepillar una americana de Juanitín. Momentos después sale por la derecha Nicolasa.

NICOL. Señora...
LUCIN. ¿Qué quieres?
NICOL. Que he bajao otra vez a la tienda del señor Leandro y el propio dueño me ha notificao que mientras no le pague la señora to lo que le debe no me despacha ni diez de pimentón.
LUCIN. Pero ¿le has dicho que para primeros del mes que viene liquidaremos la cuentecita?
NICOL. Sí, señora. Y me ha respondido que está ya muy gas-

tao ese disco del primero de mes; que ponga la señora otra pieza cualesquiera y que si pué ser una de a duro toos los días, mejor.

LUCIN. ¡Habrá descaro! ¿Es que no soy de fiar?

NICOL. ¡Por lo visto, no!

LUCIN. ¿He dejado de pagarle?

NICOL. ¡Por lo visto, sí! Y a una le sacan la vergüenza a la cara y una no tié por qué pasar bochornos por nadie. Esta mañana también me ha puesto negra el carbonero.

LUCIN. Pero ¡habrá gentuza!

NICOL. ¡Ahí verá usted! Venden y pretenden cobrar. ¡Si serán desigentes!

LUCIN. ¿Han llamado?

NICOL. Eso me ha parecido.

LUCIN. Vete a abrir.

NICOL. Si es uno que viene a cobrar una cuenta, ¿qué le digo?

LUCIN. Que hemos salido.

NICOL. Bueno; pero ya sabe usted lo que replicó la otra tarde el chico de la sastrería.

LUCIN. ¿Qué?

NICOL. Que se iba a pasar por aquí una noche a las tres de la madrugada por si tenía la suerte de pillarla a usted en casa alguna vez.

LUCIN. ¡Muy chistoso, pero no me ha hecho gracia! Anda, abre. *(Vase Nicolasa por la derecha.)* ¡Ay, Cristo del Dolor, es ya demasiada lucha con unos y con otros! ¡Algunos días me faltan fuerzas para todo!... *(Por la derecha llega don Gumersindo, que viene de la calle.)*

GUM. ¡Hola, cuñada!

LUCIN. ¡Ah! ¿Fuiste tú quien llamó?

GUM. Sí.

LUCIN. ¿Qué tal ese paseíto?

GUM. ¡De primera! ¡Madrid está cada día más guapo, muchacha! ¡Qué hermosura de capital! ¡Da gozo! ¿Y la Cayetana?

LUCIN. Por ahí dentro, con las chicas.

GUM. ¿Y Encarnita?

LUCIN. En la oficina. Hasta las siete no suele volver. ¿No te sientas?

GUM. No vengo cansino.

LUCIN. Siéntate. Estaba yo deseando hablar a solas contigo y éste puede ser el momento, que desde ayer tarde que llegaste no ha habido ocasión.

GUM. *(Sentándose.)* ¡Pues tú me dirás, cuñada!

LUCIN. Mira, Gumersindo, ya sabes, porque a ti he acudido más de una vez, mis apuros económicos, mis atrasos desde

que me faltan las rentas de la tierra de Talavera, que tuve que malvender.

GUM. ¡Ya, ya!

LUCIN. Y como la vida aquí está carísima...

GUM. ¡Ya, ya!

LUCIN. Hay meses que no nos alcanza para lo más preciso.

GUM. Si consideras necesario el lujo con que visten tus hijos...

LUCIN. ¡Por Dios! ¡Cuatro trapos que no valen nada!

GUM. ¿Os los regalan? No me hagas hablar, ¡arrope!, que no hace falta ser muy lince pa percatarse en unas horas de to lo malo que ocurre en esta casa por tus debilidades de carácter y tus pamplinas, que siempre fuiste muy dada a la bambolla y a las apariencias. ¿Quieres decirme por qué no se ocupa en algo el zángano de Juanito?

LUCIN. Estudia Derecho, como sabes.

GUM. ¡Derecho lo ponía yo pa toa su existencia! ¡Pero a estacazos! Y las chicas, ¿por qué no trabajan?

LUCIN. ¿Trabajar mis hijas, Gumersindo?

GUM. ¿No trabaja la Encarna? ¡Puñales! ¿Es que ésa es de otra condición? ¿De otra casta?

LUCIN. No; pero ella está acostumbrada desde muy joven, y para mis hijas sería ahora muy doloroso...

GUM. ¡Más doloroso es lo que por egoísmo y otras cosas peores, que me callo, habéis hecho con la Encarnita!

LUCIN. ¿Qué decís?

GUM. Que ese ángel del cielo se ha franqueado conmigo este mediodía y me he enterao de que no tenéis corazón ni lo habéis tenío nunca. Por lo menos pa ella, que no merece ese trato.

LUCIN. ¡Gumersindo!

GUM. ¡Me llamo! ¡Y soy más claro que el agua de las lagunas de Ruidera! La Encarna sacrificándose siempre por toos vosotros, y cuando llega un buen hombre dispuesto a hacerla más dichosa que los serafines en la gloria consentís que se marche solo. ¡Eso no lo puede perdonar Dios, puñales!

LUCIN. Bueno, Gumersindo, ya eso pasó y no debemos hablar más de ello. Lo que yo quería decirte es que mi situación ¡tremenda!, ¡espantosa!, me obliga a suplicarte que no nos abandones en estos momentos, que si tú nos desamparas no sé qué va a ser de esta casa.

GUM. ¿Necesitas dinero? Dílo sin rodeos.

LUCIN. ¡Si fueras tan bueno...!

GUM. No soy bueno, ¡arrope!; pero te daré lo que haga falta pa que salgas de apuros en una temporada. Ahora, que con una condición.

LUCIN. La que tú pongas. El interés que te parezca.

GUM. ¿Me vas a hablar de intereses, puñales? ¿A que no te doy un gordo? La condición es que me dejes en completa libertad pa yo mangonear en esta casa siquiera una semana. ¡Nada más que eso! ¿Te hace?

LUCIN. ¡Si no deseo otra cosa! ¡Si mi cabeza no está ya para nada!

GUM. Pero ¿tú has tenido cabeza alguna vez?

LUCIN. Es que todo el mundo consigue de mí lo que quiere.

GUM. Pues ahora pretendo conseguirlo yo.

LUCIN. Tú mandarás en mí y en todos.

GUM. ¡Ya veremos si me obedecen! Ven a mi cuarto, que apenas llevo dinero encima. Como siempre está uno leyendo tanto timo y tanto robo de cartera, no me atrevo a sacar a la calle cantidades de importancia, por si acaso. ¡De mí no se ríe nadie en el Casino de Tomelloso! *(Llega Cayetana por la derecha.)*

CAYET. *(Canturreando.)*

Yo soy la canastera de Capuchinos...

¡Ah! ¡Pero si tengo aquí a mi padre guapo!... ¡Hola, feúcho!

GUM. ¡Déjame estar! ¡Menos inimos y menos carantoñas! ¡Ya sabes lo que te he dicho! Mientras no te crezca el pelo, ni me hables.

CAYET. ¡Padre, por Dios! ¡No sea usted tan retrógrado!

GUM. ¡Anda, Lucinda!

CAYET. ¡No me haga usted sufrir!

GUM. ¡Tú te lo has buscao! Yo he venido a la corte a recoger a una hija mía y no a llevarme pa Tomelloso un quinto de este reemplazo. *(Vase don Gumersindo y doña Lucinda por la izquierda.)*

CAYET. ¿Quinto yo? ¡Vamos! ¡Lo que es no entender de modas! ¡Pues tan mal no estoy, qué demontre! *(Cayetana va a mirarse en el espejo que habrá encima de la consola. Aparece Juanitín en la puerta de la derecha.)*

JUAN. ¡Cayetana!... ¡Sssss!... ¡Sssss!...

CAYET. ¿Es un gorrión lo que anda piando por ahí?

JUAN. ¡No es un gorrión!

CAYET. *(Volviéndose.)* ¡Ah! ¡Es un palomino!

JUAN. ¡No te burles, mujer, que las estoy pasando moradas! ¿Me dejas que te diga una cosa en secreto?

CAYET. Si no es para burlarte de Epifanio...

JUAN. ¡Que me tienes más loco que la ola giratoria!

CAYET. ¡Huy, qué tonto!

JUAN. ¿Tonto? ¡Sí, sí! Méteme un dedo en la boca.

CAYET. ¡Ca! «¡Entre dos muelas molares, nunca pangas tus pulgares!»

JUAN. ¡Es que me muero por tu amor, Cayetana!

CAYET. ¡Jesús, qué cupletero me ha salido! ¡Eso tiene música!

JUAN. ¿Música?

CAYET. ¡Ya lo creo! *(Cantando con música de «La canastera».)*

Yo me divierto, si me dice un pretendiente:
¡ay, Cayetana, yo me muero por tu amor!...

JUAN. ¡No te pitorrees! ¡Parece mentira que te portes así conmigo sabiendo lo que me gustas! ¡Mucho, Cayetana! ¡Mucho! *(Momentos antes han surgido en la puerta de la derecha Epifanio Cañavate y Guateque, que, sin ser vistos por Cayetana y Juanitín, oyen las últimas frases de éste.)*

EPIF. ¡Mucho!

GUAT. ¡Pero que mucho!

JUAN. ¡Ay! (¡Me he jugado la pelota!)

CAYET. ¡Epifanio, yo le aseguro que no prestaba oído a sus palabras!

EPIF. *(Muy digno.)* ¡Yo no la conozco a usted, señorita! *(A Guateque.)* ¿Verdad que no la conozco?

GUAT. ¡Como que está desconocida!

EPIF. ¿Y al pollo, le conozco?

GUAT. ¡Tampoco!

JUAN. (¡A mí no me conoce ahora ni mi padre!)

CAYET. Fué este imbécil, que... ¿Lo estás viendo, atontao?

JUAN. Pero...

CAYET. ¡Que te calles!

JUAN. Pero...

EPIF. ¡Los niños, al colegio!

JUAN. Pero...

GUAT. ¡Al colegio!

JUAN. ¡No me da la gana, ea! ¿Qué pasa? ¡Pa chulángano, yo! ¡Y no me lío ahora a mamporros con los dos porque me he hecho de la Sociedad protectora de animales! ¡Ahí queda eso! *(Y se marcha por la izquierda, con más miedo que vergüenza.)*

EPIF. ¿Nos ha insultao esa gacela constipada?

CAYET. ¡No le hagas caso!

EPIF. ¡Yo no la conozco a usted!

CAYET. ¡Epifanio!

EPIF. ¡Que no la conozco a usted, corcho!

CAYET. ¡Ha perdido el conocimiento! ¡Qué desgracia!

EPIF. Y haga usted el favor de decirle a su padre que he llegado.

CAYET. Apéame el tratamiento, hombre.

EPIF. Ya no tenemos confianza para eso.

CAYET. ¡Ruégueselo usted, Guateque!

GUAT. Será inútil. Epifanio es todo un carácter.

CAYET. ¡Un mal carácter!

EPIF. ¡Que avise usted a su padre!

CAYET. ¡Bueno, bueno! ¡No se ponga usted así, que soy cardíaca!

EPIF. ¡Y yo flemático!

CAYET. ¡Ahora mismo le llamo!

EPIF. ¡Gracias!

CAYET. ¡No hay por qué darlas! *(Encaminándose a la puerta de la izquierda.)* ¡Me cuesta la vida! ¡Esta temporada en Madrid me cuesta la vida! *(Mirando a Epifanio con embeleso.)* ¡Ay, mi vida!... ¡Todo perdido! ¡Hasta el conocimiento! *(Desaparece por la izquierda.)*

GUAT. ¡Pobrecilla! ¿No te da lástima?

EPIF. ¡Mucha! Pero ella se lo ha proporcionao y ahora está purgando toas las sandeces que ha hecho.

GUAT. ¡Es demasiado castigo, hombre!

EPIF. Las bromas, pesás o no darlas. Y como estoy de acuerdo con el padre en to, ¡le hacemos pasar cada berrinche...! En cuanto don Gumersindo nos entregue la carta que te he dicho nos largamos otra vez, para intrigar aún más a la Cayetana. *(Llega don Gumersindo por la izquierda.)*

GUM. ¡Hola, Epifanio!

EPIF. ¡Aquí estamos!

GUM. Salud, señor...

GUAT. ¡Guateque! Dígalo sin reparos, que no me incomodo.

GUM. Pues salud, señor Guateque.

GUAT. ¡Y ele!

EPIF. ¿Qué hay de bueno?

GUM. ¿De bueno? ¡El tiempo!

EPIF. ¿Ha escrito usted la carta?

GUM. Sí. *(Entregándosela.)* Toma y entérate.

EPIF. *(Después de leerla.)* ¡De primera! Tiene alguna que otra falta de ortografía, pero está de rechupete. *(Se guarda la carta.)*

GUM. ¿Crees que se convencerá?

EPIF. ¡Qué duda coge!

GUAT. ¡Ole ahí los chulos!

EPIF. *(Mirando a la izquierda.)* ¡Cuidao, que llega la Cayetana! Que no se le olvide a usted lo que le he dicho. Sígame la corriente en to. *(Sale Cayetana por la izquierda.)*

Pues sí, don Gumersindo. Anoche lo pasamos de... *(A Guateque.)* ¿Cómo se dice?

GUAT. ¡De buten!

GUM. ¡Así me gusta! Diviértete to 'o que puedas, muchacho.

CAYET. Padre, ¿que consejos son esos?

GUM. Los naturales, hija; que yo no me asusto de na. Es lógico que Epifanio quiera alternar en Madrid, que pa eso se ha hecho muy buena ropa.

EPIF. A gusto de su hija, de esa señorita que antes me encontraba muy cursi. ¡Mire usted que si ahora sacase yo una novia elegante en la corte!

GUM. ¡To puede ser!

CAYET. Pero ¡padre!...

EPIF. A lo mejor me entusiasmo con una tanguista de esas de Maxim's y...

GUAT. ¡Capicúa!

GUM. ¡Chócala! Aprovéchate.

EPIF. Sí, señor, que me aprovecharé. Por de pronto, esta noche no nos veremos.

GUM. ¡Como quieras!

EPIF. Porque voy con unos pollos de esos de Citroen a... ¿A dónde vamos, tú?

GUAT. A San Fernando de Jarama, a cenar en casa del Cochero.

GUM. ¡Colosal!

CAYET. ¡Pues sí que hace usted un suegro de esos que recomienda la Doctrina!

EPIF. De manera que hasta mañana.

GUM. ¡O hasta pasao! Puede que empalméis la de esta noche con la siguiente.

EPIF. ¡Es lo más probable!

CAYET. ¡Ay, qué sudores!

GUM. ¡Buena vida te llevas!

EPIF. De pollo hacha, de los que entusiasman a ésa.

CAYET. ¡Que a mí no me gustan hacha! ¡No seas mi verdugo!

EPIF. ¡Hasta la vista, don Gumersindo!

GUM. Pasarlo bien.

EPIF. Se procurará. Buenas tardes.

GUAT. ¡Alimenticias! *(Vanse Epifanio y Guateque por la derecha.)*

CAYET. Pero, papaíto, ¿usted no ve esto?

GUM. Tú lo has querido hija. Epifanio tiene toa la razón y yo se la doy.

CAYET. ¡Pues que no juegue con fuego; que «el que sigue a dos liebres, sin ninguna se queda»!

GUM. ¡Allá tú! ¡Yo me lavo las manos!

CAYET. Usted puede lavarse lo que quiera... ¡Huy, qué cachaza! *(Don Gumersindo vase por la izquierda y Cayetana marcha tras él.)* ¡Pero, padre venerado!... ¡Ay, Dios mío! ¿Por qué haría yo tanto caso de mis primas? *(Y desaparece. Queda la escena sola. En la calle se oye tocar a un cuarteto de ciegos el «Charleston» de «Las mujeres de Lacuesta». Llegan por la derecha Bebel y Cotón.)*

BEBEL. ¡Pero, chica! ¡Si tenemos aquí orquesta y todo! ¿Quieres que bailemos?

COTÓN. ¡Hyu, qué bien! *(Marcan unos pasos de «charleston» y cesa la música.)*

BEBEL. ¡Qué lástima! ¡Se ha concluído a lo mejor! *(Van las dos al balcón de la derecha, asomándose a la calle.)*

COTÓN. ¡Ya se marchan los ciegos! ¡Huy, qué coraje!

BEBEL. Oye, Cotón, fíjate en el chico del pelo rubio que está en el antepecho del principal de enfrente.

COTÓN. ¡Huy, qué guayabo!

BEBEL. Esta mañana se estuvo timando conmigo lo menos media hora... ¡Ay, que nos ha visto bailar! Dice que le ha gustado mucho. *(Simulando que habla de balcón a balcón.)* ¿Eh?... ¡No, señor!

COTÓN. ¿Le oyes?

BEBEL. Sí. Pide la repetición del baile, como en los teatros.

COTÓN. Será de alguna claque.

BEBEL. ¡No hay orquesta, hijo!... ¿Eh?... ¡Ay, qué gracioso!

COTÓN. ¡Que no me entero de nada, Bebel!

BEBEL. ¡Dice mi hermana que hable usted más alto!... ¡Ay, qué buena sombra! ¡Que se va a mudar al tercero, que está con papeles! *(Dentro, en la izquierda, se oye la voz de doña Lucinda.)*

LUCIN. ¡Cotón!... ¡Cotón!

COTÓN. ¿Me llaman?

LUCIN. ¡Cotón!

COTÓN. ¡Voy, mamá! *(Desaparece Cotón por la izquierda.)*

BEBEL. ¿Eh? No, señor. No se ha puesto mala. Es que se ha asustado de verle a usted... ¡Sí, sí! ¡No seré yo quien le crea!... ¿Usted a mí? ¡Regular! ¿Qué?... ¡Algo es algo! ¡Y a lo mejor su novia estará tan confiada!... ¡Ja, ja, ja! ¡Si no encuentro nadie que me quiera! ¡Ja, ja, ja! *(Unos segundos antes ha salido Cayetana por la izquierda. Viene triste y pensativa.)*

CAYET. *(Por las risas de Bebel.)* ¿Eh? ¿Quién ha dicho un chiste?... ¡Si es Bebel!...

BEBEL. ¡No lo creo!

CAYET. ¡Atiza! Coqueteando de balcón a balcón con el vecinito de la esquina. ¡Habrá fresca!

BEBEL. ¿Los rubios? Así, así.

CAYET. ¿Y eras tú la que estaba enamorada de Salaberry? ¡Poco luto le has guardado, hija! *(Encaminándose al balcón.)* ¡Bebel!

BEBEL. ¿Eh?

CAYET. Ven, haz el favor.

BEBEL. ¡Déjame ahora, tonta!

CAYET. ¡Que vengas aquí! *(Cogiéndola por un brazo.)*

BEBEL. ¡Suelta!

CAYET. ¡No me da la gana! *(Apartándola del balcón a viva fuerza y cerrando los cristales.)*

BEBEL. Pero ¡Cayetana!

CAYET. ¡Cayetana te va a decir varias verdades muy bien dichas!

BEBEL. ¡Que me sueltes!

CAYET. ¡Te voy a soltar, pero van a ser cuatro frescas!

BEBEL. ¡Estúpida!

CAYET. ¿Te parece bonito que después de todo lo sucedido ayer aquí te pongas a darle palique al primero que se asome a los balcones de enfrente?

BEBEL. ¿A ti qué te importa?

CAYET. Me importa, porque eres como las viudas ricas, que con un ojo lloran y con otro repican.

BEBEL. ¡Qué majadera!

CAYET. Decirle Encarnita que no a Daniel y suplicarle que se fuera de esta casa para que tú no sufrieses, y al día siguiente estás ya más alegre que unas castañuelas. ¡Vamos!

BEBEL. ¿Que Salaberry le declaró ayer su amor a Encarnita?

CAYET. ¡Sí, señora! ¿Te figurabas que venía por ti? ¡Límpiate, rica! Y la infeliz de tu hermana ha consentido que el caballero se marche otra vez a Orán para que tú no pases disgustos con las relaciones de ellos. ¡Sí que la niña está inconsolable!

BEBEL. ¡Tú sueñas!

CAYET. ¡Y ronco, a pesar de que es una cosa muy ordinaria! ¡Ah! ¡Pero esto no se queda así! ¡De ningún modo!

BEBEL. ¿Qué dices?

CAYET. Que ahora mismo me largo al hotel o a donde haga falta y busco a Salaberry y le cuento todo lo que debo contarle. Y si no lo encuentro, me suicido. ¡Nicolasa! ¡Lo traigo! ¡Vaya si lo traigo! ¡Y los caso esta misma tarde, aunque sea por poderes! ¡Poder es querer!... ¡Nicolasa!... *(Aparece Nicolasa en la puerta de la derecha.)*

NICOL. Señorita...

CAYET. ¡Quítese, usted ese rosquete *(Por la cofia.)* y el delantal, que va usted a venir conmigo a un recado!

NICOL. ¡Está bien! *(Vase.)*

CAYET. *(A Bebel.)* ¡Y cuidadito como digas a nadie una palabr. de todo esto!

BEBEL. Pero, Cayetana, si yo no sabía...

CAYET. ¡Pues ya lo sabes! ¿Y mi sombrero? ¡Lo traigo! ¡Vay: si lo traigo! ¡Aunque sea con una pareja de guardias *(Vase Cayetana por la izquierda y vuelve a poco co «Gumersindo» y poniéndose el sombrero.)*

BEBEL. ¡Se declaró a ella! ¡La quiere! *(Pausa breve.)* ¿Habrá salido ya de Madrid?

CAYET. *(Saliendo.)* Si preguntan que en dónde estoy, dí que he ido a retratarme con Gumersindo.

BEBEL. ¡No seas loca!

CAYET. ¿Loca? ¡Cuerda y muy cuerda! ¡Y yo te aseguro que esta cuerda amarrará bien a Daniel para que no se es. cape! *(Llega Encarnita por la derecha. Viene de la oficina, con traje de calle y sombrero.)*

ENC. ¿Qué te pasa, Cayetana?

CAYET. ¡Dame un abrazo, Encarnita!

ENC. ¡Criatura! ¿Qué sucede?

CAYET. ¡No me preguntes nada, pero dame un abrazo!

ENC. ¡Todos los que se te antojen!

CAYET. Tú no me has visto, ¿eh?

ENC. ¿A dónde vas?

CAYET. ¡No me lo preguntes! ¡Ahora vuelvo! ¡Nicolasa! ¡Dame otro abrazo!

ENC. ¡Jesús, qué torbellino!

CAYET. ¡En seguida vuelvo! ¡Nicolasa! ¡Un taxi! ¡No puedo hablar, chica! ¡Un taxi, Nicolasa! ¡Ni una palabra a nadie de todo esto! ¡Abrázame! ¡El taxi, Nicolasa! ¡El taxi! ¡Lo traigo! ¡Vaya si lo traigo! *(Y se marcha Cayetana por la derecha más a prisa que si fuese a apagar un fuego.)*

ENC. ¡Qué nervios! *(A Bebel.)* ¿No puedo enterarme de lo que le ha ocurrido? ¿Es que le han dado alguna noticia alarmante de Epifanio?... ¿A qué se debían esos gritos y esos abrazos?

BEBEL. Oye, Encarnita... ¡Escúchame un momento!

ENC. ¿Qué tienes tú también? ¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¡Ay, Bebel, que me asustas!

BEBEL. Necesito saber si tú me perdonas.

ENC. ¿Eh?

BEBEL. Yo he sido muy mala contigo, ¿verdad?

ENC. ¿Por qué?

BEBEL. Por lo de ayer tarde.

ENC. No recuerdo...

BEBEL. Sé que Daniel te dijo que te quería.

ENC. ¡No!

BEBEL. Sí. ¡Lo sé!

ENC. Te engañaron, hermana. Ni Daniel ha pensado nunca en mí, ni me ha dicho una palabra de amor, ni yo tengo nada que perdonarte.

BEBEL. ¡No me mientas!

ENC. ¡Pues no hablemos de lo que ya está olvidado!

BEBEL. ¡Mírame!... ¿Tú le suplicaste que se marchara?

ENC. ¡No!

BEBEL. ¡Díme toda la verdad! ¡Por la memoria de nuestro padre!

ENC. ¡Bebel!

BEBEL. ¡Confiésamelo, que si tú callas siempre yo no podré vivir de remordimientos! Seré muy loca, muy coqueta, muy necia; pero soy mujer, Encarnita, y sé las lágrimas que cuesta la pérdida de un cariño que creímos nuestro para toda la vida. ¿Verdad que tú me perdonas?... ¡Respóndeme que sí!

ENC. ¡Hermanilla buena!

BEBEL. Lo mío fué un capricho de niña mimada, una satisfacción de mi vanidad al creerme deseada por un hombre guapo y rico; pero ese hombre te quiere a ti, y yo te pido, con lágrimas en los ojos, que le hagas muy dichoso.

ENC. ¿De veras que no hay en todo esto ninguna renunciación por parte tuya?

BEBEL. ¡Te juro que Daniel será siempre un hermano para mí! ¡También yo tengo un poquito de corazón, Encarna!

ENC. ¡Isabel! *(La abraza.)*

BEBEL. ¿Me perdonas todo el mal que te he causado con mis locuras?

ENC. ¡Cómo no perdonarte, si esta alegría mía de ahora es más por saberte buena que por saber que no le quieres!

BEBEL. ¡Encarnita! *(Quedan abrazadas, y en esa actitud las sorprenden don Gumersindo y doña Lucinda, que llegan por la izquierda.)*

GUM. ¡Así me gusta veros!

ENC. ¡Tío Gumersindo! ¡Dele usted un abrazo muy fuerte, muy fuerte, a Bebel! ¡Ande!

GUM. ¡Acércate, muchacha!

BEBEL. ¡Tío!

LUCIN. ¡Hija!

GUM. ¡Calla tú ahora, que lo vas a echar to a perder con tus mimos!... ¿Has llorao? ¡No eres mala, sobrinica! ¡Y esto es lo que más me encorajina, puñales! ¡Que tenien-

do ese fondo y esos sentimientos no haya sabido educarte tu madre!

LUCIN ¡Gumersindo!

GUM. ¡To es cuestión de tino y de talento pa criar a los hijos, Lucinda, que siempre serán ellos lo que los padres quieran que sean! Tú hiciste de tus hijas unas señoritas inútiles, caricaturas en todo y por todo de esas otras que ahora llamáis niñas bien, y ¡ya ves de lo que os ha servido la mentira constante de vuestra vida! Un día llega un hombre a esta casa y se enamora de la que siempre supo mantenerse en su esfera, en su ambiente, que nada valió tanto para ese hombre como la sinceridad de esta mujer. ¿Escarmentarás de una vez para siempre?

LUCIN. ¡Sabes que estoy muy arrepentida!

GUM. ¡Ojalá! ¡Os hallabais envenenadas con las grandezas y los modernismos, puñales! ¡Que tomen té y bailen eso del charlestón o como se diga. las señoritas que puedan permitirse esos lujos! ¡Felices ellas, que no soy yo de los que envidian a nadie ni de los que creen que en esta sociedad no hay gente virtuosa! ¡Por lo que no paso ni pasaré es por este ridículo quiero y no puedo, arrope!

ENC. ¡Así debe ser!

GUM. ¡Y así será, puñales, o dejo de llamarme como me llamo! Estas chicas, a emplearse en un comercio, en una oficina, en donde se proporcione. Y el idiota de tu hijo...

LUCIN. ¡Gumersindo!

GUM. ¡Y el idiota de tu hijo, a hacerse un hombrecito en menos de un mes! ¡Yo me encargo de eso! ¡Se concluyeron tus tonterías, cuñada, que no hay nada más peligroso que el microbio de la necedad! ¡Como que habéis contagiao a mi Cayetana, que está tonta de remate de los pies a la cabeza! ¡Ah! Por cierto que deseaba yo preguntarte una cosa respective a Juanitín. ¿A quién se le ocurrió lo de su matrimonio con mi hija?

LUCIN. ¡No hablemos ya de eso, Gumersindo!

GUM. ¡Me luzco si lo llevo a Tomelloso y tengo que decir que es mi yerno!

BEBEL. ¡Tío Gumersindo!

GUM. Dispensarme; pero creo que hubiese dao el reventón si me quedo con esa en el cuerpo. Y ya podéis iros a lo que tengáis que hacer por allá dentro, que hoy no me queda más que decir.

LUCIN. ¿Qué prefieres en la cena?

GUM. Paz, de primer plato; tranquilidad, de segundo, y un buen alimento, de tercero.

ENC. ¡Pues tendrá usted de todo eso!

LUCIN. ¡Se procurará!

GUM. ¡Así sea! *(Vase doña Lucinda por la derecha.)*

ENC. Voy a dejar esto en mi cuarto. *(Por el sombrero y el bolso.)*

BEBEL. ¿No te molesta que vaya contigo?

ENC. ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Ven, doña cumplidos! *(Se marchan las dos por la izquierda.)*

GUM. ¡He hablado un poco fuerte, puñales; pero aquí, según está to, no sirve andarse por las ramas! ¡Al grano, al grano, que es un quiste! Si yo consigo meter a esta gente en vereda me voy a marchar de Madrid más contento que si me hubiesen regalao la fuente de la Cibeles pa colocarla en la plaza de Tomelloso. *(Llega por la izquierda Juanitín, que viene con sombrero y bastón y silbando una canción popular.)*

GUM. ¿A dónde vas tú?

JUAN. *(Encaminándose muy decidido a la puerta de la derecha.)* ¡A la calle!

GUM. ¿A qué?

JUAN. ¡A estirar las patas!

GUM. ¿Na más?

JUAN. Y a tomar el aperitivo.

GUM. ¡Ven acá!

JUAN. ¿Qué pasa?

GUM. Trae el sombrero.

JUAN. *(Entregándoselo.)* ¿Le ha gustao?

GUM. Dame el bastón.

JUAN. ¿Me va usted a pegar?

GUM. ¡Todavía no!

JUAN. ¿Eh?

GUM. Siéntate ahí. *(Indicándole la silla que está junto a la máquina de escribir.)*

JUAN. ¿Para qué?

GUM. ¡Que te sientes!

JUAN. ¿Me va usted a retratar?

GUM. ¿Tú sabes escribir a máquina?

JUAN. No, señor.

GUM. Pues aprende, que eso nunca está de más. Y no te levantes de esa silla mientras no me pongas de corrido: «Apreciable tío Gumersindo: yo le prometo a usted y a todos que voy a ser un hombre de provecho.»

JUAN. ¡Que me aguardan los amigos!

GUM. ¡Que esperen! ¡Ya se han terminao las burradas y las memeces del niño idiota! ¡Hala! ¡A darle a los dátiles con rapidez!

JUAN. Pero...

GUM. ¡Hala! ¡Y sin chistar!

JUAN. ¡Me voy a hacer un taco!

GUM. ¡Ya te soltarás, puñales! Y mañana, a un taller, a ganarte un jornal en un oficio.

JUAN. ¿En un oficio yo? ¡Usted está mochales!

GUM. ¡Mira que te arreo un guantazo que te esnuco! ¡A sufrir las consecuencias de la vagancia pasada, señorito, que nadie mas que tú se lo ha buscao! Te haremos chofer o electricista o guardia de la porra, si es necesario.

JUAN. ¿Sabe esto mi mamá?

GUM. ¡Tu mamá no ha sabido nunca de cosa ninguna! ¡Ni siquiera supo ser madre!

JUAN. Pero...

GUM. ¡Hala!

JUAN. ¡Si es que no encuentro la o!

GUM. ¡Pues no tiene pierde, que es la más redonda de toas! *(Aparece Epifanio Cañavate por la derecha.)*

EPIF. ¡Ya estoy aquí otra vez, don Gumersindo!

GUM. ¿Entregaste la carta?

EPIF. Sí, señor.

GUM. ¿Y la respuesta?

EPIF. ¿Quiere usted la contestación?

GUM. ¡Pues claro, puñales! ¿No me la traes?

EPIF. ¡Hubiese yo dejao de ser quien soy! *(Aproximándose a la puerta de la derecha.)* ¡Pase usted, Daniel!

GUM. ¿Eh? *(Aparecen ahora en la puerta de la derecha Daniel Salaberry y Guateque.)*

EPIF. ¡Aquí tiene usted la respuesta!

DAN. ¡Buenas tardes!

EPIF. Me parece que soy un tío pa los recaos.

GUAT. ¡El as de los botones!

GUM. Usted dispense, caballero, la libertad que me he tomado al escribirle sin tener el gusto de conocerle; pero yo necesitaba hablar con usted cuatro palabras, y, ya que ha sido usted tan amable...

DAN. Usted me manda siempre.

GUM. ¿De verdad? ¿Me responde usted eso después de haber leído mi carta?

DAN. ¡Se lo digo de corazón!

GUM. Pues entonces llévese usted a Encarnita y hágala feliz, que ella se lo merece to porque es una santa.

DAN. ¡Ojalá! ¡Pero no me quiere!

GUM. ¡No sea usted primo! Mi sobrina no le ha dicho que le ama porque es más buena que el pan de rey y no quería jugarle una mala partida a su hermana Isabel; pero, por fortuna para ustedes, he llegao yo a tiempo de evitar mu-

chas amarguras. ¡Que no le quiere, y está por usted más loca que doña Juana!

DAN. ¿Es posible?

GUM. ¿Tengo yo cara de embustero?

DAN. ¡Don Gumersindo!

GUM. Y si no me cree usted a mí, vamos a ver si la cree usted a ella. ¡Encarnita! ¡Encarnita! *(Vase don Gumersindo por la izquierda.)*

DAN. ¿No es esto una burla, Epifanio?

EPIF. Según y conforme, que el matrimonio siempre ha sido una broma muy pesá.

GUAT. *(A Juanitín.)* Se labora, ¿eh?

JUAN. ¡Déjame en paz, que no encuentro la «ñe»! ¡Estoy negro!

GUAT. ¿Le escribes a la novia?

JUAN. ¡A un tío mío! *(Vuelve don Gumersindo, trayendo a Encarnita.)*

GUM. ¿Y ahora, se convence usted?

DAN. ¡Encarna!

ENC. ¡Daniel!

DAN. ¿No es esto un sueño?

ENC. ¡No, Daniel! ¡Es el comienzo de nuestra dicha, porque yo te quiero y te he querido siempre! ¡Y tenía unas ganas enormes de poder decírtelo!

DAN. ¡Bendita sea tu boca! ¡Cómo voy a adorarte, chiquilla!

ENC. ¡Pues y yo a ti, Daniel mío! *(Llega Cayetana por la derecha, alicaída y mustia.)*

CAYET. ¡No he podido alcanzarle, a pesar del taxi! ¡Se ha marchado a Orán! ¡Pero mañana mismo me embarco! *(Viendo a Daniel.)* ¿Eh? ¡Ay! ¿Esto qué es? ¡Salaberry aquí! ¿Cómo ha venido usted?

DAN. ¡Volando!

CAYET. ¡Padre!

GUM. *(Avanzando con los demás personajes, menos Juanitín, al primer término.)* ¿Qué pasa?

CAYET. ¡Mire usted!

GUM. ¡Qué me vas a contar, si eso es obra mía!

CAYET. ¿De veras? ¡Arrégleme usted con Epifanio!

GUM. No te preocupes, que éste será mi yerno.

CAYET. ¿Me amas, Epifanio?

EPIF. ¡Una burrada!

CAYET. ¡No me hables así!

EPIF. ¡Charleston, Cayetana! ¡Charleston!

CAYET. ¡No te ensañes con el caído!

EPIF. ¡La hemos vuelto como un calcetín, don Gumersindo!

Ya no me falta mas que una cosa pa que sea completa la tarde.

CAYET. ¿Cuál?

EPIF. ¡Darle la patá de Charlot a Gumersindo! ¡Y yo no me quedo sin ese gusto! *(Cogiendo a «Gumersindo», que lo habrá dejado Cayetana encima del velador, y tirándoselo a Juanitín a la cabeza.)*

JUAN. ¡Ay!

GUAT. ¡Goal! ¡Ya le ha dao!

EPIF. ¡Ahora sí que me voy tranquilo a Tomelloso!

TELÓN

FRANCISCO GÓMEZ HIDALGO

Una comedia para casadas

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ADAPTADA CON ESTE TÍTULO DE UNA OBRA DE GIOVANNI CENZATO

Estrenada en el Teatro Poliorama, de Barcelona, la noche del 28 de noviembre de 1925, y en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 15 de septiembre de 1926.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SAGRARIO, veintiocho años.....	Carmen Díaz.
ELENA, treinta ídem.....	Margarita Larrea.
DOÑA LAURA, sesenta y cinco ídem....	Micaela Castejón.
JUANITA (mecanógrafa), veinte ídem...	Emma del Pino.
FERNANDO, treinta y siete ídem.....	Ricardo Galache.
MAURICIO, cuarenta ídem.....	Gaspar Campos.
ANTONIO, cincuenta ídem.....	Julio Gorostegui.
RUIPEREZ, cincuenta ídem.....	Nicolás Rodríguez.
UN CAMARERO, treinta ídem.....	Manuel Díaz.

Primer y tercer acto, en Madrid. El segundo, en Ribadesella (Asturias). Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Despacho del abogado Fernando Albar, amueblado señorialmente. Mesa de despacho, estantes, librerías, butacas y un diván. Un aparato telefónico de mesa sobre un velador. Puertas a derecha e izquierda. Aquélla para entrar de la calle; ésta para dar comunicación a otras habitaciones de la oficina. Son las seis de la tarde.

Al levantarse el telón, Mauricio, hombre brutote y ordinario, pero bien vestido, tendido en una butaca, duerme profundamente. Juanita, mecanógrafa pizpireta, arregla papeles, colocándolos en un estante. Antonio, tipo de comerciante rico, próximo a ella, está en pie visiblemente impaciente.

ESCENA I

MAURICIO, ANTONIO y JUANITA.

ANT. ¿Cree que tardará mucho?

JUAN. No, señor. Me dejó dicho que a las cinco estaría de vuelta.

ANT. *(Consultando su reloj.)* Pues son las seis y cinco. Tiene puntualidad... de abogado.

JUAN. Es que no puede estar en todas partes.

ANT. Yo me conformaría con que estuviera aquí. Le ruego que apenas llegue le diga que vine.

JUAN. Sí, señor.

ANT. *(Señalando a Mauricio.)* Y al señor, que le aproveche el sueñecito... *(Sale por la izquierda.)*

JUAN. *(Después de terminar de arreglar los papeles, se acerca a Mauricio, que ronca.)* ¡Digo, si duerme el hombre! *(Sale por la derecha.)*

ESCENA II

FERNANDO, JUANITA y MAURICIO.

FERN. *(Hombre de treinta y siete años, distinguido, que llega por la derecha seguido de Juana.)* ¿Han telefoneado del bufete del señor Fabié?

JUAN. Sí, señor. Han dicho que el jueves, a las cuatro, en la notaría del señor Romeral.

FERN. *(Quitándose el gabán.)* Anótamelo en el dietario... *(Sorprendido al ver a Mauricio.)* Pero... ¿qué es esto?

JUAN. Perdone usted; hace más de una hora que vino y a poco se quedó dormido. Me dijo que era un íntimo amigo de usted y que podía tomarse la libertad de esperarle...

FERN. *(Acercándose, reconoce a Mauricio.)* ¡Ah!... *(Riendo.)* ¡Sí, sí!...

JUAN. Yo no le hubiera dejado dormir. Pero él me aseguró que era como hermano suyo... El pobre me dijo que venía muy cansado del viaje...

FERN. *(Acercándose a la mesa.)* Ahora descansará; dejémosle dormir. *(Ríe.)*

JUAN. *(Ríe.)* Ha telefoneado su señora que vendrá a recogerle.

FERN. Está bien.

JUAN. Ha estado esperándole don Antonio.

FERN. Ese no se duerme, seguramente...

ANT. *(Presentándose.)* ¿Llegó al fin?

FERN. Y estoy a sus órdenes. *(Salen por la izquierda. Juanita vuelve a acercarse a Mauricio y le observa con curiosidad; después sale por la izquierda. En el umbral se encuentra con Sagrario, que llega: una mujer joven, guapa, elegantísima.)*

ESCENA III

SAGRARIO, JUANITA y MAURICIO.

SAGR. ¿No está?

JUAN. Acaba de llegar y ha vuelto a salir con un cliente.

SAGR. *(Fijándose en Mauricio.)* ¿Quién es?

JUAN. Un amigo del señor, que le espera.

SAGR. ¿Le espera durmiendo?

JUAN. Sí... Debe ser muy amigo del señor... El señor le ha visto y ha dicho: «Dejémosle dormir.»

SAGR. ¡El pobre!...

JUAN. Con su permiso... *(Sale por la izquierda.)*

SAGR. *(Se acerca al aparato telefónico y pide comunicación.)* Señorita: el 5-3-6 M, si tiene la bondad. *(Pausa.)* Sí; al aparato. ¿Eres tú, Elena? ¡Ah! *(Ríe.)* Me había parecido su voz. ¡Ah! Está en la calle... No, nada... La volveré a telefonear... Adiós.

MAUR. *(El timbre del teléfono le despierta y se estira grotescamente. Sagrario le contempla sonriendo. Mauricio se despabila y al darse cuenta de la presencia de Sagrario reacciona y se arregla la ropa un poco confuso.)* Perdone...

SAGR. *(Celebrando la escena interiormente.)* De nada...

MAUR. *(Se pone en pie, avanza por la estancia y mira de reojo a Sagrario; siempre confuso y contrariado de que le haya sorprendido durmiendo. Consulta el reloj.)* Perdone, señora, si... *(Señala la butaca como justificándose.)* Pero...

SAGR. ¡Por Dios!

MAUR. Es que... Yo soy muy amigo de Fernando... Hemos sido condiscípulos de bachillerato... Luego yo me hice veterinario... Una profesión que..., ¡vamos!..., no puede compararse en distinción con la de los abogados, acostumbrados—¡felices ellos!—a recibir cada señora... *(Guiña un ojo, haciendo un ademán grotesco.)*

SAGR. Cuidado, que estamos en el despacho de un abogado que está casado.

MAUR. Lo sé... Conozco a su señora.

SAGR. *(Mirándole intencionadamente.)* ¿También conoce a su señora?

MAUR. ¡Digo! ¡Muchísimo!... El verano pasado coincidí con ella y con Fernando unos días en Ribadesella, una linda playa asturiana. ¡Es una gran mujer!... Alta, morena... Con un lunar aquí... *(Indica la mejilla derecha.)* ¡Hermosa, ya lo creo! *(Hace indicaciones expresivas, y después con respeto.)* Perdone usted... Pero la verdad es que... Se llama Elena.

SAGR. *(Dominándose; con naturalidad.)* También yo la conozco.

MAUR. ¡Ah, sí?... ¿Verdad que lo vale?

JUAN. *(Que entra buscando los papeles que ha colocado sobre el estante, al ver a Mauricio.)* ¡Oh!... ¿Ha dormido bien?

MAUR. *(Sonriendo.)* Estupendamente.

SAGR. ¿Le ha dicho el señor si tardará en volver?

MAUR. *(A Juanita.)* Pero ¡cómo!... ¿Volvió?

JUAN. Sí... Y salió de nuevo con un cliente que le esperaba desde hacía una hora.

MAUR. ¿Y me ha visto?

JUAN. Sí, señor. Pero dijo que quería dejarle dormir mientras despachaba.

MAUR. ¡El pobretico!...

JUAN. Por cierto que cuando le coge por su cuenta ese cliente no suele soltarle en un rato. *(Sale.)*

MAUR. *(Indicando a Sagrario la butaca.)* Si usted quiere, señora... Yo he descansado ya bastante... Se está estupendamente.

SAGR. *(Sonriendo con desgana.)* Muchas gracias... *(Pausa.)* De modo que la señora de su amigo...

MAUR. Es una gran mujer... ¡Ya lo creo! Y están «colados», me parece...

SAGR. Ciertamente, Elena es muy bonita.

MAUR. *(Mirándola.)* ¿Entonces la señora es visita de la casa?

SAGR. *(Indiferente.)* Sí... *(Pausa. Después con otro tono.)* ¿A usted le ha parecido que se quieren mucho?

MAUR. ¿Quién? ¿Ellos dos? ¿El matrimonio? ¿Por qué? ¿Es que se llevan mal?

SAGR. No, no... Que yo sepa, no.

MAUR. ¡Oh, lo hubiera sentido!... Me alegra que Fernando sea feliz. Es tan bueno, tan simpático, tan inteligente... *(Pausa.)* ¿Que si me ha parecido que se quieren me preguntaba usted? A mí, sí... En Ribadesella a mí y a todo el mundo. Siempre estaban juntos, acariciándose, bromeando... No parecían marido y mujer. *(Pausa; sonriendo ante el recuerdo de lo que va a decir.)* Por cierto que una noche, ¡váyase usted fijando!, una noche que Elena y Fernando, cogidos del brazo, amartelados, iban caminando hacia la playa...

ESCENA IV

DICHOS y ELENA.

ELENA. *(Mujer joven, guapa, vestida con gusto y tonos obscuros, entrando bruscamente.)* Hola, Sagrario... ¿No está tu marido?...

SAGR. Ha salido con un cliente.

MAUR. *(Que había reconocido a Elena y se disponía a saludarla afectuosamente, se detiene al escuchar su pregunta y dice para sí.)* «¿Tu marido?»... ¿Ella?

SAGR. *(Con naturalidad.)* Te he telefoneado hace un momento.

ELENA. Vengo de tu casa. No estabas, y he supuesto que te encontraría aquí. ¡Está tan cerca!

MAUR. *(Aparte, aturdido.)* ¡No era su mujer!... ¡La que he hecho!...

SAGR. *(Señalando a Mauricio.)* ¿Tú conoces...?

ELENA. *(Tiene un momento de confusión, pero se rehace en seguida.)* No tengo el gusto...

MAUR. *(Presentándose.)* Mauricio Nombela.

ELENA. *(Como él.)* Elena Valero.

SAGR. Añádele que «viuda». Cuando se es joven y guapa como tú, el estado es un adjetivo... Mucho más si el señor es soltero...

MAUR. Sí, señora; lo soy.

SAGR. Y que tu tipo debe agradarle mucho. Hace un momento me decía...

ELENA. *(Aturdida, interrumpiéndole.)* ¡Si no nos conocíamos!...

SAGR. *(A Mauricio.)* Porque debe parecerse a la señora de su amigo, ¿verdad?

MAUR. *(Balbuceando.)* Sí... *(Para sí.)* ¡Mi madre, la que he hecho!

ESCENA V

DICHOS Y FERNANDO.

FERN. *(Entra por la izquierda y atraviesa la escena, seguido de Antonio, hasta desaparecer con él por la derecha; en seguida repara y se une al grupo, bromeando.)* ¿Te has despertado ya? *(Le echa el brazo. Presentándole.)* Mi ami... *(La presencia de Elena le sugiere rápidamente una sospecha, pero no deduciendo nada de los semblantes que contempla, continúa.)* Mi amigo casi de la infancia Mauricio Nombela. *(Señalando a Sagrario y fijándose en Mauricio.)* Mi mujer...

MAUR. Sí, ya... Tu mujer...

FERN. *(A Sagrario, señalando a Elena.)* ¿Le has presentado a la señora?

ELENA. Sí... Como ve usted, hemos transformado su despacho en un gabinete de tertulia.

MAUR. Yo he hecho más que eso: yo lo he convertido en dormitorio.

FERN. *(Acercándose a Mauricio y llevándole disimuladamente aparte, en voz baja.)* Supongo que habrás sido lo suficientemente inteligente para darte cuenta de que...

MAUR. Sí... Pero...

FERN. *(En voz alta, para no despertar sospecha.)* La gente en tu casa, bien.

MAUR. *(En voz alta también.)* Bien. Muchos recuerdos todos.

FERN. *(Otra vez en voz baja.)* Pero qué... ¿Qué es lo que me decías?

MAUR. *(En el mismo tono.)* Que... Pero no... No te lo puedo explicar aquí. Vamos a otra parte.

FERN. *(En el mismo tono.)* Márchate tú con cualquier pretexto y vuelve después.

MAUR. ¿Y qué debo decir?

FERN. *(En voz alta.)* ¿Y de Saturnino?

MAUR. *(En voz baja, sorprendido.)* ¿Quién es Saturnino?

FERN. *(En voz baja también.)* ¡Idiota! ¡Es por despistar!

MAUR. *(En voz alta.)* ¡Aaah, sí!... ¡Saturnino, ya lo creo! ¡Saturnino!...

FERN. *(En voz baja.)* ¿Qué me ibas a decir? ¿Has hecho alguna tontería?

MAUR. *(También en voz baja.)* Perdona. La tontería la cometiste tú presentándome como tu mujer a la que no lo es.

FERN. *(Nervioso, irritadísimo, a media voz.)* ¿Pero en definitiva...?

MAUR. *(En el mismo tono.)* Que yo... que yo la he dicho que ya conocía... a tu mujer.

FERN. *(Dando un grito.)* ¡Nooo!...

SAGR. *(Con dulzura.)* ¿Dices algo, Fernando?

FERN. Nada... Hablaba con Mauricio de... su mujer.

MAUR. ¡Definitivo! ¡Y yo la he dicho que soy soltero!

FERN. *(En voz baja.)* ¡Imbécil!

MAUR. *(Lo mismo.)* ¡Mira, déjame que me vaya! ¿Es que también iba a adivinar que habías de casarme?

FERN. *(En voz alta.)* ¡Oh, sí, lindísima! ¿Y tú? Cuenta, cuéntame... *(En voz baja.)* Anda, animal, habla...

MAUR. Perdona... Dormía ahí...

FERN. Lo sé; te he visto...

MAUR. *(En voz baja.)* ¡Muy bien! ¿Y por qué no me despertaste? No hubiera sucedido nada...

FERN. *(En voz baja también.)* ¿Pero qué es lo que ha sucedido?

MAUR. *(En voz baja.)* ¡Si me dejas hablar!... Yo estaba durmiendo... Me desperté, comencé a darme cuenta de dónde estaba y me vi delante de una hermosa mujer... Yo, que recordaba a la tuya, vamos, a la que tú..., a la que me dijiste..., a...

FERN. ¡Acaba, majadero!

MAUR. Pues... dije digo: ésta debe ser... una cliente. Total: que nos pusimos a charlar. Que la dije digo: «Buen oficio este de los abogados, que reciben a cada mujer... En cambio, a mí no me visitan mas que las bestias...»

FERN. ¡Cada uno recibe a sus semejantes, anima!!

MAUR. ¡No me interrumpas, hombre! Ella va y me dice de pronto, así como para impedir que yo pensase que tú te aprovechabas: «¿No sabe usted que este abogado está casado?» Yo voy y la digo que sí, que lo sé...

FERN. *(Interrumpiendo con una carcajada.)* ¡Ja, ja, ja!

MAUR. *(Sorprendido, en voz baja.)* Pero ¿de qué te ríes?

FERN. *(En voz baja.)* ¡Imbécil, lo hago para despistar! Sigue...

MAUR. ¡Ah!... Pues yo voy y la digo: «Ya sé que Fernando

es casado. Conozco mucho a su mujer. La conocí en Ribadesella...»

FERN. *(En voz baja.)* ¡Canalla!... *(Riendo fuerte.)* ¡Ja, ja, ja!... *(En voz baja. Indignado.)* Ahora ríe tú también, idiota.

MAUR. ¿Yo?... ¿Pero para qué?

FERN. Ríe. Para disimular, bestia.

MAUR. *(Esforzándose.)* ¡Ja, ja, ja!...

SAGR. *(Acercándose.)* Debe ser muy gracioso lo que te está contando tu amigo.

FERN. ¡Ah, sí!... Luego te contaré...

ELENA. Serán cosas... para hombres solos.

FERN. *(A Mauricio en voz baja.)* Ahora márchate y vuelve dentro de media hora... ¿Comprendes?

MAUR. *(En voz baja.)* ¿Irme? ¿Pero qué digo?

FERN. Simulas que has olvidado cualquier cosa, majadero.

SAGR. Tu amigo comerá con nosotros, ¿verdad, Fernando?

FERN. *(A Mauricio, en voz baja.)* ¡Que te vayas te digo, estúpido!

MAUR. *(Gritando.)* ¡Oh!... ¡Ah! He dejado olvidada la cartera sobre la mesa de mi habitación en el hotel.

SAGR. ¡Caramba!

ELENA. ¿La cartera?

FERN. *(En tono de broma.)* Eres una calamidad. Lo has sido siempre... Vé a buscarla en seguida, chalao...

SAGR. ¿En qué hotel vive usted?

MAUR. ¿Dónde?...

FERN. No lo recuerdas de seguro. En el Palace.

MAUR. ¡Ah, sí!... En el Palace.

SAGR. Avise por teléfono.

FERN. No, no... Va él.

MAUR. Perdonen ustedes... *(Sale.)*

ESCENA VI

SAGRARIO, ELENA y FERNANDO.

SAGR. ¡Pobrecillo!... ¿La encontrará? *(A Fernando.)* No me habías hablado nunca de este amigo.

FERN. ¡Pchs!... Amigo... amigo de colegio, cuando estudiábamos el bachillerato... Nos hemos visto poco. Hacía años que no nos encontrábamos. *(Como acogiéndose a una idea que se le ocurre de momento.)* Pero, mira, está igual que siempre: desmemoriado. No sabe lo que hace, no sabe lo que dice... Confunde los sitios, confunde los nombres, confunde las personas... En el colegio nos divertía con sus confusiones...

SAGR. Pues debe ser un defecto molesto para sus amigos.
FERN. *(Confuso.)* Sí...
SAGR. ¿Le has invitado a comer?
FERN. Sí... No..., no le he invitado.
SAGR. ¿Y se marcha esta misma noche?
FERN. *(Aturdido, mirando a Elena.)* Sí... Ahora voy yo a casa, a comer.
SAGR. Entonces me anticiparé. *(A Elena.)* ¿Tú te quedas?
ELENA. Tengo que hablar con Albar de mi dichoso pleito.... Quería...
FERN. *(Rápido.)* Sí; la he llamado porque he de presentar un escrito sobre el que deso consultarla...
SAGR. *(A Elena.)* Si quieres venir a comer con nosotros... podréis hablar de sobremesa. *(A Fernando.)* Aunque si tú tienes necesidad de salir para atender a tu amigo...
FERN. No, no... Es mejor que se quede.
ELENA. *(A Sagrario.)* Aceptaría encantada tu invitación; pero he prometido a los de Campos ir con ellos al Real... No puedo faltarles.
SAGR. ¡Paciencia! Entonces me voy yo. *(A Fernando.)* ¿Irás en seguida? Haré poner la mesa.
FERN. En seguida.
SAGR. Adiós, Elena; adiós, Fernando.

ESCENA VII

ELENA y FERNANDO. Un momento, JUANITA:

(Elena y Fernando, al salir Sagrario, quedan un momento silenciosos. Fernando, andando con aires de preocupación, avanza hasta la puerta para cerciorarse de que Sagrario se marchó. Luego se sitúa ante su mesa de despacho. Elena se sienta lejos.)

JUAN. ¿Se puede?
FERN. *(Nervioso.)* Sí, sí.
JUAN. Buenas tardes. *(Recoge unos papeles y vuelve a salir.)*
FERN. *(Tras de una larga pausa en la que se ha quedado meditativo.)* ¡Es inconcebible! ¡Lo que ha ocurrido es inconcebible!
ELENA. Si he de decirte la verdad, no sé lo que ha ocurrido.
FERN. ¿Pero no le has reconocido?
ELENA. ¿Sagrario se ha enterado? ¿Sabe que yo...?
FERN. *(Muy excitado.)* ¡Naturalmente!... Él ha llegado aquí; yo no estaba, y para esperarme se ha sentado en esa butaca y se ha dormido. Ha llegado luego mi mujer, que, naturalmente, no había visto nunca, y la ha tomado por una cliente. Se ha puesto a hablar con ella, y la

ha dicho..., ¡figúrate lo que le ha dicho!..., que conocía a mi mujer..., a ti, porque supongo que te ha descrito hasta con el lunar...

ELENA. Pues cuando yo he llegado el semblante de Sagrario me ha parecido que estaba normal. A él sí, a él le he reconocido; pero he disimulado y hubiera asegurado que también él disimulaba, como si hubiese comprendido la situación.

FERN. La ha comprendido cuando ya había cometido la estupidez.

ELENA. Pues Sagrario, mientras tú la hablabas no parecía estar bajo el peso de la noticia. Te ha hablado tranquila, afectuosa... ¡Lo habrá tomado a broma!

FERN. No. ¡Imposible! Bromas de esta naturaleza no se le dan a nadie.

ELENA. ¿Entonces...?

FERN. Le he dicho que se fuera y que vuelva después, para ver..., para pensar cómo puede arreglarse... *(Iracundo, nervioso, paseándose.)* ¡Estoy loco!... ¡No sé!

ELENA. *(Con humildad.)* ¿Te enfadas conmigo?

FERN. Me enfado... No me enfado contigo... Me enfado conmigo..., con mi mala suerte... Tanta prudencia, tanta precaución..., y todo por tierra por la imbecilidad de ese imbécil... *(Pausa.)* ¡Quién había de creer que el gran majadero...!

ELENA. *(Con los ojos bajos, reflexionando.)* Verdaderamente fué una locura peligrosa lo de presentarnos como matrimonio.

FERN. Ahora no hay que preocuparse de lo que no debimos hacer, sino de lo que debemos hacer.

ELENA. ¿Pero tú crees que no tiene remedio?

FERN. *(Siempre exaltado.)* ¡No lo sé!... ¡No sé nada!... Me horroriza pensar en las consecuencias por ti..., por mí..., por todo. Ella vivía tranquila y ahora no me dejará vivir a mí... Bastará la sospecha... Es, además, mujer incapaz de ocultar una idea. Del pensamiento a la palabra no admite estaciones intermedias...

ELENA. Pero, entonces, ¿cómo no me ha dicho algo?..., ¿cómo no me ha insinuado siquiera su disgusto?

FERN. Me lo reserva todo a mí para cuando llegue a casa.

ELENA. No me hubiera invitado a comer, entonces.

FERN. No sé... Quizás intentará darnos el escándalo a los dos juntos.

ELENA. *(Siempre con timidez.)* No creo...

FERN. Sí lo crees... Tanto lo crees que no has aceptado. *(Pausa en que da muestras de preocupación. Ella calla, con*

la vista clavada en el suelo, que levanta de tiempo en tiempo para contemplarle.) Pero yo tengo que hacer algo... Irme quizás..., desaparecer... Fingiré un telegrama... Que cualquier asunto del bufete...

ELENA. *(Angustiada, con amargura.)* ¿Irte?... ¿Dejarme?

FERN. *(Irritado.)* ¡Un poco de prudencia, hijita! No me exaltes más de lo que estoy.

ELENA. *(Compungida.)* Entonces... te perderé.

FERN. ¡Calla, calla!... Tu situación es distinta a la mía. Tú eres libre, y yo no. Si tuvieras marido no verías las cosas con tanta calma.

ELENA. ¿Calma yo?... ¿Pero no ves que estoy temblando? No por miedo a la ira y a la venganza de tu mujer, no; tiemblo ante el solo temor de perderte, de perder contigo el amor que es mi vida, la única razón de mi existencia.

FERN. ¿Pero qué dices de perderme a mí? Sabes demasiado cómo te quiero...

ELENA. *(Acercándose a él apasionadamente.)* ¡Dímelo, dímelo!... En las horas de angustia es precisamente cuando deben decirse estas cosas...

FERN. ¡Sí, sí!... Te lo digo, te lo digo...; pero déjame ocuparme de mi situación, de la que tanto depende la tuya...

ELENA. ¡Fernando de mi vida! Siento que por mi culpa...

FERN. Lo he querido yo... La culpa ha sido mía...

ELENA. *(Cariñosa.)* Ya verás... Todo se arreglará... Quizás tienes razón... Tengamos prudencia..., pensemos... Pero no es posible que sin una prueba tu mujer pueda crearse una situación que la obligaría a... ¡No, no! Estoy segura. Las mujeres tenemos mucho instinto para estas cosas... Además, que tu amigo ha podido sufrir un error..., equivocarse...

FERN. Es lo que quisiera hacerle creer.

ELENA. ¿Por qué no le obligas a que se lo diga él? Alecciónale... Llévale a tu casa... Tu mujer no le conoce... Hazle pasar por loco, por venático... El, que ha hecho el daño, que lo remedie... *(Suena el timbre del teléfono.)*

FERN. *(Cogiendo el auricular.)* Al habla... ¡Ah!... ¿Eres tú..., Sagrario? *(A Elena en voz baja, tapando con la mano el auricular.)* Es mi mujer... *(Otra vez, hablando, al aparato.)* ¿Cómo?... ¡Ah, no!... Se marchó... Sí, sí... ¿Qué dices?... Encantado. ¿Y tú, estás contenta? No. Todavía no ha vuelto... No, no creo; dijo que tenía compromiso con los de Campos. Es claro, hijita, te acompañaré contentísimo... Bien, sí... En seguida: el tiempo indispensable para coger el sombrero. Adiós... *(Distraída-*

mente deja el auricular sobre la mesa y se acerca a Elena, ya cambiando de humor. A Elena, cogiéndole las manos.) Chiquilla, no me explico lo que sucede... Está contentísima, proyectando, cariñosa...

ELENA. Te ha hablado de mí, me parece.

FERN. Sí... Quería que nos acompañaras al teatro por lo menos.

ELENA. ¿Y qué le has dicho?

FERN. Que te habías marchado.

ELENA. ¿Por qué?

FERN. No sé... Instintivamente.

ELENA. Entonces no sospecha nada. No ha creído a tu amigo.

FERN. Quizás tengas razón. Porque parece imposible que unos minutos después de haber escuchado tan tremenda revelación se pueda estar así..., tan afectuosa... *(Pausa.)* ¡Dios mío, qué alegría sería para mí! ¡Elena!... *(La abraza.)* ¡Lo que te quiero!

ELENA. No puedo acostumbrarme a que tus caricias dependan del humor de tu mujer.

FERN. ¡Por Dios!... Comprende que...

ELENA. Sí, comprendo. Y hasta me conformaré, si lo quieres, con que no me falte el amor que le sobra a ella.

FERN. *(Con ternura.)* ¡Eres mala!

ELENA. La maldad de quien quiere con toda su alma...

FERN. No te quiero yo menos. *(Acariciándola.)* Te quiero como no he querido nunca a nadie..., como no creí que podría quererse... ¡Y si vieras cómo también temo yo perderte!...

ELENA. *(Entregándose a él.)* ¡Fernando!... ¡Mi vida!... *(Se besan. Suena ruido de pasos en la puerta. Los enamorados se sobresaltan.)*

FERN. ¿Quién es?

ESCENA VIII

DICHOS y MAURICIO.

MAUR. *(Antes de aparecer.)* ¿Se puede?

ELENA. *(A Fernando.)* Es tu amigo.

FERN. ¡Adelante!

MAUR. Ya estoy de vuelta. *(Al ver a Elena.)* Buenas noches, señora.

FERN. *(En tono de broma.)* ¿Te atreves a volver? *(Elena ha saludado a Mauricio fríamente con una inclinación de cabeza.)*

MAUR. Bueno, tú, ante todo vamos a ver si nos entendemos... ¿Se puede hablar claramente?... ¿Sin ser insultado?...

¿Sin tener que reír cuando tú mandes?... ¿Sin fingimientos?...

ELENA. Amigo Albar, si usted permite que me retire...

MAUR. *(A Fernando, con seriedad.)* No, perdona. Que yo haga el papel de tonto ante tu mujer es una cosa... A veces hacer el tonto es una prueba de superioridad... Pero seguir haciéndolo cuando tu mujer no está delante, no, ¡caramba! Yo conozco a la señora... *(Señala a Elena.)* Ella me conoce a mí, tú también me conoces; ella te conoce a ti y tú la conoces a ella... ¡Nos conocemos todos! Si quieres que te ayude a remediar el daño que involuntariamente puedo haberte hecho ha de ser con una condición: que las ficciones acaben entre nosotros. Yo no soy tu mujer, afortunadamente, ni ella *(Señala a Elena.)* es mi mujer..., ¡desgraciadamente!

ELENA. *(Sonriendo.)* Tiene razón.

FERN. Bueno..., pero ella...

MAUR. Ella es ella. ¡Ni una palabra más! Ya ves que soy un caballero, aunque sea también... ¡veterinario!

FERN. Debes comprender que en el estado de ánimo en que estaba no podías encontrarme propicio a la cordialidad y galantería, como lo hubiera estado si...

MAUR. Si me hubieras despertado... Porque todo ha ocurrido por haberme dejado dormir...

FERN. Por haberte dormido, que no es lo mismo.

MAUR. No, señor... Durmiendo no se peca... Despierto, sí.

FERN. Bueno, déjate de discreteos. En definitiva...

MAUR. Pues lo que te he contado. Que la dije a tu mujer que te había visto con... tu mujer. Nada más que esto... *(A Elena.)* ¿Ella no le dijo a usted nada mientras éste y yo hablábamos tan... cariñosamente?

ELENA. Nada... Ni una indirecta.

MAUR. *(Reflexionando.)* Es extraño, porque la verdad es que yo detallé.

FERN. *(Alterándose.)* ¿También detallaste? ¿Y lo dices?...

MAUR. Sí.

FERN. *(Como hablando para sí.)* ¡Es extraordinario!

MAUR. La dije que estabais tan enamorados que no parecíais... marido y mujer.

FERN. *(Cada vez más exaltado.)* ¿También eso?... ¿Y qué más? ¿Que más la dijiste?... No te bastaba con el relato y quisiste también ilustrarle. ¿Y ahora lo quieres remediar? ¿Cómo? ¿Es que puede tener remedio?

MAUR. Es preciso examinar bien todo el alcance del mal, para poder buscar sus remedios... Yo podría... podría... po-

día decirle a tu mujer que se trata de una cosa lejana... de hace algunos años... Sí, sí..., cabalito..., sí...

FERN. *(Yendo hacia él amenazador, irritadísimo.)* ¡Imbécil!

ELENA. *(A Fernando.)* ¡Por Dios, Fernando!

FERN. *(A Elena.)* ¡Cállate! Ya te he dicho que no podemos ver las cosas lo mismo, porque nuestra situación es distinta.

ELENA. Hace un momento razonabas de otra manera. .

MAUR. ¿Qué decía?

FERN. *(A Elena).* Hace un momento mis sospechas no eran la realidad que este bárbaro acaba de confesarme con toda crudeza. *(A Mauricio.)* Si hubieras dicho que me habías visto con una mujer, hasta que te la había presentado como la mía..., no sé..., cabría, quizás, buscar un arreglo..., una solución... Podría decir que te quise dar una broma, que no tuve tiempo de aclarar porque te habías marchado... Pero si eres un bocón, un parlanchín... ¡Si hasta el nombre la dijiste!

MAUR. *(Mirando a Elena con atención.)* Acompañado, por cierto de grandes elogios para la belleza de... tu supuesta mujer.

FERN. ¡No me desesperes más, por la Virgen! Vete.

MAUR. *(Que sigue mirando a Elena con insistencia.)* Yo no tengo la culpa de que sus ojos... y sus labios... y sus dientes... se me quedasen tan grabados en la memoria.

FERN. ¡Idiota! ¿No vendrás ahora a lanzarla una declaración en mi presencia para hacer más ridícula la situación?

MAUR. Cuando tanto te apena perder el cariño de tu mujer, no creo que deba importarte mucho que haga o no el amor... a la señora. *(Vuelve a contemplarla amorosamente.)*

FERN. No es el cariño de mi mujer lo que me importa: es la tranquilidad.

MAUR. La tranquilidad de engañarle en paz y en gracia de Dios, vamos.

FERN. *(Exaltado.)* Oye: después de haberme trastornado la vida no tienes derecho a venir a predicarme moral. Ahórrate ese trabajo. Tengo una amante, sí; porque quiero, porque me da la gana... ¡A ti no te importa! Lo que has de hacer ahora es reparar en lo posible el trastorno que me has ocasionado. Mañana vendrás a almorzar a mi casa. Dirás cosas incoherentes, estrambóticas; caerás en contradicciones... Adoptarás posturas extrañas; tus gestos serán los frecuentes en un anormal...

MAUR. En una palabra: me haré el loco.

FERN. Eso es.

MAUR. ¡Pues no!

FERN. ¿Cómo que no?...

ELENA. ¡Por Dios, ayúdele!

MAUR. Sí, señora; le ayudo. Pero no a ese precio, que no favorece ni a él ni a mí. Porque una de dos: o su mujer ha tomado en serio lo que la he dicho, y entonces agravamos la situación, o no le ha dado importancia, y entonces, sin venir a qué, represento un papel de payaso que hasta ahora no he representado nunca y que no estoy dispuesto *(A Fernando.)* a representar por satisfacer un capricho tuyo.

FERN. ¡Ah!... ¿Pero crees posible que no lo haya tomado en serio? ¡Después de haberle dicho el nombre, de haberle hablado... hasta del lunar!

MAUR. *(Con naturalidad.)* Precisamente...

FERN. *(Irritadísimo.)* ¡Oh!... ¡Me desesperas!... ¡No puedo resistirte!... ¡No puedo más!... ¡El lunar! ¡El lunar!... *(A Elena.)* ¿Lo ves, Elena? ¿Ves para lo que te invitaba a comer? ¡Para armar un escándalo!... ¡Es la catástrofe! *(Se tira sobre el sillón.)* ¡La catástrofe!

MAUR. ¡La catástrofe!... Vamos, hombre... Un descarrilamiento sin desgracias personales todo lo más. Tu mujer parece una muchacha de mucho espíritu... Confiésale tu falta, prométele enmendarte: te perdonará. Yo te ayudaré a obtener su perdón.

ELENA. *(Angustiada.)* Sacrificándome a mí...

FERN. ¿Una solución romántica, humillante?... ¡Ah, no! ¡Ah, no!

MAUR. Entonces apela a un remedio heroico: fúgate con la señora.

FERN. ¿Estás loco?

MAUR. Pues haz lo que quieras, pero no me hagas danzar a mí.

FERN. Eres tú quien ha promovido la danza, no yo.

MAUR. Mira... En definitiva, todo depende de como lo haya tomado tu mujer...

ELENA. Eso es lo que yo le digo... Lo que me esfuerzo en hacerle comprender...

MAUR. Podría ocurrir que la noticia no le hubiese producido ni frío ni calor...

FERN. ¡Estaría bueno!

MAUR. ¿Es que te ofendería?

ESCENA IX

DICHOS y SAGRARIO.

SAGR. *(Desde dentro.)* ¡Fernando! *(Aparece presurosa, casi*

jadeante.) ¿Pero estáis aquí todavía? *(Se sienta como si llegase cansada.)* Hace media hora que estoy telefoneando... La Central me decía que no contestaban... *(Mira el aparato.)* ¡Claro! Está descolgado... *(Afectuosa a Fernando.)* Pensaba si te habrían asesinado... Me habías dicho: «Voy en seguida: el tiempo indispensable para coger el sombrero.» Y como estamos tan cerca... *(Ríe.)* Ahora me río... Pero si vieras qué ratito he pasado... *(Mirándole cariñosamente.)* Perdóname.

FERN. *(Balbuceando.)* Sí... Me había olvidado. *(En voz baja a Mauricio, indignado.)* ¡Por tu culpa! Tú tienes la culpa de mi distracción.

MAUR. *(Como para sí.)* ¿Yo? ¿Pero qué tendré que ver yo con el teléfono?

SAGR. *(A Elena, con naturalidad.)* ¿Estás todavía aquí?

FERN. *(Anticipándose.)* Sí... Se marchó, pero ha vuelto a recoger el bolsillo.

ELENA. Telefoneé para rogar a Albar que me lo enviase, pero me dijeron de la Central que no contestaban. Por eso volví.

SAGR. *(Sonriendo.)* Estáis todos distraídos... Tú olvidas montar el auricular... Tú dejas el bolsillo... *(A Mauricio.)* Usted... ¿Encontró usted su cartera?

MAUR. ¿Yo?... ¡Ah, sí, sí!

SAGR. ¡Qué suerte!

MAUR. *(Sonriendo.)* Sí..., sí... *(Pausa.)*

SAGR. *(Rompiendo el silencio embarazoso para todos. A Fernando, sonriente.)* ¿Pero vienes a comer, o no? ¿Me acompañarás al teatro, o no tienes ganas?

FERN. *(Rápido.)* Sí... Te he dicho que sí.

SAGR. ¿Has dicho a Elena que nos acompañe?

FERN. Ha llegado ahora mismo, mientras hablaba con Mauricio...

SAGR. Deja a los de Campos y ven con nosotros...

ELENA. ¡Hijita!... Les prometí que iría... Me estarán esperando. No puedo faltarles...

SAGR. *(A Mauricio.)* Usted sí que nos acompañará.

FERN. ¿Quién? ¿Este al teatro? Se quedará dormido.

MAUR. ¿Yo?

FERN. ¡Es claro! Esta tarde no te dejamos descansar... todo lo que necesitabas.

MAUR. Si es que no te agrada mi compañía, busca otro argumento más ingenioso.

SAGR. *(En tono de dulce reproche. A Fernando.)* Tiene razón tu amigo.

FERN. ¡Pero si son bromas, majadero!... Acompáñanos, que

también yo lo deseo. E incluso ven a comer con nosotros.

SAGR. ¿A comer? *(A Fernando.)* ¿Y por qué no me lo dijiste?

MAUR. No, señora. Me es imposible. Hace un momento me he comprometido con...

FERN. *(Interrumpiendo.)* ¿Con quién?

MAUR. *(Que no esperaba la pregunta.)* Con...

FERN. *(Como para sí.)* ¡No sabe lo que contestar! *(A Mauricio.)* Eres siempre lo mismo. Distraído, olvidadizo, aturdido...

SAGR. Es lo que te sucede a ti... Al menos, esta tarde.

FERN. Sí... Pero él no sólo olvida: confunde también.

MAUR. ¿Yooo?... ¡Muchas gracias!

FERN. Eres un visionario..., un fantástico...

MAUR. ¿Fantástico yo?

FERN. Recuerdo que cuando estudiábamos un día fuimos a visitar en su casa al catedrático de Literatura. La cocinera salió a abrirnos la puerta y tú la tomaste por su señora, y después de hacerle varias reverencias acabaste presentándola, como si supieras, efectivamente, que lo era, a unos compañeros nuestros que llegaron detrás de nosotros... *(Ríe forzadamente.)*

ELENA. *(Para secundar a Fernando.)* ¡Ja, ja, ja! *(Ríe. Mauricio los contempla con cara de asombro y después mira también a Sagrario.)*

SAGR. *(Sonriendo.)* ¿Es verdad?

MAUR. *(Molesto, pero resignado.)* No recuerdo...

FERN. ¡Me lo explico! Si lo recordases, si te dieras cuenta, habría que tomarlo de otra manera... Pero resultarías menos simpático.

MAUR. *(Queriendo poner término.)* ¡Bah!... *(A Sagrario, inclinándose.)* Pero yo tengo que marchar, señora.

SAGR. No. Acompáñenos a cenar. Comeremos en familia... lo que haya.

FERN. *(Cada vez más animado por la actitud de Sagrario.)* Sí, hombre... Acompáñanos...

MAUR. Es que no puedo... Si acaso, mañana.

SAGR. ¿A almorzar?

MAUR. Sí... Con mucho gusto.

SAGR. ¿No te quedas tú, Elena?

ELENA. *(Después de haber mirado a Fernando, un poco indecisa.)* No. Gracias.

MAUR. Adiós, Fernando.

ELENA. *(A Mauricio.)* Marcho también yo.

MAUR. La acompaño con mucho gusto, señora.

FERN. *(A Mauricio.)* Entonces almuerzas con nosotros maña-

na. Recuérdalo bien. ¿Almuerzas, eh? No te confundas y llegues a la hora de cenar... ¡Por la mañana, fíjate! Al mediodía, a la una... ¿Lo recordarás?

MAUR. *(Fastidiado.)* Sí, hombre, sí.

SAGR. *(A Elena.)* Adiós, Elena. ¿Vendrás tú también mañana?

ELENA. Sí; adiós. *(A Fernando.)* Adiós, Albar. *(Elena y Mauricio salen.)*

ESCENA X

SAGRARIO y FERNANDO.

SAGR. *(Sonriendo, mientras Fernando, con fingida naturalidad, queda esperando, sin saber qué hacer ni qué decir.)* ¡Eres cruel con ese pobre hombre, Fernando! ¡Debe ser tan bueno!

FERN. *(Afrontando la situación.)* ¿Tú sabes que te ha tomado por mi amante?

SAGR. *(Riendo.)* ¡Ah, sí? ¿Pero qué tiene eso de particular?

FERN. *(Desconcertado.)* ¿Cómo de particular?... Sabía que yo estaba casado...

SAGR. ¿Entonces...?

FERN. Entonces..., entonces... Entonces, si te ha tomado a ti por una amante, sabiendo que estoy casado, ha debido atribuirme como mujer...

SAGR. *(Interrumpiéndole.)* A una amante... ¡Es natural!

FERN. *(Aun más desconcertado.)* ¿Natural?... ¿Tú lo crees natural? A mí me parece muy mal..., malísimamente... Porque...

SAGR. *(Interrumpiéndole, como siempre, con graciosa sonrisa.)* ¿Por qué?

FERN. Adoptas un gesto de burla... Como si te desagradase que hablara...

SAGR. No. Habla..., habla...

FERN. Hablo porque me he sentido ofendido..., y tú deberías agradecérmelo...

SAGR. *(Sonriendo.)* No exageres, Fernando. No hay ofensa... ¿Tú me dejas que te haga una pregunta?

FERN. Sí.

SAGR. ¿Tienes una amante?

FERN. ¡Qué pregunta!

SAGR. Una pregunta ante la que un marido debe contestar francamente sí o no.

FERN. No.

SAGR. ¿Entonces...?

FERN. ¿No me crees?...

SAGR. ¿Por qué no?... ¿Es que debo dudar de lo que tú me dices para creer lo que me diga un extraño? O tienes un pobre concepto de ti o me consideras a mí una mujer demasiado vulgar...

FERN. Esta noche eres la mujer de los dilemas. O... tal..., o... cual...

SAGR. Es que tú los creas y no sabes después resolverlos. ¿Dices que no? ¡Pues se acabó! *(Pausa.)*

FERN. ¿Tú me quieres?

SAGR. ¡Mucho!...

FERN. Dame un beso.

SAGR. *(Riendo.)* ¿Pero qué te sucede?

FERN. ¿Me lo niegas?

SAGR. No... *(Se besan.)*

FERN. Díme por qué me has preguntado si tengo una amante.

SAGR. Porque has querido tú que te lo preguntase.

FERN. Sabes que no quiero a nadie mas que a ti.

SAGR. Gracias. La alegría que me das con tus palabras es sólo comparable a la seguridad de que las merezco.

FERN. ¡Nena!...

SAGR. *(Alzándose en pie.)* Oye..., ¿no vamos a comer? Si después hemos de ir al teatro...

FERN. ¡Es verdad! Vamos... *(Va hacia la mesa y se pone a ordenar papeles.)*

SAGR. Temo que se haga tarde y no queden localidades. La otra noche...

FERN. *(Como pensando en otra cosa.)* ¿Quieres que telefonee para que reserven un palco?

SAGR. Será mejor... Pero telefonearemos desde casa.

FERN. Es que desde aquí ganaremos tiempo... *(Mientras se pone el gabán.)* Es un momento...

SAGR. Como tú quieras... *(Viéndole disponerse a llamar por teléfono.)* Entonces me adelanto... Iré diciendo que empiecen a servir la comida...

FERN. Sí... Un instante. *(Llama al teléfono.)*

SAGR. Hasta ahora. *(Sale.)*

FERN. *(Avanza corriendo hasta la puerta por donde ha salido su mujer y saca por ella la cabeza para convencerse de que se ha marchado. Luego vuelve al teléfono, que ya contesta, y pide la comunicación.)* El 5-3-6 M. *(Da muestras de impaciencia.)* Al habla. ¿Eres tú?... Nada... Nada... Tranquilízate. He afrontado la situación... Sí... Tienes razón... *(Pausa.)* Una chiquilla..., una verdadera chiquilla... Ni la más remota sospecha. ¿Qué dices, mi vida?

SAGR. *(Que vuelve muy de prisa.)* Milagro sería que no me hubierais contagiado la falta de memoria. Me he dejado los guantes... *(Viendo a Fernando sin moverse, como petrificado, junto al teléfono.)* ¿Pero no estabas telefoneando?

FERN. *(Confuso.)* No he conseguido todavía que me den comunicación. ¡Estas señoritas son un encanto! Se lo estaba diciendo..., se lo decía... *(Aturdido, ha dejado el auricular encima del sombrero.)*

SAGR. *(Viéndole, junto a la mesa de despacho, buscar sobresaltado.)* ¿Pero qué es lo que buscas?

FERN. *(Siguiendo la mirada de Sagrario, le ve.)* Está aquí. *(Suena el timbre del teléfono. Sagrario, instintivamente, coge el auricular. Fernando, sin poderse contener.)* ¡No!

SAGR. *(Con el auricular en la mano.)* ¿Por qué?

FERN. *(Esforzándose por ocultar su sobresalto.)* Porque... porque... ¡aviados estaríamos si contestásemos siempre que llaman! *(Le echa el brazo por la cintura y la lleva cariñosamente hacia la puerta.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Terraza de un hotel en Ribadesella, linda playa de Asturias; sillas, butacas y mesitas de mimbre. Al foro, una balaustrada.

Cuando se levanta el telón, Sagrario se halla sentada haciendo un trabajo de crochet. Son las diez de la mañana.

ESCENA I

SAGRARIO, FERNANDO y un CAMARERO.

CAMAR. *(Que entra llevando en una bandeja cartas y periódicos.)* Señora, el correo.

SAGR. *(Recogiéndole.)* ¡Oh, gracias! ¡Cuánta cosa!... *(El Camarero sale.)*

FERN. *(Que entra por la derecha con aire de preocupación, va*

a sentarse en un sillón inmediato a la mesita ante la que está Sagrario.) ¡Hola!

SAGR. ¿Te has bañado?

FERN. Sí. *(Viéndolos.)* ¿Llegaron los periódicos? *(Coge uno, le quita la faja, le desdobla y lee.)*

SAGR. *(Que está abriendo las cartas desde que se las entregaron, termina la lectura de una y la ofrece a Fernando.)* Es de mamá, desde Zarauz. Envía saludos para ti.

FERN. *(Sin darle importancia y continuando la lectura del periódico.)* Gracias.

SAGR. *(Abriendo una carta.)* ¡Oh, de Elena! *(Lee. Fernando, que se ha sobresaltado, procura disimular haciendo que sigue leyendo el periódico, pero contemplando de reojo a su mujer. Otra larga pausa. Sagrario leyendo en voz alta.)* «Pregunta a tu marido si presentó el recurso relativo a mi pleito. Me parece que se ha vuelto un poco perezoso. No sé si es el calor o eres tú.» *(Hablando.)* ¿Has oído?

FERN. *(Con fingimiento.)* ¿Qué?

SAGR. Creí que me habías oído... Elena que me pregunta si presentaste el recurso...

FERN. *(Con un gesto de cansancio.)* ¡Pesada!... Prefiero veinte clientes hombres que un cliente mujer.

SAGR. ¡Claro! Se gana diecinueve veces más.

FERN. Y marean menos.

SAGR. *(Riendo.)* ¡Mira que echarme a mí la culpa de tu pereza!

FERN. ¡Estúpida!... *(Continúa leyendo el periódico. Larga pausa.)*

SAGR. *(Que ha continuado leyendo la carta de Elena.)* Oye, oye... Dice que va a venir. Que ha de trasladarse a Gijón desde Santander, que es donde está, y que va a enterarse si para llegar hasta aquí no tendrá que desviarse mucho. Mira, mira. *(Leyendo.)* «Si el domingo vienen los de Campos, es fácil que vaya a abrazarte el lunes...» *(Hablando.)* Lunes es hoy... *(A Fernando, que sigue haciendo que lee.)* ¿Has oído?

FERN. *(Como si cayera de las nubes.)* ¿El qué?

SAGR. Lo que me dice Elena... ¿Pero en qué estás pensando?

FERN. Desde luego no en la carta de esa ridícula.

SAGR. Dice que llega hoy.

FERN. *(Dominándose.)* Si lo sé antes me marcho yo.

SAGR. ¡Muy bonito! Estaría bueno que por privarla a ella de tu presencia...

FERN. ¿El qué?

SAGR. Que me privases a mí también.

FERN. Gracias, nena. Tienes razón. Tú eres siempre muy amable conmigo. Pero... ¿me dejas que te lo diga? Desde hace algún tiempo, esta amabilidad..., no sé..., me parece que tiene un extraño sabor de ironía...

SAGR. ¡Fernando!... ¡Qué cosas dices!... Te he querido siempre lo mismo... Lo sabes bien.

FERN. Sí, lo sé... *(Poniéndose en pie y paseando.)* Perdóname. Será tal vez una injustificada sospecha, una...

SAGR. Equivocadísima, créeme. ¿Es que soy yo capaz de mentirte mientras te trato con ternura, la manera menos noble de engañar?

FERN. ¿Lo dices acaso por mí? Porque cada vez me muestro..., no sé..., me muestro más necesitado de tus caricias.

SAGR. *(Bajando los ojos.)* ¡Qué cosas dices, Fernando! Lo digo por mí. ¿Es, acaso, que... vas a sentir celos?

FERN. Debería sentirlos. No me negarás que ese majadero de Ruipérez te corteja...

SAGR. ¡Estáis locos! Tú y él. ¡Más tú que él!

FERN. ¿Pero te corteja, o no?

SAGR. ¡Por Dios! Si hubiera de permitir que me hicieran la corte no sería nunca a un pobre fondista tan grotesco... Pero lo dices en un tono que me obligas a contestarte una cosa que no querría...

FERN. *(Con ansiedad.)* ¿El qué? *(Se sienta sobre la mesita, muy nervioso.)*

SAGR. *(Con calma.)* Que generalmente..., mira que digo «generalmente»..., los hombres que dicen a sus mujeres estas cosas lo hacen... para... para... ¿Debo decirlo?

FERN. Dílo. Anda...

SAGR. Para preparar la coartada.

FERN. No entiendo...

SAGR. ¿Que no entiendes? ¡Estoy casi segura!

FERN. Sigo sin entenderte...

SAGR. *(Siempre con calma.)* Cuando un hombre engaña a su mujer y tiene el temor de ser descubierto de un momento a otro... *(A un movimiento de él.)* No me refiero a ti. ¡Líbreme Dios! Este hombre tiene un gran interés, casi un gran deseo de poder atribuir a su mujer..., ¿cómo te diré yo?..., el salto de fronteras... Prepara, según la frase diplomática, el «casus foederis».

FERN. ¿Y crees que es éste mi interés?

SAGR. ¡Pero si te he dicho dos, tres, cinco veces que no me refiero a ti!

FERN. Haces filosofía conyugal en abstracto, vamos.

SAGR. Exactamente.

FERN. Pero la estás haciendo a todas horas va para tres meses.

SAGR. ¿Y qué? En estas cosas más vale hacer filosofía en abstracto que crónica concreta.

FERN. Sí... Pero ya resulta enojoso.

SAGR. Entonces hablemos de otra cosa. *(Se pone a examinar los periódicos, quitándoles la faja, y de entre ellos extrae una carta.)* ¡Oh, mira!... *(Entregándole la carta.)* Es para ti... Estaba entre los periódicos... Perdona.

FERN. *(La coge precipidamente, la mira, se excita y la guarda en el bolsillo.)* ¡Oh! *(Se pone en pie y comienza a pasear.)* ¿Has visto de quién es?

SAGR. *(Calmosa.)* No me he fijado.

FERN. *(Con violencia.)* Es de Elena.

SAGR. *(Indiferente.)* Te escribirá sobre su pleito. *(Riendo.)* No se fía de mi influencia sobre tu actividad... Ya ves, me dice que yo tengo la culpa de tu pereza... *(Mientras hablaba ha abierto un periódico de modas. Mostrándosele a Fernando.)* Esto es... Mira Fernando... Este es el modelo que me gusta... *(Se pone en pie y va junto a Fernando con el periódico abierto.)* ¿Te agrada?

FERN. *(Distraído.)* Sí...

SAGR. ¿Me lo encargo?

FERN. Lo que tú quieras. ¿Te niego yo algo?

SAGR. *(Acariciándole.)* Tienes razón. No estableces distingos entre las necesidades y los caprichos. ¡Eres muy bueno! *(Vuelve a acariciarle.)*

ESCENA II

DICHOS, MAURICIO y RUIPÉREZ.

RUIP. *(Sorprendiendo a Sagrario que acaricia a Fernando.)* ¡Oh, perdón!... *(Volviéndose a Mauricio.)* ¿Que le decía yo a usted hace un momento? Que si se quiere saber lo que fué el amor, el verdadero amor ha de irse a buscar entre los matrimonios viejos. Los de ahora resultan... imprudentes... ¡Materialismo de los tiempos!

FERN. *(Molesto, para sí.)* Otra filosofía. ¡Filosofía de fondista!

SAGR. *(Después de haber reído la frase de su marido, a Ruipérez.)* Cuando usted vea a una mujer acariciando a su marido diga que le ha sacado algo: por lo menos un traje. Como yo ahora.

MAUR. ¡Pobre Fernando!

FERN. Sí... ¡Materialismo de los tiempos!

RUIP. ¿Se ha bañado, señora? ¡Oh, es verdad, que usted no se baña!

FERN. Es uno de los grandes contrasentidos de las mujeres... de ahora: salir de baños para no bañarse.

SAGR. Mi marido no me perdona mi capricho de haber querido visitar esta playa.

FERN. ¿Por qué no he de perdonarte? ¡Ya lo creo!... Lo digo porque hasta este, ningún verano te interesó el mar...

RUIP. A una mujercita como usted yo se lo perdonaría todo. Lo que no puedo perdonarla, como concurrente a la playa, es que no la frecuente más, privando con ello a mis ojos de un gozo estético de los más exquisitos.

MAUR. *(A Fernando.)* Oye... Yo no sé como fondista, pero como tonto lo es de primera categoría...

FERN. *(A Mauricio.)* ¡Es insoportable!

SAGR. *(Con coquetería.)* No me galantee, que mi marido puede molestarse.

FERN. ¿Qué dices, Sagrario?

SAGR. Daba un consejo a este caballero.

RUIP. Mejor que consejo, lección. *(Avanza con ella hacia la balaustrada conversando. Fernando y Mauricio se sientan y siguen la conversación iniciada antes.)*

FERN. ¡Estoy negro..., desesperado!

MAUR. ¿Por qué?

FERN. ¿Te parece poco motivo una situación como la que estoy viviendo?

MAUR. ¡Tú te lamentas del buen tiempo, hijo mío! Tu mujer es de una serenidad angelical, de una conformidad ejemplar, de una afectuosidad envidiable... ¿Qué más quieres?

FERN. Quiero... quiero... ¡Ni siquiera sé lo que quiero! Me veo en una situación ridícula ante mí mismo. ¿Tú has visto alguna vez un gato dando vueltas para morderse la cola? Pues me parece que ésta es mi situación ante los demás.

MAUR. Como espectáculo de playa tiene el encanto de ser nuevo. No creo que sea frecuente aquí en Ribadesella...

FERN. *(Irritado.)* Oye: te ruego de una vez para siempre que no tomes a broma mis preocupaciones, mucho más cuando tú eres el causante de este estado de cosas...

MAUR. ¿Yo? ¿A que va a resultar que te presenté yo a doña Elena?... Además, ¿cuál es el estado de cosas? Tu mujer está contenta, cariñosa, confiada...

FERN. ¿Le has preguntado? ¿Has sacado algo en limpio?... Te llamé para ver si conseguías...

MAUR. Nada, chico... ¡Ni una palabra! Cada vez que rozo el equívoco ríe... Nada más que reír...

FERN. ¿Ríe? *(En este momento, Sagrario, que habla con Ruipérez, da una risotada.)*

MAUR. Ríe... Sí... ¿No la oyes?

FERN. ¿Pero no te dice nada por lo que podamos inferir...?

MAUR. ¿Qué quieres que me diga? A mí menos que a nadie. Me has presentado como un desconcertado, como un distraído, como un loco..., y, ¡claro!, ¿qué quieres que me diga a mí? Soy el menos indicado para recibir confidencias.

FERN. ¡Ella lo sabe, lo sabe todo!

MAUR. Lo sabrá, pero no lo creerá.

FERN. No... Es en lo que más fácilmente creen las mujeres. Mucho más fácilmente que en el cariño del marido.

MAUR. Pues será que no le importa.

FERN. ¿Qué dices, majadero? ¿Cómo no ha de importarla el que yo...?

MAUR. Pues si lo cree y la importa y se calla, ¿qué más puedes pedir? Con que abandones de una vez a doña Elena, si ella te pregunta algún día podrás decirle que es un hecho que... pasó a la historia. Ahora, si lo que quieres es continuar con doña Elena... simultaneando...

FERN. A Elena la he dejado.

MAUR. No es verdad: continúas.

FERN. Continúo; pero de otra manera.

MAUR. Como los ministros dimisionarios: sigues encargado para los asuntos administrativos exclusivamente. Pero... en tanto, administras.

FERN. No, no es como antes. Lo que puede pensar esta mujer que disimula y calla un día y otro día, un mes y otro mes, me crea un estado de impaciencia y de angustia que me ahoga... No es como antes, no. Donde antes encontraba una satisfacción encuentro ahora una inquietud, una tortura... Sin embargo..., no sé..., si ella supiera algo estoy seguro de que me lo habría dicho...

MAUR. Pues si lo crees así, ¿por qué te atormentas?

FERN. Mira... Yo hubiera preferido que se hubiera desencadenado contra mí como una furia; que hubiera echado a Elena, que hubiera intentado la separación, que hubiera gritado, que hubiera llorado, que hubiera hecho... ¡lo que hacen todas!

MAUR. ¡Que se hubiera vengado... imitándote, vamos!

FERN. *(Rápido.)* ¡Eso no!

MAUR. ¡Egoísta!

FERN. Si hubiera hecho eso..., lo que debía hacer..., habría conseguido enmendarme. ¡Pero así...! Si estoy con la otra me creo acechado por mi mujer; si vuelvo junto a mi mujer me parece renunciar para siempre a algo de lo que mi voluntad no quiere alejarme. *(Respirando*

como el que no quiere ahogarse.) En definitiva: vivo con la sensación de que las dos, una contra la otra, se están peleando y de que me han elegido a mí como campo de su duelo.

MAUR. ¿Y a cuál de las dos auguras la victoria?

FERN. No lo sé.

MAUR. A las dos, seguramente.

FERN. No lo sé... En algunos momentos pienso que mi mujer no sabe nada y razono y me ratifico en la idea de que, efectivamente, nada sabe; pero apenas me sitúo en esta certeza, automáticamente, rectifico y creo que lo sabe todo y que está meditando su venganza... ¿Pero cuál puede ser ésta en fin de cuentas? ¿A qué espera después del tiempo que va pasando? Ahora mismo, hace unos minutos, entre las cartas y periódicos que ha traído el cartero, y le han entregado a ella, había una de Elena para mí... Ella la ha recibido precisamente con otra también de Elena para ella...

MAUR. ¿Y qué ha hecho?

FERN. Entregármela. Yo la he dicho: «¿Sabes de quién es? De Elena.» Y ella me ha contestado: «Será hablándote de su pleito.» Y ha cambiado de conversación.

MAUR. ¡Estupendo!

FERN. ¿Te parece estupendo? Pues ¿y esto de haberse obstinado en venir a Ribadesella, que no conocía ni de nombre?...

MAUR. Me ha dicho, me parece, que la había hablado Elena del paisaje, del mar, del clima...

FERN. Elena me ha jurado que no es verdad.

MAUR. ¡Quién sabe! Puede haber sido una estratagema de Elena para despistarla. Y luego, quizás no se haya atrevido a decírtelo. Tienes que ver que es mujer, y que seguramente no renunciará a seguir una táctica suya exclusivamente...

FERN. No... En la carta que hoy recibió de Elena, ésta la dice que ha de ir a Gijón desde Santander, y que va a informarse de si para acercarse hasta aquí no tendrá que apartarse mucho... Luego no la ha dicho que ha estado antes...

MAUR. ¡Cualquiera entiende a las mujeres!

SAGR. *(Que en este momento se asoma, inclinándose sobre la balaustrada, se vuelve hacia Fernando muy alegre.)* Mira, Fernando, mira... ¡Ahí está Elena!

MAUR. ¡Y te la anuncia! Anda, quéjate.

ESCENA III

DICHOS y ELENA.

SAGR. *(Avanzando hacia la derecha al encuentro de Elena.)* ¡Qué alegría!

ELENA. ¡Oh, Sagrario! *(A Fernando.)* Buenos días, Albar.

FERN. *(Con sequedad.)* Buenos días, señora.

ELENA. *(A Mauricio.)* Amigo Nombela...

MAUR. Bien venida, señora.

SAGR. *(Presentando a Ruipérez.)* El señor Ruipérez. Mi amiga Elena.

RUIP. ¡Encantado, señora!

FERN. *(Aparte a Mauricio.)* ¿Se puede pedir más? ¿Qué me dices?

MAUR. *(También aparte.)* Convéncete: ella te ve por encima de todas las sospechas. Suele ser el castigo que recibís los malos maridos.

RUIP. *(A Elena.)* La estoy mirando, señora, y aseguraría haberla visto antes de ahora... Creo que en este mismo hotel el año pasado.

ELENA. *(Haciéndose la sorprendida.)* ¿A mí?

FERN. *(Aparte a Mauricio.)* ¿Pero tú oyes? ¡Es la catástrofe, que sigue amenazándome!

RUIP. *(A Elena.)* Sí..., con su marido. Nosotros los directores de hoteles somos muy buenos fisonomistas.

SAGR. *(A Ruipérez.)* Es viuda mi amiga...

RUIP. *(Con tristeza.)* ¡Ah!... ¿Murió el pobre?

MAUR. *(Aparte a Fernando.)* Afortunadamente, ¿verdad?

SAGR. *(A Ruipérez.)* Murió... hace seis años.

RUIP. Entonces...

MAUR. *(Levantándose; a Ruipérez para terminar.)* Entonces, usted, que por su profesión es coleccionista de fisonomías, confunde esta vez a dos personas que se parecen. ¡Nada más!

SAGR. *(Con naturalidad.)* Sucede con frecuencia...

RUIP. *(Sin darse por convencido.)* Quizás. *(Elena y Sagrario han avanzado hasta la balaustrada y hablan animadamente.)*

MAUR. *(A Ruipérez para que le oiga también Fernando.)* La estancia aquí de la señora...

RUIP. *(Interrumpiéndole.)* ¡Sí, sí!... Creo que también estaba usted aquí en aquellos días.

MAUR. Pero aquélla no era ésta.

RUIP. ¿Está usted seguro?

FERN. *(Aparte a Mauricio.)* Te ruego que te lo lleves, o la emprendo con él a bofetadas.

RUIP. *(A Fernando.)* ¿Decía, señor Albar...?

FERN. Nada.

RUIP. ¡Ah! Creía que también usted...

MAUR. *(Aparte a Fernando.)* Este acaba por conocerte a ti también.

RUIP. *(Mirando a Elena.)* Sin embargo...

FERN. *(Excitado.)* ¡Acabemos ya!

RUIP. *(A Mauricio, aludiendo a Fernando.)* ¿Qué dice?

MAUR. Nada. Era a mí... *(Cogiéndole de un brazo.)* Le invito a usted a vermutear... *(Avanzan conversando.)*

SAGR. *(A Elena.)* ¿Pero por qué has de marcharte tan pronto? No te dejo..., no te dejaremos.

ELENA. He de estar esta tarde en Gijón. Me he detenido sólo por abrazarte y hablar un momento con tu marido de mi dichoso pleito...

SAGR. Podéis hablar aquí mismo. Este hotel está siempre desierto...

ELENA. *(Acercándose a Fernando.)* Señor Albar..., ¿permite usted que le importune una cliente?

SAGR. Os dejo... *(Alcanzando a Mauricio y a Ruipérez.)* Voy a acompañarles en su paseo.

RUIP. *(Muy contento.)* ¡Señora!... ¡Dichoso con su compañía!... *(Salen los tres por la derecha.)*

ESCENA IV

ELENA y FERNANDO.

FERN. *(Colérico.)* ¡Me agradaría saber qué es lo que vienes a hacer aquí!

ELENA. *(Con humildad.)* Sagrario me escribió invitándome a hacerle una visita... Y yo no puedo soportar el no verte... No sé vivir lejos de ti... Además, no contestas mis cartas... Los sentimientos de mi corazón quieres acallarlos, no ya con indiferencia..., ¡con crueldad!

FERN. ¡Nada de crueldad mía!... ¡Imprudencia tuya! Bien pronto has visto cómo te ha reconocido ese majadero. ¿Crees que mi mujer no lo ha notado? Disimula, calla; pero se entera... Acumula odio contra mí, contra ti... A cualquier sitio podías haber acudido menos aquí. ¿Es verdad que la has recomendado tú este pueblo?

ELENA. ¿Yo? No hemos hablado nunca de él.

FERN. *(Más nervioso.)* ¡Es una nueva prueba de que lo sabe! ¡Una más!...

ELENA. A mí me dijo que se le habían recomendado unas amigas.

FERN. ¿Quiénes?

ELENA. No me lo dijo.

FERN. ¡Naturalmente!... ¡Como que no podía decírtelo! Ahora todo está claro. Primero me hizo traerla a ella... Luego consiguió que vinieras tú... Y ahora el escándalo, que provocará de un momento a otro, ayudada por ese majadero, que también me reconocerá a mí... ¡La catástrofe, la catástrofe!

ELENA. No te exaltes...

FERN. Sí. ¡La catástrofe! Es su venganza, preparada minuciosamente, con crueldad digna de sus celos o de su maldad, reconstruyendo fechas y lugares para hundirnos en la humillación y en el ridículo... ¡Ella lo sabe, lo sabe todo! Lo sabe y ha callado, preparando su revancha... Yo te escribí diciéndote que me esperases en Santander...

ELENA. *(Con tristeza.)* ¡Y hace quince días que te espero!

FERN. *(Un poco calmado.)* También esperaba yo el momento de poderla decir: «Voy unas horas a Santander.» Pero no he encontrado ocasión; temía que sospechara, temía el escándalo, la venganza, la catástrofe que hubiera surgido inevitable... ¡No, no!... Ella me acecha, me espera, está segura de cogerme...

ELENA. Es una obsesión tuya. Ella no sabe nada.

FERN. *(Excitado.)* No digas eso...; me lo dicen todos sus actos.

ELENA. ¿Quieres leer sus cartas?

FERN. No. ¡Si finge hablando, figúrate escribiendo!

ELENA. ¿Y si resultase que tiene un amante?

FERN. ¡Elena! ¡Eso es una vileza! Lo dices para apartarme de ella, para sembrar en mí la duda..., la sospecha... ¡No es digno de ti eso!

ELENA. ¡Te juro, Fernando, que lo creo! Sin pruebas, pero fundadamente y en apoyo de lo que tú dices. Si lo sabe, como afirmas, y calla, ¿no será para preparar la coartada?

FERN. *(Bruscamente.)* Son sus mismas palabras... ¡No! Tu buscas argumentos para atacarla, con los que al mismo tiempo me hagas sufrir a mí...

ELENA. ¡Yo soy la que sufro! Es tu proceder el que me hace sufrir... Ella no me importa. Ni ella ni su venganza, si llega algún día. Me importas tú, tú, que no me quieres, que no tienes interés en saber de mí... ¿Por qué no me lo dices francamente? Dímelo... He venido para oírtelo decir...

FERN. No puedo decírtelo. Te quiero todavía, te querré siempre. Sólo espero hallar una salida a esta ridícula situación para entregarme a ti por completo... Y te juro que

si esto se prolonga acabaré por decírselo todo y huiré contigo..., para ser siempre tuyo, sólo tuyo. Cuando se tiene una mujer y una amante no es que se quiere a las dos: es que no se quiere a ninguna. Y yo te quiero a ti, a ti solamente...

ELENA. No te ofusques, Fernando. Piensa que yo te quiero tanto..., tanto, tanto que no puedo mentirte. No te atormentes creyendo en una situación que sólo tiene existencia en tus suposiciones. No destruyas una felicidad real por una infelicidad fantástica... Espera.

FERN. Sí, sí... Me doy cuenta de que debería resignarme, esperar... No anticiparme a ella... *(Llevándose las manos a la cabeza con desesperación.)* Pero no puedo desechar esta pesadilla... ¿Por qué calla?

ELENA. Porque no sabe nada.

FERN. ¡Eso es absurdo! Hace un momento acaba de ver, con otras que ha traído el cartero, la última carta que me has escrito.

ELENA. *(Asustada.)* ¿Y qué?

FERN. ¿Ves?... ¿Ves cómo te alarmas?

ELENA. No, no me alarmo: te pregunto. ¿Qué te ha dicho?

FERN. Nada.

ELENA. Eso prueba que tengo razón.

FERN. ¡No!... ¿Tú crees que una mujer que ve una carta dirigida a su marido no pregunta siquiera?... *(Excitándose.)* ¡Por Dios Santo!... ¡Está preparando el castigo!

ELENA. El castigo nos lo estamos imponiendo nosotros sin que ella intervenga. ¡Es grotesco, Fernando!

FERN. Pero si yo te quiero...

ELENA. ¿Cómo?... El cariño, como todas las cosas buenas o malas, tiene su parábola: una vez que empieza a descender... Estas preocupaciones hacen que tu interés por mí disminuya; ya verás cómo acaba desvaneciéndose.

FERN. No nos dejemos llevar de sentimentalismos... hoy precisamente.

ELENA. Y precisamente en este sitio, podías añadir... En esta terraza que sabe de nuestras ilusiones... ¿Lo recuerdas?

FERN. *(Con fastidio.)* Sí..., sí... Lo recuerdo.

ELENA. Preferiría que lo hubieras olvidado a que lo recuerdes con desagrado.

FERN. Te lo dije en Madrid: ten paciencia..., espera; es un paréntesis...

ELENA. Un paréntesis que vives con ella, alejado de mí...

FERN. Pues mira: he llegado a esta curiosa inversión de situaciones. Me siento más libre, más expansivo, más dueño

de mí, hasta para hablar contigo, cerca de ella que lejos de ella.

ELENA. ¡Oh!

FERN. Es así... ¿Qué quieres? Es así... No digo que no me acostumbraré; a todo se acostumbra uno. Pero, entretanto..., no sé. Me parece que todo sigue un camino previamente trazado: la invitación que te hizo para que vinieras...; tu carta...; el hombre ese que te reconoce... ¡Todo, todo! Todo me da la sensación de un plan de venganza, que estallará de un modo formidable, monstruoso..., quizás dentro de unos minutos. *(Pausa breve.)* Por ello yo te ruego que te vayas: a Gijón, a Santander, a Madrid..., donde quieras, pero que te quites de en medio.

ELENA. ¿Me echas?

FERN. No te echo: te ruego que te vayas. Si ella tiene un plan, debe estar en nuestro interés estropeársele. Vete.

ELENA. Había accedido a quedarme dos o tres días...

FERN. Busca un pretexto.

ELENA. ¿Otro olvido?

FERN. Diré que te lo he aconsejado yo porque tienes que practicar una diligencia relacionada con tu pleito.

ELENA. ¡Oh, Fernando!... *(Sollozando.)* Es que no...

FERN. ¡No llores, cállate! Si de verdad me quieres...

ELENA. ¡Si te quiero!

FERN. *(Viendo llegar a Sagrario.)* Espera...

ESCENA V

DICHOS y SAGRARIO.

SAGR. *(Alegre, sonriente.)* ¡Ja, ja, ja!... He dejado a Nombela y a Ruipérez discutiendo... Creo que si continúan acabarán por llegar a las manos...

FERN. *(Sorprendido.)* ¿A las manos?... ¿Por qué?

SAGR. *(A Elena.)* Por ti.

ELENA. *(Conteniéndose.)* ¿Por mí?

SAGR. Ruipérez se ha empeñado en identificarte... Sigue creyendo que eres la del año pasado...

FERN. *(Nerviosísimo.)* ¿Pero Mauricio discute con un majadero como ese?

SAGR. *(A Fernando.)* Te aseguro que si les oyeras te reirías, como yo me he reído.

FERN. ¿Yo? Yo, no...

SAGR. *(Dándose cuenta del estado de ánimo de Elena.)* ¿Pero qué te sucede?

ELENA. *(Cariñosa.)* Nada...

FERN. *(Rápido.)* Está preocupada por su pleito.

SAGR. *(A Fernando.)* Pero si está siempre lo mismo ese asunto: en «stato quo ante», como tú dices.

FERN. Ahora se ha conocido la tesis del abogado contrario, y yo acabo de exponerla mis dudas sobre el fallo definitivo... Ello la obliga a trasladarse a Madrid en seguida.

ELENA. Sí...

SAGR. ¡Es singular!... ¡Luego dicen que somos curiosas las mujeres!... Tanta confianza como hay entre nosotras, y nunca te he preguntado por lo que pleiteas... Y eso que desde hace un poco tiempo te veo preocupada..., abatida..., intranquila...

ELENA. ¿A mí?

FERN. ¡Es natural! Se ventilan grandes intereses... Te lo dije yo... Son líos de su pobre marido...

SAGR. Pero tu viaje no será tan urgente... Quédate hoy, por lo menos. Mañana es fiesta y no podrás hablar con nadie... Además, que yo te consolaré, te animaré...

ELENA. No: debo marchar hoy.

SAGR. ¡Bah!... Díselo tú, Fernando.

FERN. *(Iracundo.)* ¿Yo?... ¿Ser yo quien la retenga?

SAGR. Pero ¿por qué?... ¿Qué tiene de particular?

FERN. *(Conteniéndose.)* Nada... Pero yo soy su abogado y acabo de aconsejarla que marche en seguida porque así conviene a sus asuntos... ¿Cómo el amigo va a rectificar al abogado por una cuestión de sentimientos?

SAGR. *(Acariciándola.)* ¡Pobrecilla!... *(A Fernando.)* ¡Eres cruel!... ¡Mírala qué necesitada está de consuelo!... *(Con mimo.)* No quiero que se vaya... Y ella se quedará, porque quedándose me complace.

FERN. ¡Y por complacerte quieres que ponga en peligro sus intereses! ¡Vaya una amistad!

ELENA. *(A Sagrario.)* Sí, querida; deja que me marche. También yo lo siento.

SAGR. Si la amistad no sirve en las horas de angustia no sé para cuando va a servir. *(A Fernando.)* Eres tú quien no la quiere.

FERN. *(Para sí.)* ¡Yo estallo! *(Decidido.)* ¡Ea, acabemos esta discusión estúpida!

SAGR. Pero ¿por qué ha de ser estúpida? Te ruego que trates con más respeto a mis amistades... Elena es mi amiga.

FERN. *(Procurando contenerse.)* ¡Oh, sí!... Y yo soy su abogado. Y al abogado hay que obedecerle como al médico.

ELENA. *(Resignada.)* ¡Es verdad!

SAGR. *(A Elena.)* ¿Pero tú te sometes?
FERN. Tiene fe en mí... Ello te debería satisfacer.
SAGR. *(A Elena.)* Hazme caso a mí: cambia de abogado.

ESCENA VI

DICHOS y MAURICIO.

MAUR. ¡Santo Dios, qué hombre! Creí que no iba a conseguir verme libre de él... Ahora ha cogido por su cuenta a Mariano Zabala..., ¡que aviado va! *(Sagrario y Elena hablan en voz baja.)*
FERN. *(A Mauricio.)* ¿Sobre el mismo tema, por supuesto?
MAUR. ¡Naturalmente!
FERN. He hecho bien ordenando a Elena que se vaya.
MAUR. ¡Muy bien! *(Siguen hablando en voz baja Mauricio y Fernando.)*
SAGR. *(A Elena.)* ¿Pero de veras vas a dejarme?
ELENA. No tengo más remedio.
SAGR. ¿Es tan importante lo que tienes que hacer que no puedes aplazarlo ni un día siquiera?
ELENA. *(Muy cariñosa.)* No es posible, hijita. Hasta tengo que renunciar a ir a Gijón. Debo llegar a Madrid mañana. *(A Mauricio.)* ¿Sabe, Nombela, a qué hora sale tren para Madrid?
FERN. A la una y veinte minutos, para poder empalmar esta tarde en Oviedo.
SAGR. *(A Fernando.)* Tú tienes la culpa de que se vaya. *(Sagrario y Elena siguen hablando.)*
MAUR. *(A Fernando en voz baja.)* ¡Es admirable! Trata de convencerte para que le permitas que se quede.
FERN. *(A Mauricio en el mismo tono.)* Lleva así media hora... Pero, oye, ¿qué te decía el majadero de Ruipérez?
MAUR. Insistía en que era Elena la misma del año pasado.
FERN. ¿Y tú...?
MAUR. Yo le llevaba la contraria, naturalmente.
FERN. ¿Y por qué no le has tirado al mar?
MAUR. Por tu mujer.
FERN. ¿Por mi mujer?
MAUR. Porque escuchándonos se divertía.
FERN. Había un medio de cortar la discusión. Decirle en voz baja al animal ese: «Está usted haciendo el camello: la señora del año pasado estuvo con su amante, y no debe usted meterse en lo que no le importa.»
MAUR. ¡Como si tal cosa!
FERN. ¿Pero se lo dijiste?

MAUR. ¡Claro que se lo dije! *(Fernando y Mauricio siguen hablando en voz baja.)*

SAGR. Pero, mujer, ¿te vas a ir así? Por lo menos tomarás cualquier cosa...

ELENA. Gracias. Es que no tengo ganas..., que no puedo.

SAGR. Sí, sí... ¡A la fuerza!... Café, chocolate... Alguna cosa... *(Hace sonar un timbre y se presenta un Camarero.)*

CAMAR. ¿Deseaban...?

SAGR. Traiga un chocolate con bizcochos... *(A Elena.)* ¿Y si tomases unos fiambres?... ¿Un poco de ternera?...

ELENA. No..., no... Prefiero... *(Al Camarero.)* Eso... Un chocolate.

CAMAR. Muy bien. *(A Sagrario.)* ¿Y la señora?

SAGR. Nada. Gracias. *(El Camarero sale y vuelve a poco con el servicio.)*

ESCENA VII

DICHOS y RUIPÉREZ.

RUIP. *(Que llega muy acalorado, dirigiéndose a Mauricio.)* Ya estoy satisfecho... Satisfechísimo por saber que no me he equivocado. Yo soy así: digo que he visto a una persona y no falla... *(Contemplando a Elena.)* ¡Es la misma..., la misma! No hay mas que mirarla.

FERN. ¿Pero no ha terminado todavía?

RUIP. ¿Decía usted...?

MAUR. *(Interviniendo rápido.)* Nada... Hablaba conmigo. *(A Fernando.)* Déjale... Te lo ruego.

FERN. Quiero romperle la cara por animal... *(Viendo que Ruipérez se acerca a Sagrario y a Elena, que se sientan junto a un velador en que ésta toma el chocolate, mientras conversan animadamente.)* Va a hacerle también a mi mujer el elogio de su prodigiosa memoria...

MAUR. *(Llamándole.)* ¡Oiga, Ruipérez..., óigame!...

RUIP. *(Que vuelve junto a los dos hombres.)* ¿Deseaba...?

MAUR. Supongo que he hablado con un caballero y que el secreto que le he confiado con respecto a esa señora le mantendrá usted en el más riguroso silencio.

RUIP. ¡Por Dios!... Sin embargo..., me hará usted una pequeña concesión. Que, encargándole también el secreto, se lo diga a la esposa del señor... *(Señala a Fernando.)* para demostrarle que no me he equivocado...

FERN. *(Dando un salto.)* ¡Lo mato!

RUIP. *(A Fernando.)* ¿Decía usted...?

MAUR. ¡Oh, nada!... Hablaba conmigo.

RUIP. La esposa del señor se ha reído mucho a mi costa...
FERN. ¡Y ha hecho muy bien!
RUIP. ¿Decía usted...?
MAUR. Nada. Hablaba conmigo.
RUIP. ¡Pero cómo!... ¿Habla siempre con usted y me mira a mí?
MAUR. *(Sonriendo.)* Es que me gasta bromas, ¿sabe usted?...
RUIP. ¡... Y yo la quiero demostrar a la esposa del señor que no me confundo!
MAUR. ¡No!... Yo le ruego que ni siquiera a la señora... Son cosas delicadas y... precisamente las mujeres...
RUIP. Está bien. No la diré nada. Pero le aseguro a usted que si viniera también por aquí el caballero que acompañaba a esa señora le reconocería entre mil...
FERN. ¿Y si cuando le hubiese reconocido el caballero le rompía las narices?
RUIP. ¿Habla conmigo ahora?
FERN. *(Con violencia.)* ¡Sí..., hablo con usted!
RUIP. Entonces... el caballero es usted.
MAUR. *(Interviniendo imperiosamente.)* ¿Pero qué es lo que dice? *(A Fernando.)* ¿Te das cuenta de la que vas a armar?...
FERN. *(A Ruipérez.)* ¡Imbécil!
RUIP. ¿Habla conmigo?
MAUR. *(Interponiéndose rápidamente entre Fernando y Ruipérez, imperiosamente a este último.)* No..., no: habla conmigo... Pero no pierdan ustedes el tiempo... ¡Acompáñeme usted! *(Salen por la derecha.)*
SAGR. *(Levantándose y acercándose a Fernando, que ha quedado solo, inquieto, nervioso.)* Fernando: Elena no puede marchar... *(A Elena cogiéndole las manos.)* Estás mala... *(Otra vez a Fernando.)* Sé razonable también tú... *(A Elena de nuevo.)* Haz una cosa: sube a nuestra habitación y descansa un poco... Un par de horas... Marcharás en el tren de la tarde... ¿Verdad, Fernando?
FERN. *(Para sí.)* ¡Hasta a nuestra habitación va a llevarla!... Es trágica la burla... *(A ella.)* Sí...
SAGR. *(Que ha echado el brazo a Elena por la cintura y la lleva con ella.)* ¡Verás..., verás cómo te alivias!... *(Salen por la izquierda.)*

ESCENA VIII

FERNANDO. Después el CAMARERO.

FERN. *(Que ha quedado solo, se sienta nerviosamente, encien-*

de un cigarro y llama al Camarero, que acude en seguida.) Tráeme un vermouth.

CAMAR. En seguida, señor. *(Sale y reaparece a poco con el servicio. Mientras le prepara.)* ¿El señor querrá adquirir algunas papeletas de la rifa a beneficio de los náufragos de Ribadesella?

FERN. *(Llevándose la mano al bolsillo.)* ¿Qué náufragos?...

CAMAR. No sé, señor. La rifa se denomina así.

FERN. Siempre hay un Dios para los sinvergüenzas y una denominación para las rifas. Dame diez... ¿Cuánto son?

CAMAR. Tres pesetas cada una, señor...

FERN. ¡Ah, entonces dame cinco!

CAMAR. El señor adquirió más el año pasado.

FERN. ¿Yo?

CAMAR. Sí... El año pasado adquirió doce... Yo mismo se las di al señor..., lo recuerdo bien.

FERN. ¿Yo?... ¿El año pasado?... ¡Tú estás loco!

CAMAR. Estoy seguro, señor... Pero descuide el señor... En nuestra profesión estamos muy acostumbrados... El señor puede estar seguro de mí.

FERN. Entonces, oye... Si ese idiota del señor Ruipérez te preguntase...

CAMAR. ¡Oh! Me lo ha preguntado ya, señor... Pero... Para nosotros, los camareros, el silencio...

FERN. ... es oro. ¡Ya lo sé! *(Le da dinero.)*

CAMAR. *(Muy ceremonioso.)* ¿Cuántas papeletas he de darle al señor?

FERN. Ninguna. Guárdatelas todas. *(El Camarero hace una reverencia y sale.)*

ESCENA IX

SAGRARIO y FERNANDO.

SAGR. *(Que llega.)* Perdona, Fernando... *(Interrumpiéndose.)* ¿Por qué me miras así?...

FERN. *(Poniéndose en pie.)* No sé cómo quieres que te mire...

SAGR. Desde hace algún tiempo, cada vez que te voy a hablar pones una cara que parece que estás delante de un juez.

FERN. *(Esforzándose.)* ¿De veras?...

SAGR. *(Bajando los ojos, con timidez.)* No sé... Puede que sólo sea una impresión mía.

FERN. ¿Tenías algo que decirme ahora?

SAGR. Sí... Quería hablarte de Elena... ¿Qué le pasa a la pobrecilla? Lloraba...

FERN. ¿Lloraba? *(Ríe nervioso.)*

SAGR. ¿Pero te ríes?...

FERN. Mira, Sagrario... De algún tiempo a esta parte, cuando me hablas de Elena lo haces con un gesto irónico que me desconcierta... Ahora me vienes a contar que lloraba... Y acaso me vas a añadir que tú la has consolado...

SAGR. ¡Y así ha sido!

FERN. ¡Bueno, pues me vas a hacer el favor de no volver a hablarme de Elena!

SAGR. ¿Por qué?

FERN. ¡Porque lo quiero así, y ello debe bastarte!

SAGR. No, no me basta. Si tienes algo que reprochar de la conducta de Elena, yo debo saberlo.

FERN. ¡Oh, es inaudito! ¿De modo que si yo tengo algo que reprocharla debo írtelo a contar a ti?

SAGR. Es mi amiga...

FERN. ¿Y porque es tu amiga no quieres me ocupe de sus cosas?

SAGR. ¿Cómo?... ¿Cómo que yo no quiero?... Estoy censurándote la falta de interés que pones en sus cosas: lo contrario de lo que tú supones... Y, no; eso no debe ser... Elena es buena, es una infeliz... Acaso lo que yo sospecho...

FERN. ¿Qué sospechas?... ¡Oh!... ¡Acabáramos!... ¿El qué sospechas?

SAGR. Que esté enamorada... y que sea desgraciada.

FERN. *(Exaltado.)* ¿Y de quién?... ¿De quién crees que esté enamorada?... ¿Lo sabes tú?...

SAGR. Te lo pregunto a ti.

FERN. ¿A mí? ¿Precisamente a mí?... Mira, Sagrario; no hablemos más.

SAGR. Me callaré. *(Pausa.)* O por lo menos, para complacerte, no te volveré a hablar de ella. Pero hablaremos de ti...; de ti sí.

FERN. Bien...

SAGR. Pero has de serme franco..., decírmelo todo...

FERN. ¡Todo! Continúa...

SAGR. Díme por qué me tratas con despego..., con desconfianza...

FERN. ¿Y qué más?

SAGR. ¿Cómo «y qué más»?

FERN. ¿No tienes otra cosa que preguntarme?

SAGR. No. Si tú quieres, tienes ya bastante para contestarme. Desde hace algún tiempo me tratas con una dureza que no merezco. Quiero saber el motivo; quiero saber hasta dónde, cómo y por qué me he hecho merecedora de ese comportamiento tuyo. Tú sabes lo que yo te quiero y que no tengo nada que reprobarme.

FERN. Continúa... ¿Por qué te detienes?

SAGR. ¿Crees que hay algo en mi vida de lo que yo tenga que arrepentirme?

FERN. No.

SAGR. ¡Menos mal!

FERN. Pero habías dicho que hablarías de mí..., no de ti...

SAGR. Eres tú quien debe hablar de ti... De tu proceder...

FERN. ¿Sabes de él tan poco que necesitas que yo te informe?

SAGR. Desde el momento en que no quieres que hablemos de ciertas cosas...

FERN. *(Exaltándose.)* ¿De qué cosas?... ¿De que soy indigno contigo?... ¿De que te engaño?... ¿De que no merezco tu cariño?

SAGR. *(Con ternura.)* ¡Oh, no, no!... ¡Por Dios! *(Yendo hacia él y acariciándole.)* Yo no pienso eso, Fernando... Yo sé que tú eres digno de mí, que me eres fiel, que mereces todo lo que te quiero... Tengo otras dudas, otras preocupaciones, otros temores... Que los asuntos de tu bufete... Que los negocios...

FERN. *(Más exaltado, sin dejarle terminar, desasiéndose de ella.)* ¡Oh, eres insoportable!... ¡Los asuntos..., los negocios!... ¡Eres odiosa, odiosa!... ¿Y esto no es deseo de torturarme?... ¿Deseo de vengarte?

SAGR. *(Con ingenuidad.)* ¿De vengarme?... ¿Vengarme de qué?

FERN. No lo sabes, ¿verdad?

SAGR. No.

FERN. ¡Oh, no!... ¡No lo sabes! *(Riendo con nerviosidad.)* ¡No sabes nada!...

SAGR. *(Con humildad, acercándose a él para acaricarle.)* ¡No seas malo, Fernando!... No te exaltes...

FERN. *(Cada vez más exaltado.)* ¿Es que quieres hacerme pasar por loco?... ¿Es que te burlas de mí? ¡Pues acabemos! Tú sabes que Elena es mi amante..., ¡lo sabes! ¡Pues sí, es verdad!... ¡Es mi amante!... ¿Era esto lo que querías?... ¿Que yo te lo dijera?... Pues ya está; ya te lo he dicho. ¡Acabemos!... ¡No era posible resistir más!

SAGR. *(Tranquila, sin perder su aire de candor.)* Pero esto ya lo sabía yo...

FERN. *(Sentándose; desconcertado.)* ¿Lo sabías?... ¡Ah!... ¿Lo sabías?

SAGR. *(Mirándole con fiereza, siempre imperturbable.)* Sí...

FERN. *(Sin poder hablar, viéndola alejarse.)* ¡Ah!...

TELÓN

ACTO TERCERO

Lujoso comedor en casa de Fernando Albar. Puertas a derecha e izquierda y foro.

Al levantarse el telón, doña Laura—pelo blanco, simpática, aspecto de gran señora—aparece sentada en un sofá «perezosa» haciendo punto de media.

ESCENA I

DOÑA LAURA y FERNANDO.

FERN. *(Que llega por el foro con abrigo y sombrero, se despoja de ambas prendas inmediatamente. Después, casi jadeando.)* ¡Ya estoy aquí, mamá!

LAURA. ¿Qué hay, Fernando?

FERN. Nada, mamá... *(Se detiene un momento para respirar.)* Estaba arriba el ascensor y he subido de prisa la escalera...

LAURA. Siéntate aquí... *(Le indica un lugar en la «perezosa».)*

FERN. Voy a dejar esto... *(Alude al sombrero y al abrigo.)* Vuelvo en seguida... *(Desaparece un momento por la derecha, deja el sombrero y el abrigo y vuelve, sentándose junto a su madre.)* Pues... A las cuatro y media ha salido y ha ido a pie hasta la iglesia de San Luis. Yo la he seguido a distancia, discretamente, sin que me viera... Se ha arrodillado primero ante el altar mayor y luego ante otro altar de la derecha, y ha rezado algunos minutos... En seguida ha vuelto a la calle y se ha dirigido hacia la Gran Vía..., a la Avenida del Conde de Peñalver... Se ha detenido a mirar algunos escaparates, y al fin ha entrado... ¿Cómo se llama?

LAURA. ¿En alguna tienda?

FERN. Sí... Espera... Bueno... Una tienda de modas próxima al Casino Militar... Ha estado allí como diez minutos y ha salido de nuevo, siguiendo por la calle de Peligros... Siempre sola, seria, indiferente... Ha cruzado la calle de Alcalá, y por la de Sevilla se ha dirigido al Viena de la Carrera de San Jerónimo... Yo he entrado en el Continental de enfrente y he aguardado.

LAURA. ¿Seguro de que no se había dado cuenta de que la seguías?...

FERN. ¡Segurísimo!

LAURA. Ya sabes que en eso de fingir que no se da cuenta es... campeón mundial.

FERN. Sí, mamá... Pero hoy estoy seguro de que no se ha enterado. La he seguido muy a distancia y, además, tocado de un sombrero inverosímil. Una media hora después ha salido de Viena con mi cuñada Sara, su hermana, que debía esperarla para tomar el té... Eran ya pasadas las seis... Han vuelto por la calle de Sevilla a la de Alcalá, y han paseado a pie por la acera de la derecha hasta cerca de la Cibeles... Allí han encontrado unas señoras, las de Ferreté, amigos de mis suegros... Se han detenido con ellas unos minutos; luego han cruzado la calle, y por la otra acera, la de San José, han seguido paseando hasta la Puerta del Sol, donde he visto que las hermanas se despedían y Sagrario tomaba un tranvía para venir a casa... Entonces, calculando el tiempo que tardaría en llegar, he subido a un taxi para adelantarla... Y aquí me tienes. Ella debe aparecer de un momento a otro. *(Pausa.)* Como ves, también el resultado de la vigilancia de hoy le es favorable. *(Suena el timbre de la escalera.)* Ahí está...

LAURA. ¿Y era hoy cuando decía el anónimo?

FERN. *(Apenado, con vergüenza.)* No, mamá... No ha habido anónimo... Te lo dije... para justificar ante ti el espiarla.

ESCENA II

DICHOS y SAGRARIO.

SAGR. ¿Me he retrasado?

FERN. No mucho... Son las ocho menos diez.

LAURA. ¡Hola, hija!

SAGR. ¡Creía que era más tarde!... *(Quitándose el sombrero.)* ¡El bendito tranvía! *(Desparece por la derecha con el sombrero en la mano.)*

ESCENA III

DOÑA LAURA y FERNANDO.

LAURA. ¿De modo que no era verdad lo del anónimo?... ¿Tampoco el del otro día?...

FERN. ¡Perdóname, mamá!... Es que no sabía cómo llegar a hablarte de mis celos...

LAURA. ¡Hijo mío!... *(Le coge las manos y se las acaricia.)* Nadie mejor que una madre para comprender ciertas angustias... No es una vergüenza sentir celos... Menos

aun debe avergonzar a ningún hombre confiárselos a su madre... ¿En quién mejor puede depositar la reputación de su mujer?... *(Con otro tono.)* Pero lo que me alegra es que el resultado de tu investigación de estos días te haya despojado de esa cruz horrible...

FERN. *(Siempre triste.)* Sin embargo...

LAURA. ¿Sin embargo, qué?

FERN. No sé, mamá..., no sé... Hubiera preferido descubrir que tenía un amante...

LAURA. ¡Fernando!...

FERN. ¡Sorprenderla!... ¡Sentirme ofendido!...

LAURA. ¿Te has vuelto loco?

FERN. Me explicaré... Yo...

LAURA. *(Rápida, simultaneando la palabra y la acción de la mano, para interrumpirle.)* ¡No, no!... ¡Nada de explicaciones!... Que cuando te propones explicar algo acabas desbarrando, como te sucedió hace dos meses en Ribadesella: cuando dijiste a tu mujer que tenías una amante. ¡Honrosa noticia!... Y, al fin, para oír que tu mujer te contestaba: «Ya lo sabía.»

FERN. También yo sabía que lo sabía...

LAURA. ¡Pues no lo sabía! Mira tú lo que son las cosas... O, al menos, no tenía la certeza.

FERN. ¡Estaba segurísima!

LAURA. ¡Uhnn!... *(Haciendo un respingo.)*

FERN. Y, mira, mamá... ¡No estoy arrepentido de habérselo dicho! ¿Sabes por qué?...

LAURA. No...

FERN. Porque con ello la he desenmascarado. Y automáticamente he dejado de sentir remordimientos... que ella no merecía.

LAURA. ¡Cómo razonas!... Lo que ella no merecía es que la engañaras...,

FERN. Lo merecía... ¡Ten la seguridad!

LAURA. No... Tú mismo lo has reconocido dejando a esa mala mujer..., a esa Elena...

FERN. La he dejado; pero puedo volver a...

LAURA. *(Impetuosa, interrumpiéndole.)* ¡No hables así a tu madre!

FERN. ¡Sí, mamá!... Su silencio equivale a que se burlaba de mí; su burla supone que no me quería, y de que no me quiera a que pueda temer un amante...

LAURA. ¡No, no disparates!... Calló por táctica: para obligarte a hablar a ti... como hablaste. En cambio, si ella hubiera hablado, tú hubieses callado, hubieses negado, hubieses mentido.

FERN. Y después que yo se lo dije, ¿qué hizo? ¡Ni aparentó indignarse siquiera!...

LAURA. Si lo sabía, tu confesión no había de modificar su estado de ánimo.

FERN. ¡Muy bonito!... Así la sirve mi falta para que yo no hable de las suyas... ¡Oh, no! ¡Eso no puede ser!... Hay que poner las cartas boca arriba... Que cada palo aguante su vela... Si yo no he vuelto a ver a Elena, ¿por qué ha de seguir separándome... cortésmente; por qué no ha de cambiar su actitud para conmigo? Cuando persiste en ella, es que la conviene.

LAURA. ¡Hijo mío!... ¡Pero si te trata como podría hacerlo yo, que soy tu madre! Con solicitud, con delicadeza, con cariño...

FERN. Indicios seguros de la infidelidad de las mujeres...

LAURA. ...y de los hombres. Tú estás celoso porque no lo está ella. ¡Es el eterno juego del amor!

ESCENA IV

DICHOS y SAGRARIO.

SAGR. *(Que trae en la mano un cestito de mesa bordado.)* Mira, Fernando... ¿Te gusta?

FERN. *(Confuso.)* ¡Muy lindo!

LAURA. ¡De mucho gusto!

FERN. ¿Dónde lo has comprado?

SAGR. En la Avenida de Peñalver... ¿No me has visto, Fernando?

FERN. ¿Yo?

LAURA. *(Rápida.)* ¡Si no se ha movido de casa!...

SAGR. ¡Ah!... Me pareció verte de lejos. Y venía dispuesta a reñirte por haber salido sin estar completamente bien. Hubiera sido una imprudencia...

FERN. Ya te he dicho que no he salido.

SAGR. *(Que se ha dirigido a colocar el cestito sobre una mesa.)* ¡Mira..., mira qué bonito hace!... ¡Cuánto me alegro de haberle traído! *(Avanzando hacia Fernando.)* ¿Vendrá luego Mauricio Nombela?

FERN. Seguramente... Al menos, lo anunció.

SAGR. Voy a ver cómo va la comida. *(Sale.)*

ESCENA V

DOÑA LAURA y FERNANDO.

LAURA. ¿Has visto?... ¿La has oído?

FERN. ¡Para que te convenzas! Finge siempre. La has dicho

que yo no había salido, pero no te ha creído..., aunque haya hecho creer que te creía. Es así... Finge, finge... y calla. Es su sistema. Por el que estoy en constante ridículo.

LAURA. El ridículo esta vez te le has buscado tú, Fernando. Podías haberle dicho que viendo la tarde tan hermosa te habías decidido a salir, y has preferido negar... ¿Para qué? Así, ella, que está segura de haberte visto, pensará la verdad: que tienes celos y que la vigilas... Que tú, sin fundamento, haces lo que no hizo ella cuando tenía seguridad...

FERN. *(Excitándose.)* ¡Bueno, pues déjame!... ¡Déjame pensar, déjame decir, déjame hacer lo que me parezca!... *(Suena el timbre de la puerta.)*

LAURA. *(Que ha quedado contemplando a su hijo, sin contestar a sus últimas palabras.)* Debe ser tu amigo. Me voy... *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA VI

FERNANDO y MAURICIO.

MAUR. *(Por el foro.)* ¡Adiós, muchacho!

FERN. Hola, Mauricio. *(Se saludan dándose cariñosos golpes en la espalda.)*

MAUR. He venido un poco antes sospechando que tendrías cosas que contarme.

FERN. Y has acertado. *(Se sientan.)* Llevo dos días encerrado en casa, un poco malucho. Nada, sin embargo... Jaqueca. Hoy, a pesar de todo, he trabajado: he tenido que contestar una consulta por teléfono.

MAUR. ¡Pobre cliente! ¡En manos de un abogado... con jaqueca y por teléfono!... ¡No concibió tanto el gitano de la maldición!... *(Fernando sonríe.)* ¿Y de...? *(Hace indicaciones con la mirada y con la mano, de referirse a alguien que está en otras habitaciones de la casa.)*

FERN. ¡Nada!... Siempre la misma esfinge gentil y sonriente. ¡No puedo más!... Tengo que tomar una resolución... *(Exaltado.)* No sé... ¡Pero una!... ¡La que sea!

MAUR. ¿A Elena no volviste a verla?

FERN. No; ni quiero saber de ella. ¡La odio!... ¡Odio a todas las mujeres!

MAUR. ¡Excepto a la tuya, naturalmente!

FERN. Excepto a la mía..., sí. ¡Oh! ¡Si no la quisiera! Me separaría.

MAUR. ¡Cuidado con las separaciones!... Que a tu edad, sepa-

ración hoy es unión mañana... Es substitución. *(Silabeándo la palabra.)*

FERN. Déjate de bromas. La realidad es que yo no puedo vivir como vivo. Yo la quiero y ella me odia. Yo sufro y ella se divierte... Tiene un amante.

MAUR. *(Casi poniéndose en pie.)* ¡Nooo!...

FERN. Hasta ahora no tengo mas que la sospecha, pero la sospecha la hace firme la realidad. Una realidad matemática, científica si quieres... Ella no puede vivir sin amor... No queriéndome a mí, como compruebo día a día y minuto a minuto, es que quiere a otro. ¡Está bien claro!

MAUR. ¡Qué cosas piensas!

FERN. Las cosas que me hace pensar ella.

MAUR. ¡Es absurdo!

FERN. ¡Qué ha de ser absurdo!... ¿Es posible que no se dé cuenta de que yo sufro, de que pienso en ella, de que la quiero infinitamente?

MAUR. Pero ¿se lo has dicho después de la revelación de Ribadesella?

FERN. No... ¡Ni podía!... ¡Ni debía!... ¿Iba a decirla que la quiero para que me contestase como aquel día: «Ya lo sabía»? *(Imita su voz con tono calmoso y sin gracia.)* ¡No.... no puede ser..., no debe ser!

MAUR. Pues para mí sería más fácil que decirla... lo otro.

FERN. Hay cosas que se deben entender, pero que no se deben decir. Y ésta es una. Que la entienda. ¡Bien entiende lo que la conviene!

MAUR. ¡Háblale, hombre de Dios! ¡Háblale!...

FERN. No... De lo que la hablaré, lo que la arrojaré a la cara, es su traición.

MAUR. Pero ¿te has vuelto loco? ¿Ella ha callado ante la realidad y tú vas a hablar ante lo imaginario? No, hombre, no... Cede a la victoria de su método... Ella, con su silencio, ha conseguido separarte de Elena...

FERN. ¿Y ahora que lo ha conseguido?

MAUR. Ahora que lo ha conseguido te castigará un poco... Las mujeres son así... Cuando se dan cuenta de que triunfan no se satisfacen hasta que obtienen la victoria completa. Y la victoria de Sagrario, después de todo lo sucedido, es lo que sucede: que tú estés celoso y te desesperes. Pero ya verás..., ya verás cómo ella acaba diciéndote que te quiere...

FERN. *(Riendo nervioso.)* Ja, ja, ja! ¡Me lo dirá! ¡Y yo no la creeré!

MAUR. ¡Ten la seguridad! Acabarás por ser feliz...

FERN. ¡Feliz!... Lo que estoy haciendo es el ridículo... Vivo

una situación que no vive ningún otro hombre. Soy la excepción...

MAUR. Casi, casi, no creas... ¡Como que eres un marido que está enamorado de su mujer!...

ESCENA VII

DICHOS y SAGRARIO.

SAGR. Amigo Nombela... *(Le tiende la mano.)* ¿Ya aquí?

MAUR. Me adelanté, en efecto, señora... Tenía prisa por ver a Fernando, que me parece estos días un poco melancólico...

SAGR. *(A Fernando.)* ¿Es verdad?

FERN. *(Con aspereza.)* Sí lo es. Y tú podías hacer...

SAGR. *(Con candor.)* ¿Qué? Díme lo que quieres que haga.

FERN. *(Cada vez más excitado.)* Te ruego que no me provoques, Sagrario.

MAUR. ¡Fernando!...

FERN. *(A Mauricio.)* ¿Pero no la oyes? Me pregunta qué quiero que haga... Díselo tú, anda...

MAUR. ¿Yo?

FERN. Tú, sí.

MAUR. Pero ¿qué es lo que quieres que la diga?

SAGR. *(Con dulzura.)* ¿Es que te ha molestado que te dejase solo esta tarde? *(A Mauricio.)* Los hombres no pueden ustedes resistir verse obligados a estar en casa. Es ley de sexos: la casa, para las mujeres, y la calle para los hombres.

FERN. Por lo menos, has debido tener la galantería de enviarme alguna de tus amigas... A Elena, por ejemplo.

SAGR. A Elena la echaste tú de casa.

FERN. Pero la volveré a llamar.

MAUR. ¡No digas tonterías!

FERN. ¡Para el provecho que he sacado de haberla mandado a paseo...!

MAUR. Ciertos rompimientos se hacen por dignidad personal más que por utilidad efectiva.

FERN. ¡Deja en paz ahora a la moral!

SAGR. *(Que viendo el giro que toma la conversación se ha separado de los dos hombres, corta el diálogo indicando a Mauricio el cestito bordado.)* Mire qué lindo. ¿Le gusta?

MAUR. ¡Mucho!...

SAGR. Lo he comprado esta tarde.

MAUR. ¿Para él? *(Indica a Fernando.)*

SAGR. Para la casa.

MAUR. Tienes una mujer que se preocupa de adornar la casa.

FERN. *(Rápido, en tono irónico.)* ...y al marido.

SAGR. *(Que le mira un momento como para contestarle; luego hace un ademán en que parece expresar que quiere contenerse y se dirige a Mauricio.)* Tendrá usted que resignarse con la comida de esta noche... Una cena casera.

FERN. No será menester que se resigne... Comerá conmigo por ahí... Nos vamos ahora mismo a la calle. Si continúo aquí voy a reventar, y quiero evitar el espectáculo.

SAGR. *(Con la ternura de siempre, simulando que no se da cuenta del enfado del marido.)* ¿Salir tú?... ¿Ir a comer fuera? Sería una imprudencia que no te puedo permitir, Fernando...

FERN. ¿No has dicho que me viste esta tarde en la Gran Vía?

SAGR. Pero me has dicho que no has salido...

FERN. Y tú no lo has creído.

SAGR. Te dije que sí...

FERN. Pero pensaste lo contrario. ¡Es tu sistema!

SAGR. En todo caso sería preocupándome de tu salud.

FERN. ¡Mi salud!... ¡Ja, ja!... *(Ríe.)* ¿Te interesa mucho mi salud?

SAGR. *(Extremando el tono humilde de siempre.)* ¡Te ruego...!

FERN. No me ruegues nada... Te he dicho que me voy... ¡y me voy!

SAGR. ¡Fernando!... No por mí... Por tu amigo, mira que no está bien ese modo de proceder...

FERN. ¡Ah, por él!... ¿Es por él por quien lo sientes? Por ti, no... A ti no te ofende mi proceder... Le ofende a él..., a él que se ríe de ti y de mí, seguramente...

MAUR. ¿Pero qué es lo que dices?...

FERN. *(Cogiendo a Mauricio por un brazo y llevándole casi por la fuerza hacia la salida.)* ¡Por él!... ¡Por él te contraría!... ¡Por ti, no! Por ti no te importa que vaya..., que venga..., ¡que reviente!...

SAGR. Debía dejar de importarme, en efecto.

FERN. *(En el colmo de la exaltación, dirigiéndose a Mauricio, a quien arrastra hacia la puerta del foro.)* ¡Sí, sí, sí!... Es la ficción de la virtud fácil: seductora para quien desconoce la verdad; despreciable para quien sabe lo que oculta... Vamos, vamos... *(Sale, llevando cogido por un brazo a Mauricio.)*

ESCENA VIII

SAGRARIO y DOÑA LAURA.

LAURA. *(Que llega apresuradamente, alarmada.)* ¿Qué sucede?

SAGR. Que Fernando me ha dicho que quería salir; yo he intentado impedirlo, y se ha exaltado...

LAURA. ¡Sagrario, hija mía! Yo puedo darme cuenta de todo, porque sé lo que me ha dicho él *(Contemplándola y cogiéndola las manos.)* ...y lo que no me has dicho tú. Llevo aquí tres días y me parece que llevo varios meses... Volveré a dejaros mañana... Que al partir quedéis reconciliados... *(Se sienta.)*

SAGR. ¿Reconciliados? Pero si entre nosotros no ha habido una palabra...

LAURA. ¡Una palabra!... Eso es precisamente lo que falta: una palabra. Y de tu parte.

SAGR. ¿De mi parte? ¿Quieres explicarte, mamá? *(Se sienta a su lado.)*

LAURA. ¡Mira, hija mía!... En la lucha que has sostenido con tu marido—lucha a que muy pocos matrimonios escapan—tú has logrado vencer. Es un grave defecto en la vida no darse cuenta de que se ha sido vencido, pero aun acarrea peores consecuencias no enterarse de que se es vencedor. Lo que tú haces, ya segura, como puedes estarlo, de haber ganado la partida, es un juego muy peligroso, que prolongas demasiado tiempo. Será un juego moderno... No te digo que no... Pero para el amor, que es antiguo como la vida, debe vivirse siempre a la antigua... Tuviste talento para recobrar a tu marido, sin apelar a medios que alejan a los hombres más que los acercan... Tenle también para poner fin a una situación con que sin necesidad le atormentas. Perdónale a la antigua... Echale los brazos al cuello, que es como acabábamos las contiendas conyugales las mujeres de mi tiempo...

SAGR. ¡Mamá!

LAURA. ¡Hija mía! *(Se abrazan. Pausa.)*

SAGR. *(Separándose.)* ¡Yo creo que no he faltado en nada a Fernando, mamá!

LAURA. Faltar, ha faltado él... Tienes razón... Pero ya que supiste dominarte cuando más te hería y acertaste a reconquistarle empleando una táctica astuta, inteligente, de mujer casi excepcional, no insistas, porque acabarías por perderle y del todo... Y esta vez sin ninguna atenuante... *(Pausa muy breve.)* Yo he sabido, por ejemplo, que él ha visto ayer a Elena.

SAGR. *(Sin poder contener su contrariedad, con un movimiento instintivo.)* ¡No!...

LAURA. El hombre, hija mía, acaba siempre por caer de parte de la mujer que más interés le simula... Los hombres

son más soberbios que pasionales... *(Pausa breve.)* Con ese desvío suave que empleas en el trato con tu marido, con la separación de hecho en que vivís, le haces entender que le soportas, pero que no le quieres..., acaso porque quieres a otro hombre... ¿Y qué conveniencia puede reportarte simular que tienes un amante, no teniéndole?

SAGR. Tal vez la misma que fingir no tenerla... cuando se tiene.

LAURA. ¡Oh, no!... No le defiendo..., no. Es mi hijo, sí; pero su falta ha de merecer siempre mi reprobación. Se lo he dicho a él, se lo he dicho... Y no he querido oír sus disculpas..., ni tampoco he aceptado su arrepentimiento... No, no... He estado severa, como era mi deber. Pero a ti, sí, Sagrario..., a ti puedo y debo decirte que su devaneo acabó..., concluyó definitivamente. Y que ahora...

SAGR. ¿Ahora qué?

LAURA. Son cosas muy delicadas para que nadie pueda aconsejar. Ni siquiera yo... Tú debes hacer lo que creas tu deber..., lo que te dicte tu conciencia... Pero piensa, hija mía, que si lo que te propones es separarte de él...

SAGR. ¿Yo?... ¿Separarme?

LAURA. Sí... Continúa como hasta ahora, y pronto verás los resultados. Y si os separáis, la peor situación será la tuya. Porque una mujer separada de su marido, aunque tenga razón, queda siempre en la peor situación en que puede verse la mujer. Créeme a mí que soy vieja... La opinión pública, como la ley, desgraciadamente la hacen los hombres... Y cuando se ve una mujer separada de su marido todos piensan que la culpa sea suya. Lo piensan los hombres por solidaridad de sexo; lo piensan también las mujeres, porque las mujeres...—podemos decirlo entre nosotras que no somos hombres—las mujeres hablamos siempre mal de las mujeres... Haz lo que tú quieras, Sagrario. Déjate guiar por tu corazón... Pero piensa que de nuevo Fernando es todo tuyo, sólo tuyo... Y que si lo perdieras otra vez le perderías para no poder recobrarle. Tal vez te desagraden estas divagaciones psicológicas, que proceden de otros tiempos, de otras escuelas... De cuando las mujeres nos casábamos con los hombres que nos designaban nuestros padres, sin casi haberles visto siquiera, y éramos, sin embargo, felices; más felices que lo son las mujeres de ahora después de haber examinado y elegido los maridos como los guantes y el sombrero...

SAGR. *(Vuelve a acariciarla, reclinando la cabeza en su hombro.)* ¡Mamá!...

LAURA. *(Pasándole la mano por la cabeza.)* ¡Hija mía!... Son reflexiones de vieja..., chocheces quizás... Pero en mis tiempos, con el amor no se podía jugar más de una vez... *(Se separan y miran a la puerta del foro.)*

ESCENA IX

DICHAS y FERNANDO.

LAURA. ¡Fernando! ¿No habías salido?

FERN. *(Muy serio.)* No.

SAGR. ¿Dónde estabas? ¿Dónde está Nombela?

FERN. En mi despacho. He estado hablando con él sobre mi resolución terminante.

LAURA. ¿Qué resolución?

FERN. La de irme... *(A Sagrario.)* Te ruego que designes mañana mismo tu abogado.

LAURA. ¿Su abogado?... ¡Su abogado eres tú!

FERN. *(A Sagrario.)* ¿Tú callas?

SAGR. ¿Qué quieres que diga?

FERN. La verdad, lo que estás pensando: que te parecía imposible que llegase la hora en que yo te hablara como lo estoy haciendo. En que pudieras verte sola, libre, independiente...

LAURA. ¡Vamos!... Llama a tu amigo. Quiero saber si ha sido él quien te ha aconsejado...

FERN. ¡Deja a mi amigo! Mis amigos no tienen por qué intervenir en mi vida ni yo recibir sus consejos. *(Mirando a Sagrario, inquisidor, después.)* Aunque es lástima, ¿verdad?, es lástima que no venga por casa ningún amigo del que pudieras aconsejarte... y quizás reemplazarme a mí.

SAGR. ¡Yo no he presentado nunca a ningún amigo en funciones de marido!

FERN. ¡Muy bien! ¡Muy bien!... ¡Una respuesta digna! ¡Adelante!

LAURA. ¡Estáis desconcertados!... ¡Estáis locos los dos!... *(Sale por la derecha.)*

FERN. ¡Loco tenía que estar para haberme dejado sumir en la humillación en que me tienes! He faltado, es verdad; pero bien lo he expiado... Ahora no puedo más... No resisto más... Mi dignidad no me permite soportar un castigo que está en desproporción con la culpa... Aunque con ello trastorne tus fines...

SAGR. ¡Pero qué es lo que dices!... ¿Mis fines?

FERN. ¿Por qué no me dices que tienes un amante?

SAGR. No... Eso sería una imitación.

FERN. ¿Imitación?... Con una diferencia: que yo te lo dije cuando la había dejado, y tú te verías obligada a decírmelo cuando aun le tienes... *(Aparte de este momento del diálogo, Fernando va aplacando el tono hasta hacerle gradualmente normal.)*

SAGR. ¿Tan mal me consideras?

FERN. Juzga cómo te considero; juzga cómo te quiero todavía por lo que me preocupo de ti...

SAGR. Esto no es amor: es desprecio.

FERN. ¡Ah!... Entre hombres y mujeres, sin que haya habido amor no puede haber desprecio... Pero el amor, como el castigo, tiene siempre un límite. Por no saber tú poner límite a tu castigo has puesto límite a mi amor. Pudiste afearme mi falta, echarme en cara mil veces la ofensa que te había inferido. Yo te habría escuchado en silencio y probablemente asintiendo tácitamente. Pero callaste demasiado... No sentiste, como yo, voluntad de reedificar sobre las ruinas de nuestro amor...

SAGR. Que tú derruiste.

FERN. Y que tú me has impedido reconstruir. Por muchas faltas que yo haya cometido, no tienes derecho a recordármelas con ese apartamiento... cortés con que pretendes ocultar o justificar una tuya.

SAGR. ¡Oh, eso no!... Sabes que no es verdad...; no lo crees tú... Me conoces lo bastante para estar seguro de que soy incapaz de confundir lo noble y lo innoble..., como hacen muchas y muchos.

FERN. Si mi falta te hubiera ocasionado verdadero dolor habrías gritado, habrías protestado...

SAGR. ¿Crees tú que ante el verdadero dolor se debe gritar siempre?

FERN. Sí lo creo.

SAGR. Pues te equivocas.

FERN. Gritando, protestando, me hubieras apartado de Elena.

SAGR. ¿Es que no te aparté callando?

FERN. ¡Pero me has apartado de ti también!

SAGR. ¡Ah, no! Si yo te hubiera hablado de mi dolor, si hubiera exteriorizado mi disgusto, ¿qué es lo que habría obtenido? Ayudarla para que ahora ocurriera lo contrario precisamente de lo que tú supones: que fuera ella quien se hallase a tu lado y yo la que estuviera lejos, porque a través de mis quejas y de mis lágrimas te habría resultado pesada. Y pobre de la mujer que resulta pesada a su marido: es peor que resultarle indigna..., ¡mu-

cho peor! Protestando, te hubiera lanzado por el camino de la mentira. Hubieras negado, como lo intentaste cuando, dándote cuenta de la indiscreción de Nombela, pretendiste atajar sus consecuencias presentándomele como un desmemoriado, un aturdido, un fantástico, con la historia aquella en que confundía a una cocinera con la esposa de un catedrático... Te hubieras acostumbrado a engañarme y me habrías fingido cariño, mientras todo tu cariño se lo concedías ocultamente a ella... Yo hubiera caído en la trampa candorosamente, contribuyendo con mi inexperiencia a que pudieras ofrecerte a sus ojos más audaz, más héroe, más mártir... Y en todo este juego frecuente a mí me habría correspondido el papel más ridículo... Como es ridícula la traición para vengarse de quien traiciona. Moral equivocada, ya lo sé, pero moral corriente. He callado, no porque no sufriera... He callado porque callar me parecía la única forma de represalia con que no te cansarías de mí y podía esperar que te cansases de ella.

FERN. Sonriendo has vencido...

SAGR. ¿Sonriendo? ¡No, no!... Yo no he sonreído nunca. He sufrido. Porque me importabas, porque te quería... ¡Si tú supieras lo que es tener delante al enemigo y combatirle sin armas porque se han dejado espontáneamente...! Miles de veces he sentido impulsos de lanzaros a la cara a ella y a ti la injuria hiriente que me destrozaba el corazón; pero, ya lo has visto: me he contenido, me he repudrido y... casi he ayudado vuestros amores. He tenido el heroísmo de callar mis celos y mi rabia y mi angustia; heroísmo que no era orgullo de mujer, heroísmo de esposa, santo heroísmo con que defendía lo que era mío, sólo mío, conquistado con la pureza de mi juventud y de mi honradez.

FERN. ¡Oh, Sagrario!... ¡Perdóname!

SAGR. Sí, te perdono... Aunque no fuera por otra cosa, lo merecerías por la sinceridad de esa solicitud de perdón, a través de la cual me doy cuenta de haberte recobrado.

FERN. ¡Para siempre, sí!... ¡Si supieras lo que he sufrido!

SAGR. No tanto como yo... La mujer que ve destrozada la santidad de su amor no siente sólo su orgullo ofendido... Siente también ofendida y escarnecida su misión de esposa, y su angustia es dolor que recata casi con vergüenza... Las mujeres podemos darlo todo, hasta sin amor: la belleza, la juventud... Lo que debemos reservar siempre es nuestro dolor... ¡Es demasiado sagrado el dolor para airearle ante quien no le comprenda!...

Hoy te le descubro a cambio del tuyo... Mi cariño ha tenido un rival; todos los cariños pueden tenerle... Pero mis lágrimas, no; mis lágrimas... no podían tenerle. Este es mi triunfo..., el único que yo reconozco.

FERN. *(Exaltado.)* ¡Oh, Sagrario, Sagrario mía!... Perdóname, perdóname... ¡Olvídalo todo, como lo olvido yo! ¡Soy tuyo, tuyo, sólo tuyo!... *(Intenta abrazarla, pero ella se aparta oyendo ruido en la puerta. Él, sin embargo, la oprime y la besa.)*

ESCENA XI

DICHOS y MAURICIO.

MAUR. *(Viéndoles.)* ¡Oh, perdón!... ¡Sigan, sigan!... Yo me lo explico todo..., todo... Y me iré al despacho a echar un sueñecito..., a dormir... ¡En esta casa ya no hay peligro!

TELÓN

EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez San Pedro, 57.
Apartado 8.036
MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas
Pedro Mata: Una ligereza	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven	5,00
Paul Morand: La Europa galante	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor	2,50
José Francés: Su Majestad	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y libreros

EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID